



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**“EL METRO, UN ESPACIO DE INTERACCIONES.  
EL CASO DE LOS HOMOSEXUALES.”**

**T E S I S**  
**PARA OBTENER EL TÍTULO DE:**  
**LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA**  
**PRESENTA:**  
**ANDRÉS ALVAREZ ELIZALDE**

**DIRECTOR DE TESIS:**  
**MTRO. ARTURO CHÁVEZ LÓPEZ**

**MÉXICO, D. F. 2010**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Para mis padres, Floriberta y Agripino,  
por todo lo que me han dado.*

*Y a mis hermanos:  
Ana María, Adrian y Claudia Brenda,  
por su apoyo incondicional.*

## AGRADECIMIENTOS

A Arturo Chávez López con quien trabajé el desarrollo de la tesis: por los debates sociológicos, las observaciones estructurales, las lecturas recomendadas y por ser el guía de ésta investigación.

A Claudia Bodek Stavenhagen por la lectura que hizo del trabajo y la afinidad de sus observaciones metodológicas que hacían falta para construir una tesis mejor presentada, como especificar referencias y adentrar, de manera ordenada, al lector a una investigación sociológica.

A Carlos Imaz Gispert por su lectura y recordarme el objeto que observé: un grupo, no un genérico dentro del subterráneo. Distinción que por un momento pasé por alto, pero que corregí con sus observaciones. Y también, por las correcciones de estilo que observó minuciosamente.

A Marcela Meneses Reyes con quien inició el tema en la materia de Sociología Interpretativa: fundamental fueron sus lecturas recomendadas y el debate que se generaba en clase. De ahí, el trabajo comenzó a enriquecerse con inquietudes y dudas. Y además, por su lectura y sus observaciones que ayudaron a concretizar temas y problematizar nuevos.

A Mónica Guitián Galán por sus observaciones que me motivaron para seguir nuevos ejes de investigación. También, por sus observaciones metodológicas y por su énfasis en retomar debates, aclarar ideas e introducir un apartado final.

Agradecimientos especiales a de recibir la familia Sánchez Montañó que me acogió para seguir mis estudios y por su apoyo en todos los sentidos: sus pláticas, sus risas, sus motivaciones, su espera y sobre todo, su tenacidad para continuar adelante. Y a ti, donde quiera que estés Josué, nunca te olvidaré hermano.

A mi familia, que siempre está conmigo, que me impulsa en todo: a cerrar ciclos, a ver nuevos horizontes, nuevas posibilidades. Gracias por todo.

Igualmente, he de mencionar a mis amigos: Cynthia, Oswaldo, Joel, Arturo, Jorge y a muchos más con los que compartí el aula y otros más, con los que discutí el desarrollo del trabajo. También he de nombrar al profesor Antonio Blanco Lerín que me ayudó a delimitar el tema, al escritor Fernando Vallejo que me recomendó un subtítulo para un apartado de la tesis y vale decir, a los transeúntes del subterráneo: algunos que no volví a ver, y a quienes participaron directa o indirectamente en ésta investigación como las pláticas dentro del Metro con Martín Cernas.

Finalmente, a la UNAM, que me abrió las puertas a espacios inimaginados.

¡Oh rostro extraño en el cristal!  
Ah desvergonzada compañía, Oh santa legión,  
Mi bufón barrido por la tristeza.  
¿Cuál respuesta? ¡Hey vosotros, multitud  
Que lucha y juega y pasa,  
Ironiza, desafía, se engaña!  
¿Yo? ¿Yo? ¿Yo?  
¿Y vos?.  
Erza Pound, *En una estación del Metro*.

*La ciudad, como toda ciudad, era inagotable.*  
Roberto Bolaño, 2666.

---

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
I.- EL METRO ¿LUGAR O NO LUGAR?	7
1.1. La historia	12
1.2. En el subterráneo	21
II.- ENCUENTROS Y APROPIACIÓN DE UN ESPACIO	35
2.1. Acercamientos	47
III.- TERRITORIOS DEL YO: LA MIRADA Y EL TACTO	62
3.1. La mirada	64
3.2. El tacto	77
3.3. Las pasiones ordinarias	84
IV.- OBSCENIDAD Y BÚSQUEDA DEL SENTIDO	89
3.4. Intercambios	97
V.- ESTIGMA	116
4.1. Anatema en el Metro	120
TAN SÓLO DOS MINUTOS	135
ANEXO	139
BIBLIOGRAFÍA	141

---

## INTRODUCCIÓN

¿Qué pasa cuando dos desconocidos se encuentran cara a cara en el Metro? ¿cómo toman distancia? ¿cómo se miran? ¿qué pasa cuando dos extraños aceptan tocarse? las respuestas depende de la situación analizada: por un lado, todo puede seguir igual: cada usuario toma su ruta y sigue su camino y en otro caso, puede darse un encuentro. En los dos casos, se pone a disposición una reciprocidad tanto para la aceptación de la mirada del otro como en su no reconocimiento. Lo mismo pasa con la distancia: cada movimiento corporal en los pasillos o dentro de los vagones, es importante para la posición de los demás usuarios. La situación parece no ser tan trascendente: el tomar el Metro para transportarse durante la vida cotidiana, no tiene nada de impactante. Cada usuario crea sus rutinas y sabe qué hacer cuando éstas son interrumpidas. Pero también sabe qué vagón tomar, qué asiento y en qué posición hacerlo. Cuando hay prisa y el Metro está arrivando a la estación, todo puede ser fortuito: los usuarios suben al vagón más cercano y se enfrentan al desconocido, pero ¿por qué algunos usuarios se transportan hasta el último vagón estén o no cerca de alguna puerta en las correspondencias?

Dentro del Metro hay una gran diversidad de usuarios que dan color y sentido a las estaciones como espacios abiertos: entran de la superficie al sistema para transportarse diariamente. Se puede observar al usuario dark, el transvesti, el deportista, el payaso, el vendedor, el estudiante, el obrero, el policía, el enano, el anciano, el oficinista, el que pide limosna, el soldado, el que lanza un discurso (poético, religioso o político), el extranjero, el indígena, el que camina sobre vidrios, la bailarina, la secretaria, la mujer embarazada, la enfermera, la prostituta o los grupos de jóvenes que se transportan para apoyar a sus equipos de football, los que van a una manifestación, los hombres que van de la mano, los emos, los drogadictos, los beodos, o por otro lado, jóvenes sordomudos, hombres con problemas visuales, el cojo, el que no tiene extremidades, el que va en silla de ruedas, en muletas, etc..., tienen rutas distintas, pero ocupan un mismo espacio para transportarse cuando hablamos de grupos sociales: algunos ocupan el primer vagón, otros el último, algunos las escaleras, otros una parte del pasillo, y dentro de los vagones, algunos se

sientan, otros no. Cada grupo crea su forma de andar. Si mapea ciertos espacios, es porque sabe cómo relacionarse o sabe qué relaciones se pueden establecer allí. Al entrar al Metro, cada usuario se mueve en relación al otro, pero también a un espacio y un tiempo.

Lo que pasa en el Metro es interesante en muchos sentidos, por un lado podemos ver una manifestación de la cultura y de la vida social de la ciudad, pues algunas líneas o estaciones, son espacios donde hay exposiciones, conciertos, museos permanentes e incluso -si se me permite la expresión- una sala transitoria de lectura: en la línea tres está el programa “Leer de boleto en el Metro”: libro que se toma y se devuelve. Por otro lado, no escapa a la problemática social que hay en la ciudad: si bien el Metro es un espacio donde se transita, hay algunos grupos que lo utilizan como los vendedores ambulantes: ellos operan de manera “informal”; mientras que la piratería es un delito, la mayoría de las personas que venden productos, lo apropian como espacio de trabajo y a pesar que no se permite vender dentro de los vagones, según los reportes, también son protegidos por personal de seguridad del Metro. También existen bandas delictivas que se dedican al secuestro *express*, la extorsión y al robo. Hay usuarios que lo utilizan de otras maneras: se posicionan de algunos pasillos o escaleras para pedir ayuda económica y otros más, lo ubican para prostituirse.

Desde el inicio, el Metro surgió como una solución ante el problema de vialidad que se generaba en la capital en 1969, comenzando así, a transportar a la población en su mayoría trabajadora: sus primeras tres líneas fueron muy importantes -de ahí el diseño del logo del Metro- pues permitía conectar el centro de la ciudad. La red se amplió rápidamente pues la población seguía en aumento, por ello, los acuerdos que se establecieron para sacar adelante el ambicioso proyecto con el gobierno francés fueron muy importantes. Pero así como se fue extendiendo, así se manifestaron los problemas internos dentro de las instalaciones como el ambulante, la prostitución, el suicidio, el acoso, la extorsión, el asalto o el asesinato. En un principio la apuesta parecía novedosa, pues era un transporte subterráneo, pero no se pensó sobre los problemas o perturbaciones que pudieran entrar al sistema de transporte y lo hicieran operar en otro modo, o en su caso, funcionar para otros

finés. Los intentos por detener o acabar con estos problemas no parecen dar resultado: responden a un problema social externo.

Hay muchas problemáticas dentro del Metro y son parte de la realidad social en la que se vive. De ahí el interés sociológico: observar un fenómeno que es cotidiano en un transporte. Explicar y comprenderlo, es el objetivo de éste trabajo. Por ello, hay que contextualizar, analizar el lugar, los otros y la temporalidad, pues “la sociología, -nos recuerda el biólogo Humberto Maturana-, sólo hace sentido como intento explicativo de la vida cotidiana...”<sup>1</sup> De una manera más estilizada, hablamos de un análisis microsociológico: las distinciones que hacemos toman en cuenta lo que pasa a diario desde el nivel corporal.

Así, iniciamos el capitulado con una breve descripción de lo que es el Metro en un sentido anecdótico y que sirve para dar un panorama de lo que se observa en el subterráneo. Después, continuamos con la historia del Metro como transporte y arrancamos el debate sobre el lugar y no lugar, conceptos que distingue el antropólogo Marc Augé, al mismo tiempo, retomamos el análisis sociológico de Zygmunt Bauman y Michel De Certeau para analizar y contextualizar el tema, para dar cuenta de cómo los usuarios construyen el espacio. ¿Por qué sólo hombres van a la última puerta del último vagón? Los usuarios manejan el espacio y el tiempo: se mueven de acuerdo a sus rutinas y que implican un interés: cuando el usuario se desplaza hasta el último vagón, lo hace porque tiene un conocimiento de las relaciones sociales que ahí se llevan a cabo. No es mero accidente que sólo hombres lo transiten: ¿cómo se da el encuentro entre dos hombres? ¿qué prácticas se realizan en ese espacio? “¿qué sucede (en el contexto del sentido) cuando sucede algo?”<sup>2</sup> Ésta pregunta que se hace Rodrigo Jokisch es muy válida y trataremos de responderla para nuestro objeto de estudio.

En el capítulo dos analizamos lo cotidiano de los encuentros con ayuda de conceptos de

<sup>1</sup> Comentario manuscrito (no publicado) de Humberto Maturana Romesín al libro “Sociedad y teoría social”, de Darío Rodríguez y Marcelo Arnold, Santiago de Chile, enero 1992, citado por Javier Torres Nafarrate en Maturana, Humberto, *La realidad: ¿objetiva o construida?*, España, Anthropos, 1995, p. XXVI.

<sup>2</sup> Jokisch, Rodrigo, “Observando la acción social”, en Castañeda Sabido, Fernando y Mónica Guitián Galán (Coords.), *Instantáneas de la acción*, México, UNAM-Casa Juan Pablos, 2002, p. 91.

Berger y Luckmann para hablar de la realidad y cómo ésta se construye socialmente. También los conceptos de Anthony Giddens fueron capitales para explicar el carácter reflexivo y la rutina cuando uno o varios hombres se dirigen a un lugar determinado. Ya posicionados, comienza la interacción social en un primer nivel desde los sentidos (la mirada y el tacto), lo corporal, lo proxémico y la implicación de la situación. De ahí que nos apoyemos en Erving Goffman para construir éstas interacciones en un lugar de paso: ¿qué táctica se construye? ¿cómo actúa quien se siente observado o tocado? ¿hasta dónde se permite el acceso entre desconocidos?

Para continuar, en el capítulo tres analizamos las distinciones: ver, mirar y observar, implicadas en el encuentro, de ello, echamos mano de los conceptos del sociólogo Niklas Luhmann, León Olivé, Humberto Maturana y George Simmel. Vale mencionar, las aportaciones de estudiosos de la comunicación no verbal: Edward Hall, John Berger, Ashley Montagu, Floyd Matson, Mark Knapp y Flora Davis. En relación al tacto, hicimos un reconocimiento al discurso literario para explicar la implicación corporal.

Es importante mencionar que la mayor parte de la investigación fue realizada con observación no sólo del lugar concreto, sino con la ayuda de material video-gráfico que existe en Internet y que sirvió para hacer un mayor análisis y dar fuerza a la narrativa. Así mismo, se realizaron entrevistas y una revisión biblio/hemerográfica del tema. En su conjunto, podemos calificar a la investigación como etnográfica. En la parte del anexo, se encontrará el guión de la entrevista que se llevó a cabo en las estaciones; muchas de ellas, no fueron concluidas, pues los usuarios llevaban prisa y no había forma de terminarlas. La información que se obtenía, era suficiente para conseguir una historia y así, sustentar la investigación. Los entrevistados revelaban información de su intimidad sin alguna reserva, pero tampoco abordarlos fue fácil. Por lo que se decidió, en el proceso de investigación, entrar al grupo para poder tener acceso a sus relatos. Se encontrará, al mismo tiempo de la lectura, diversas fotos que demuestran la apropiación y el posicionamiento del grupo dentro de las estaciones. En ellas se capta un instante de los movimientos que realizan así como de la apropiación no sólo de hombres en el último vagón, sino de mujeres gay, emos, darks y otros grupos sociales excluidos.

La investigación estudia cómo se da el encuentro entre hombres en el último vagón de cuatro estaciones: Hidalgo (dirección Universidad), Chabacano (dirección Constitución de 1917), Centro Médico (dirección Observatorio) y una donde hay mayor densidad de usuarios en el último vagón: Insurgentes (dirección Observatorio). Se analizan particularmente en el momento de mayor afluencia de usuarios (7-9 a.m.) y cuando es casi nula (11-12 p.m.), pues cuando es observado el último vagón, se registran interacciones sociales de las cuales muchas son efímeras, pues se dan entre dos estaciones, pero también hay un posicionamiento y una actuación que se construye y que se hace *ser* dentro del vagón. Así, en cada estación hay formas de apropiación de los usuarios, como en cada vagón hay una forma de uso.

En el capítulo cuatro analizamos los videos encontrados en Internet: si bien algunos pueden ser realizados con ese fin, es decir, para mostrarse, otros no lo son, y no lo son pues en la observación de campo, éste tipo de actos se llegaban a realizar sin alguna cámara que grabara a los participantes. Los encuentros se dan y se les hace surgir. En este trabajo no se puede ver el video, así que relaté tal como aparecen las imágenes de quienes están en el encuentro. Fue muy interesante encontrarse con más videos realizados en el Metro de otros países: el fenómeno se está presentando en las grandes ciudades del mundo, sólo que aquí, hay una apropiación del lugar: la última puerta del último vagón. ¿Cómo surgieron éstas prácticas o mejor, en qué contexto? ¿por qué tener un encuentro sexual en un transporte público? ¿qué sentido tienen éstos encuentros? ¿qué significa el otro? cerramos el capítulo con una distinción: el amor y el enamoramiento, al que le dedicamos sólo unas páginas. Para hacer la distinción de lo analizado, tratamos de explorar lo que no es. Eso que no es: el amor y el enamoramiento. Sólo lo distinguimos. Y que pueden merecer, sin duda, un mejor espacio para su reflexión: aquí sólo nos encargamos de hacer un análisis de un encuentro que puede durar dos minutos, y para estudiar el amor y el enamoramiento sociológicamente, habría que abarcar el discurso de varios siglos y eso, sería una tarea sumamente ambiciosa e interesante.

En el capítulo cinco analizamos el estigma y sus implicaciones sociales, aquí retomamos nuevamente los conceptos de Erving Goffman, Howard Becker, Max Horkheimer y

Theodor W. Adorno: ¿por qué hay intolerancia hacia el otro? ¿cómo se crea el estigma? ¿cuál es la respuesta de la población acerca de la homosexualidad? ¿qué han hecho las autoridades al respecto? Son temas que presentamos y en los que incursionamos de la manera más crítica. Hay un último apartado donde hacemos explícito cómo percibimos no sólo el objeto de estudio, sino la investigación, en el sentido de los nuevos ejes a investigar. Ahí incursionamos sobre nuevos temas a debatir o a retomar. Veamos, por lo mientras, lo que pasa en el Metro, un espacio de interacciones sociales.

---

## EL METRO: ¿LUGAR O NO LUGAR?

*“Es un gusano largo, largo, que casi siempre vive debajo del suelo,  
a veces sale a tomar el sol; se alimenta de energía eléctrica;  
porta un traje de color naranja, devora miles de personas  
y las vomita en pausas  
cuando tiene buena digestión”.<sup>1</sup>*

25 de Enero de 2009. Estación Centro Médico. Un hombre tiene un ataque epiléptico, cae a las vías y es arrastrado unos cuantos metros. La gente observa atónita, en suspenso. Piensan que el hombre está muerto. Venía del doctor para tratar su enfermedad (según los informes). Se cortó la energía y llegaron servicios de emergencia. Lo llevaron a un hospital: sólo tenía raspaduras, contusiones y quemaduras en primer grado. A veces nada lo detiene... el Metro avanza.

29 de Julio de 2009. Estación Centro Médico dirección Universidad. Ocho de la mañana. El Metro no llega y comienzan a desplazarse las personas en el pasillo. Una mujer camina y cojea al hacerlo; observa a los pasajeros que están parados. Camina. Llega hasta el penúltimo vagón. Se sigue acumulando gente. Llega el Metro con dirección Indios Verdes y se va casi vacío. Ella se detiene y observa a los hombres más cercanos. Observa sus rostros. Llega el Metro lleno. Se abren las puertas y mientras unos tratan de salir, otros tratan de entrar a empujones: algunos no pueden bajar y son regresados por los que quieren subir. Ella hace lo posible por subir y lo logra: con una mano se sujeta a una agarradera, y con la otra, sostiene su bolso -que lleva del lado derecho-. No hace gestos de molestia por haberse subido de tal manera y tampoco por estar

<sup>1</sup> Hernández Rodríguez, Remedios y María Eugenia Manzano Barron, *El Metro de la ciudad de México: un mundo mágico de encuentros: reportaje*. Tesis de Licenciatura en Periodismo y Comunicación Colectiva, México, ENEP-Aragón, 1996, p. 35.

en un espacio muy apretado. Observa al hombre que está al lado de ella. Sujeta su bolso. El Metro llega a la siguiente estación y se libera de gente, pero aún así, la distancia entre usuarios es muy corta. Ella vuelve a observar al joven. Él tiene como 30 años, va rapado y usa botas negras: ya se dio cuenta que la mujer lo observa. Ella acerca su bolso a la bragueta de él, mientras que el hombre se queda inmóvil y hace una mirada rápida a los usuarios que están cercanos. Nadie los ve... o eso creen. Él se acerca a ella, para que roce su pantalón con su mano. Ella hace un giro para quedar exactamente delante de él, pero de espaldas. Él se le acerca, sólo los separa la ropa. Con los movimientos del vagón, él se mueve para adelante con la cintura. Se arrega a la mujer. Ahora ella parece inmóvil: su mirada se pierde en la ventana. Él pone su mano en el trasero de ella. La toca. El Metro llega a la estación: él baja y camina apresurado. No voltea a verla. Ella lo ve. Las puertas se cierran. El Metro avanza.

12 de Marzo de 2009. Estación Chabacano, dirección Constitución de 1917. Una de la tarde. El Metro llega y los usuarios que esperan en el andén se acercan a la línea amarilla del pasillo. Mientras que un joven con jeans, tenis y mochila al hombro se acerca al lugar -que supone- parará el Metro. Cuando se detiene, se abren las puertas del lado izquierdo -de acuerdo a la dirección-. El joven se acerca a las puertas derechas y observa que hay posibilidades de sentarse puesto que hay asientos vacíos. Se pone exactamente en medio de la puerta. Mientras que otro usuario -en el interior del vagón- hace el mismo movimiento: se pone en medio de la puerta para descender del vagón. Cuando se abren las puertas, el que desciende empuja. Mientras que el otro le dice: “¡fíjate!”, el otro, enojado y con tono fuerte dice: “¡que no ves pendejo que tenía que bajar!”, el otro contesta rápidamente: “para eso está la puerta de en medio...” hay un acercamiento entre ellos de unos 30 centímetros (parece que habrá pelea...), el otro le exclama: “¡acaso no sabes que tienes que dejar bajar para poder subir... pendejo!”. Se retira. El joven de mochila sube al vagón, sin argumentos, puesto que -tal vez sabe- está en un error: sabe que tenía que dejar

bajar para poder subir. Sólo mastica su chicle y traga saliva. Sus muecas son rígidas y tiene la mirada fija -desde el vagón- en el joven que se retira. Algunos usuarios lo miran. El Metro avanza.

24 de Abril de 2009. Estación Chabacano. Siete de la noche. Alma espera a su hermana. Tocan el acordeón en el Metro. Alma tiene catorce años y alegremente dice que en abril cumplirá los quince; su hermana es una niña de 6 años. Ellas llegaron de Huajuapán, Oaxaca. Vinieron de su tierra porque dicen, allá no hay trabajo. ¿Estudiaste Alma? “Sí, hasta tercero de primaria”. Su hermana no sabe lo que es estar en un aula tomando clases. Cargan el acordeón más de veinte horas al día: mientras ella toca, su pequeña hermana reparte los papeles de ayuda en el vagón. ¿Te han detenido los policías? “No, ellos no nos dicen nada, sólo a los que venden discos, somos grupos diferentes” ¿En qué te gustaría trabajar? “ahorita quiero vender discos”. Alma comienza a ser más hermética, las preguntas que le hago, no las contesta, voltea la mirada para otros lados. Compañeros del Metro le hacen señas con los ojos y las manos. Le digo gracias. Ella dijo “sí”.

La extorsión está organizada no sólo por parte de aquel que quiere cometer algún acto sino también por los policías: en Mayo del 2007, el hermano de Jesús Raúl Anaya Rosique<sup>2</sup>, quién después de viajar semidormido en el Metro, y a la salida del vagón, fue acusado con el policía por una mujer porque según ella, le había tocado las piernas. El policía pidió por su parte 10 mil pesos, pero el pasajero se negó, entonces fue trasladado a la agencia del Ministerio Público 50-C que se encuentra en las afueras de la estación del Metro Martín Carrera; ante el acto, sufrió un paro cardíaco y fue trasladado al hospital. Con la denuncia, claro, por el “delito de abuso sexual gravado”. La mujer ha desaparecido, mientras que la víctima ha pasado de un sueño a una pesadilla que no termina y que seguro no terminará mientras exista la posibilidad de que,

<sup>2</sup> Se pueden revisar más detalles en la columna “Ciudad Perdida” de Miguel Ángel Velásquez, en *La Jornada*, México, lunes 14 de mayo 2007.

cuando viaje en Metro alguien lo observe. Grupos que operan dentro del Metro. Despierta: “camarón que se duerme, se lo lleva... el Metro avanza”.

2 de Mayo de 2009. Estación Apatlaco. Cinco de la tarde. Edgar tiene veintinueve años. ¿Cualquiera puede vender discos en el Metro? “Si, nomás que agarre la ruta y esté limpia”. ¿No le tengo que pedir permiso a nadie? “No, entre nosotros estamos organizados”. ¿Cuántos discos llegas a vender al día? “Como 20” y ¿cuando está baja la venta?, “mínimo 10”. ¿Te ha detenido la seguridad del Metro? “Si, varias veces, te llevan con el cívico y pues tienes que pagarle a veces \$50 o \$100 pesos” ¿Cuánto tiempo tienes vendiendo en el Metro? “Ocho años”. ¿Piensas trabajar en otro lado? “Ahorita la situación está difícil y más yo, que no tengo estudios”. Edgar vende discos de música “popular”. Lo abordé cuando salía del primer vagón -dirección Garibaldi-. Caminamos todo el pasillo hasta llegar al último vagón, para que comenzara nuevamente el recorrido, vagón por vagón...

¿Homosexuales? Sí, los hombres se reúnen ahí para tener encuentros... estación Hidalgo dirección Universidad: varios hombres caminan, se desplazan y se miran. ¿Sabes que buscan? Sólo sexo. Eso pasa en el último vagón o en el pasillo en muchas estaciones. Gerardo, un joven de 22 años:

"A altas horas de la noche, como el vagón va casi vacío, es probable que si conoces a alguien ahí, haya un encuentro sexual. He visto que hay gente que de plano tiene relaciones ahí o se hacen sexo oral; o simplemente se piden sus teléfonos. En *horas pico* el último vagón está repleto de hombres que a veces se van toqueteando o se masturban en presencia de los demás". Sin embargo, expresa, hay personas que pasan el límite y hay desprestigio para la comunidad. "Para muchos *gays* es sólo una manera de divertirse, ¡imagínate la adrenalina de hacerlo en un lugar público y con gente!"<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Entrevista realizada a varios jóvenes por Ricardo Cruz, en *El Universal*, México, 25 de marzo 2007.

El espacio del Metro es distinto para cada estación, “hay paradas que guardan relación con su entorno, algunas más conservan aromas que las caracterizan, así sucede en la Merced y su inigualable olor a cebolla; otras como Talismán y Ferrería encierran por sus pasillos el hedor de las fábricas que las rodean. Unas más, se distinguen por la gente que las aborda o desciende de ellas: el tumulto de estudiantes, en Universidad; los militares cerca de Colegio Militar y Constituyentes; las flores y verduras de la temporada, en Jamaica; las maletas en Observatorio, Terminal del Norte, Taxqueña y San Lázaro; los obreros, en Vallejo; o los homosexuales, en Hidalgo a lo que han elegido como punto de encuentro y de <<ligue>>”.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Hernández Rodríguez, Remedios, *Op. Cit.*, p. 56-57.

## LA HISTORIA

El Metro surgió como una necesidad ante el acelerado e imparable, crecimiento de la población de la Ciudad de México en la década de 1960. La construcción fue una propuesta del sexenio de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) con el promotor ingeniero Bernardo Quintana Arrijoja y que se detenía o avanzaba lentamente por cuestiones tanto económicas como políticas. Para la segunda mitad de los años '60, el centro de la Ciudad se convertía en un caos vial: los medios de transporte eran insuficientes tanto para las personas como para el comercio, así, se comenzó a tomar en cuenta el proyecto del Metro: para 1967, se crea el Sistema de Transporte Colectivo y para junio de ese mismo año, la empresa Ingenieros Civiles Asociados (ICA) en un contrato con el STC y la Societé Fracaise d'Etudes et de Réalisations des Transports Urbains, comienzan a trabajar. ICA hace un diagnóstico de la situación de los transportes de la Ciudad de México:

- Una demanda excesiva, consecuencia de la falta de zonificación;
- la operación de numerosas líneas de autobuses y transportes eléctricos sin ninguna coordinación;
- la escasa planeación que provoca que más del 75 por ciento de las líneas llegaran al primer cuadro de la ciudad, ocasionando serios congestionamientos;
- la falta de terminales adecuadas para los servicios de transporte urbano, suburbano y foráneo;
- los equipos existentes anticuados o excesivamente usados, de operación lenta, deficiente e incómoda;
- la ausencia de continuidad en algunas avenidas y calles importantes;
- la velocidad de los autobuses y trolebuses en el centro de la ciudad era menor incluso a la de una persona caminando;
- la "inversión" de cuatro millones de horas-hombre por día en transporte, y
- la ubicación de gran número de terminales de autobuses en el centro de la ciudad.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Navarro Benítez, Bernardo, *Ciudad de México, El metro y sus usuarios*, México, UAM-X, 1993, p. 35-36.

Se decide (por el diagnóstico) que el diseño no se realizaría en vía superficial sino más bien de manera subterránea. La situación no era para más, puesto que para 1950, la población era de 3.1 millones de personas en el Distrito Federal, mientras que para 1960 llegó a 5.2 millones, rebasando los 6 millones para 1964.

A pesar que hubo construcciones importantes como el Viaducto Miguel Alemán, el Anillo periférico y la Calzada de Tlalpan, la densidad demográfica que experimentaba la ciudad iba imponiendo nuevos retos para el comercio y el transporte de personas. El Metro era una obra ambiciosa y requería de un financiamiento económico que no podía pagar en su totalidad el gobierno, pues había obras viales en construcción. Fue entonces, cuando se aprovecharon las relaciones con Francia: “el gobierno de Charles de Gaulle prestó 856.5 y 142.5 millones de francos con intereses del 7 y 4 por ciento”.<sup>6</sup> Como también hubo asesoría en tecnología, herramientas y maquinaria de franceses para poner en marcha el proyecto: el 3 de febrero de 1969, llegan los primeros trenes de fabricación francesa a Veracruz y se trasladan a la Ciudad de México.



El ingeniero Bernardo Quintana Arrijoja y el general Alfonso Corona del Rosal, supervisan la llegada de los primeros vagones franceses a México. AGN. Libro: *El Metro de la ciudad de México*.

<sup>6</sup> *El Metro de la Ciudad de México*, Sistema de Transporte Colectivo, México, Ceiba Arte Editorial, S.A. de C.V., 2006, p. 43.

4 de Septiembre de 1969, el Metro de la Ciudad de México se inaugura en la estación Insurgentes y el servicio de transporte se inicia al día siguiente. Comienza el itinerario de pasajeros que se trasladan a sus destinos. Para 1969-70, funcionaron las primeras tres líneas del Metro con 36 estaciones y con un servicio aproximado de 700 mil pasajeros por día: línea 1 de Zaragoza-Chapultepec; línea 2, de Tacubaya-Taxqueña; línea 3, de Tlatelolco-Hospital General. Es importante mencionar el alcance social que tendrían, puesto que “las ampliaciones de la línea 1 y 2 hacia el oriente y sur, respectivamente, para garantizar la captación y el servicio a las zonas populares ubicadas en estos puntos cardinales y que representaban zonas habitacionales de trabajadores cuya problemática de transporte podía volcarse en lo inmediato en un problema social importante para el D.D.F.”.<sup>7</sup> Se crea así, la Comisión de Vialidad y Transporte urbano (COVITUR) en 1977 que asume las funciones de planeación, gestión del Metro y de los diversos medios de transporte. “Ciertamente la primer etapa del Metro benefició, de entre los trabajadores, más a los empleados y artesanos al permitirles, en muchos casos, el acceso directo a sus hogares de trabajo en la ciudad. Asimismo, el Metro dio accesibilidad a los servicios comerciales, administrativos y culturales que esta zona concentra particularmente”.<sup>8</sup>



Momento en que se introduce el primer boleto en el recorrido inaugural de la línea 1. ICA. Libro: *El Metro de la ciudad de México*.

<sup>7</sup> Navarro Benítez, Bernardo, *Op. Cit.*, p. 39.

<sup>8</sup> *Íbid.*, p. 67.

Los primeros años fueron de cierta incertidumbre, pues aunque el transporte parecía una novedad por su rapidez, no todas las cosas fueron color ¿...naranja o rosa?, el “El 20 de octubre de 1975 ocurre el desafortunado alcance entre dos trenes con un saldo de 26 muertos”.<sup>9</sup> El conductor Carlos Fernández quien se salvó, pues antes del impacto se arrojó a las vías, fue declarado culpable: el ministerio público le da una sentencia de 12 años en la cárcel. Ante tal accidente, se puso a prueba tanto la funcionalidad como la capacidad de los conductores, por lo que se introdujo desde entonces, el pilotaje automático.

Las distintas zonas urbanas comienzan a comunicarse: “De esta forma la ampliación de la línea 3 -inaugurada en diciembre de 1979- se extiende hacia al norte de la metrópoli (desembocaba en la terminal Indios Verdes), comunicando así esta área industrial y habitacional por excelencia. Ocho meses después esta misma línea se extiende hacia el sur hasta la estación Emiliano Zapata en la avenida Universidad. Asimismo, hacia finales del año siguiente en 1981, el oriente de la ciudad es atravesado (desde el norte y norponiente) por el Metro, al finalizar la construcción del primer tramo de la línea 4 (29 de agosto de 1981) y de la línea 5, que llega a los linderos mismos de Nezahualcóyotl, Estado de México, una de las principales zonas de habitación popular de la metrópoli”.<sup>10</sup> Para 1980 se está construyendo la línea 4, de Martín Carrera-Santa Anita; 1982, línea 5, de Politécnico-La Raza; 1983, la línea 3 se amplía y llega a Ciudad Universitaria; la línea 1 se extiende hasta Pantitlán; línea 2 se extiende a Cuatro Caminos. Para la primera mitad de los años '80, se construyen las líneas 6 y 7, con terminales de El Rosario-Instituto del Petróleo y Tacuba-Barranca del Muerto, correspondientemente. Es importante mencionar que la línea (6) recorre zonas habitacionales obreras con las industriales en el norte del D.F. 1985: el terremoto pone a prueba la construcción y según reportes, sólo llevó cuatro horas restablecer el servicio sin daños al sistema.

La Ciudad seguía creciendo, los pasajeros transitaban y la densidad en la superficie exigía una ampliación de las estaciones, así que se tuvo que extender la línea 6 del Instituto del Petróleo–Martín Carrera y la 7 de Tacuba-El Rosario. Para 1988, se comienza a diseñar la

<sup>9</sup> Navarro Bernardo y Ovidio González, *Metro, Metrópoli, México*, México, Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM-UAM-X, 1989, p. 34.

<sup>10</sup> Navarro, Bernardo, *Op. Cit.*, 1993, p. 69.

línea 9 de Pantitlán-Tacubaya. En estas fechas es cuando el Metro aumenta su cuota y pasa de 1 peso a 1 peso con cincuenta centavos. Para la década de 1990, se construye la línea de Pantitlán-La Paz y también la línea 8 de Garibaldi-Constitución de 1917. Por último se construye la línea B -inaugurada en el año 2000- de Buenavista-Ciudad Azteca. Actualmente el Metro tiene 11 líneas: la red está tejida por 201.3 kilómetros con 175 estaciones.

La red del STC tiene un total de 355 trenes asignados (322 neumáticos y 33 férreos), para proporcionar el servicio a los usuarios en horas punta se tiene un polígono de operación de 253 trenes, de los 102 trenes restantes se tienen en promedio: 14 trenes en mantenimiento sistemático, 8 trenes en mantenimiento mayor, 4 en rehabilitación y 5 en proyectos especiales, el resto de los trenes se encuentran disponibles para su explotación.

Línea	1	2	3	4	5	6	7	8	9	A	B	Total
Trenes	51	45	58	13	17	18	26	29	33	33	32	355

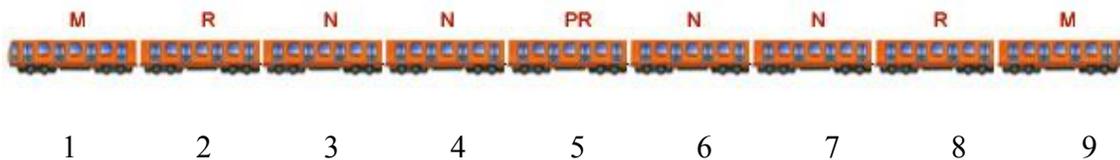
Nota: La cantidad de trenes por línea puede variar por una redistribución del parque vehicular en función de las necesidades del servicio.

Cada tren, también llamado convoy, está formado por nueve carros. Seis de ellos son motrices, es decir, tienen tracción propia, y entre todos arrastran al convoy; ocupan las posiciones 1,3 y 4, 6 y 7, y 9, numerados los carros de adelante hacia atrás. Los trenes restantes son solamente remolques (R), sin tracción propia. Dos de los carros motrices, el primero y el último, tienen cabina de conducción (M); los otros cuatro (N) carecen de ella.

Al cuerpo del carro, donde viajan los pasajeros, se le llama caja. La caja de los carros va montada sobre dos carretillas portadoras, llamadas boguies. En el caso de los carros motrices, cada boguie va equipado con dos motores de tracción -un total de cuatro por cada carro motriz-. Los boguies de los carros remolque aceren de motor. Los carros motrices toman la corriente de la barra guía, de 750 volts, mediante las escobillas, situadas entre las dos ruedas de cada boguie.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> *Los hombres del Metro*. Sistema de Transporte Colectivo, México, Comercial de Impresos San Jorge, S.A. de C.V., 1997, p. 183. También se puede consultar ésta información en la página: [www.metro.df.gob.mx/](http://www.metro.df.gob.mx/)

Convoyes:



Los convoyes de 6 carros, 4 de ellos son motrices y 2 remolques. Esta formación puede aumentarse a 9 carros, dependiendo de la demanda de transporte.



**M:** Representa a los carros motrices equipados con cabina de conducción y con tracción propia.

**N:** Representa a los carros motrices que con tracción propia y sin cabina de conducción.

**R:** Representa a los carros remolques.

**PR:** Representa al carro remolque central que cuenta con el equipo del sistema de pilotaje automático.

Capacidad de los carros:

Pasajeros sentados: 40  
Pasajeros de pie: 130  
Total: 170

Trenes:

Largo total: 147.6 m  
Peso (vacío): 207.2 tm  
Capacidad: 1530 pasajeros  
Velocidad máxima: 80 km/h  
Velocidad comercial: 35 km/h

Con la densidad de usuarios, la capacidad de los vagones se extiende en ciertas horas: “si en un tren caben cómodamente 1530 personas, en horas punta la cifra se eleva a 2295”.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Hernández Rodríguez, Remedios, *Op. Cit.*, p. 73.

Así mismo pasa con las estaciones de mayor afluencia promedio en día laborable, por ejemplo, veamos en el año 2007:

LÍNEA	ESTACIÓN	AFLUENCIA
3	Indios Verdes	132,063
2	Cuatro Caminos	109,980
A	Pantitlán	105,828
9	Pantitlán	105,503
5	Pantitlán	86,806
8	Constitución de 1917	82,972
2	Tasqueña	79,226
3	Universidad	71,103
1	Pantitlán	65,222
2	Zócalo	64,877
1	Chapultepec	62,848
1	Observatorio	58,270
1	Zaragoza	56,043
1	Insurgentes	54,809
7	El Rosario	51,737
3	Zapata	50,530
9	Tacubaya	49,656
A	La Paz	46,869
3	La Raza	45,376
1	Merced	43,720

Fuente: Coordinación de Desarrollo Tecnológico. Se puede consultar en la página web del Metro.

Puede variar la estación que tiene más afluencia de usuarios durante el año, pero claro, sólo se da entre las primeras. Para 2008, hay algunas modificaciones:

LÍNEA	ESTACIÓN	AFLUENCIA
3	Indios Verdes	141,192
2	Cuatro Caminos	130,964
9	Pantitlán	103,660
A	Pantitlán	101,879
8	Constitución de 1917	96,733
5	Pantitlán	94,779
2	Zócalo	85,648

2	Tasqueña	84,602
3	Universidad	71,143
1	Chapultepec	69,389
1	Observatorio	65,478
1	Pantitlán	62,689
1	Insurgentes	62,409
B	Ciudad Azteca	59,745
1	Merced	54,088
1	Zaragoza	53,708
7	El Rosario	53,542
3	Zapata	52,015
9	Tacubaya	47,871
A	La Paz	47,069

Fuente: Coordinación de Desarrollo Tecnológico.

Podemos observar que Indios Verdes es la estación con mayor afluencia pues es la entrada/salida de personas que trabajan en el Estado de México y que además, es la zona industrial más importante del área metropolitana. Las demás estaciones también se modifican en posiciones, pero no hay cambios importantes: los primeros lugares sólo se rondan entre ellos.

¿Qué posición ocupa el Metro de la ciudad de México en el mundo en relación a los usuarios que lo utilizan? Según algunas cifras a nivel mundial, el Metro se encuentra en los primeros lugares, medido en billones de usuarios. NYC Transit's Rank Among the World's Subway Systems 2007

Annual Subway Ridership		
1.	Tokyo	3.011 billion
2.	Moscow	2.529 billion
3.	Seoul	1.655 billion
4.	New York City	1.563 billion
5.	Mexico City	1.417 billion
6.	Paris	1.410 billion

7.	London	1.015 million
8.	Osaka	878 million
9.	Hong Kong	867 million
10.	St. Petersburg	828 million

El estar en los primeros lugares a nivel mundial no significa un logro ni una desventaja, sólo impone retos -grandes retos-, para cada sistema de transporte: trabajo en equipo, sincronía, y grandes inversiones para mantenimiento, infraestructura y construcción como para tecnología, pues el Metro es un transporte moderno que es utilizado por millones de personas.

## EN EL SUBTERRÁNEO

*“Bastión de la economía informal, sede de exposiciones,  
conciertos y ferias del libro, territorio del faje,  
el suicidio o el nacimiento,  
el Metro es una ciudad que se desplaza.”  
Juan Villoro, Los hombres del Metro.*

Utilizar el Metro de la ciudad de México, como bien lo dice Villoro, es entrar a una ciudad que se *desplaza*: trabajadores, estudiantes, vendedores, amas de casa, personas de la tercera edad, niños, personas sin extremidades, hombres de traje, mendigos; miles de rostros que se enfrentan al otro, al extraño, con el que tal vez nunca más vuelvan a cruzarse en sus vidas. Un transporte como el Metro de la ciudad de México es “...un espacio-tráfico que se extiende entre lo trivial y lo raro”.<sup>13</sup> Este lugar de paso, lo definiremos como un espacio que es practicado por cada uno de los usuarios: el “usuario sería toda persona que utiliza el Metro como un medio de transporte ya sea como pasajero, como conductor de los trenes e incluso como vendedor o músico. Es todo aquel que circula por sus vías: pasillos, andenes y vagones”.<sup>14</sup>

¿Los usuarios puede quedarse en las estaciones por algún tiempo? ¿cómo construyen los usuarios el espacio? ¿cómo el espacio modifica sus desplazamientos? ¿por qué un lugar específico para transportarse, en una parte del vagón, en una parte de la línea del Metro? ¿por qué algunos hombres se dirigen hasta la parte final del pasillo en las estaciones? ¿qué realizan en ese espacio? ¿qué pasa con los demás usuarios? ¿cómo toman posición? El usuario que analizamos puede pasar de “*pasajero* (que define su *destino*) al *viajero* (que vaga por el *camino*)”.<sup>15</sup>

Es importante preguntarse por qué algunos hombres ocupan la parte última del pasillo o en su caso, del último vagón, al igual que mujeres lesbianas o jóvenes sordomudos (estación

<sup>13</sup> Joseph, Isaac, *El transeúnte y el espacio urbano*, España, Gedisa, 1998, p. 25.

<sup>14</sup> Domínguez Prieto, Luz Olivia, *Desde las entrañas de la ciudad de México: el Metro, más allá del simple tránsito, un espacio para la cultura y la interacción social*, Tesis de Doctorado en Urbanismo, México, Facultad de Arquitectura, 2005, p. 251.

<sup>15</sup> Augé, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato*, España, Gedisa, 2005, p. 110.

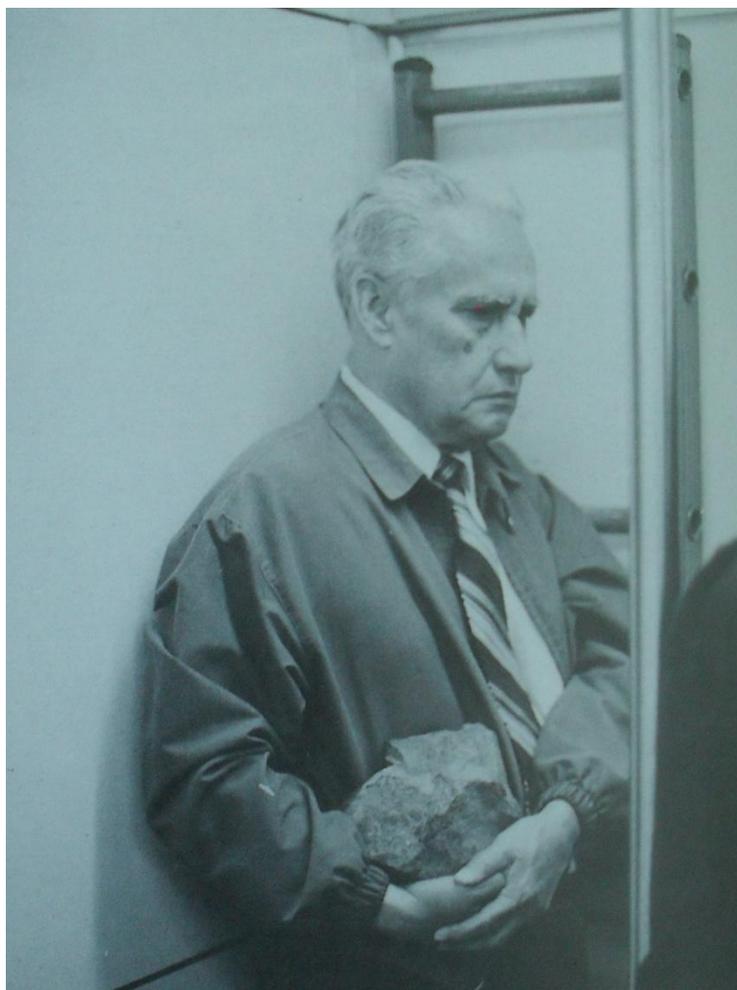
Centro Médico dirección Pantitlán): se desplazan para transportarse en ese espacio, se apropian del lugar, si hay una reivindicación del espacio, ésta se puede considerar como situacional: “se ponen a disposición del público en forma de bienes reivindicados mientras se usan”.<sup>16</sup> A diferencia de la situacional que es más informal, la reivindicación “fija” suele estar apoyada por la ley y los tribunales. Los ejemplos claros son las casas u otra propiedad. Así, la reivindicación en el transporte se realiza cuando se utiliza el Metro como medio y como fin: para transportarse y como espacio de encuentro entre extraños: “es *un acontecimiento sin pasado*. Con frecuencia es también *un acontecimiento sin futuro* (se supone y se espera que esté libre de un futuro), un historia que, sin dudas, *no “continuará”*, una oportunidad única, que debe ser consumada plenamente mientras dura y en el acto, sin demora y sin postergaciones para otra ocasión. Como la araña, cuyo mundo está encerrado en la tela que teje con sustancias de sus propio abdomen, el único respaldo con el que los extraños pueden contar debe ser tejido a partir del delgado y frágil hilo de la apariencia, las palabras y los gestos”.<sup>17</sup> Este encuentro se realiza en el ¿lugar o no lugar? Comencemos por definir el espacio.

El antropólogo Marc Augé en su libro *Los no lugares. Espacios del anonimato* para construir su hipótesis hace una contextualización: dice que vivimos en un mundo donde hay una transformación acelerada, de exceso: el tiempo, pues hay una superabundancia de acontecimientos; el espacio, pues la tecnología ayuda a obtener imágenes que están ocurriendo en otra parte del planeta; y la última, la figura de ego, de individuo. Así, lo que nos interesa rescatar es sobre la cuestión del espacio. Augé dice que un lugar es aquel donde hay una identidad y una relación, al lugar común. Y arroja otro dato importante, es histórico, es decir, quien habita este espacio común, vive en la historia, con ello quiere decir que tiene memoria de los espacios que crearon los antepasados, pero ¿qué lugar no sería una construcción de nuestros antepasados? si es lugar, está modificado socialmente, estructurado a un contexto y con una delimitación territorial, por ello, no podemos pensar que un lugar esté fuera de la historia, todo lugar es histórico, si no, es un espacio geográfico. El punto de la discusión no está en que “aquellos que viven en él pueden

<sup>16</sup> Goffman, Erving, “Los territorios del yo”, en *Relaciones en público. Macroestudios del orden público*, España, Alianza Editorial, p. 47.

<sup>17</sup> Bauman, Zygmunt, *Modernidad Líquida*, Argentina, FCE, 2003, p. 103.

reconocer allí señales...”<sup>18</sup> Más bien es cuestión de la memoria, de las asociaciones, del olvido, las referencias y la significatividad que hay en la singularidad del observador. Luego entonces, si hablamos de recuerdos, estos no son sólo por el espacio, sino por su biografía: “Las biografías individuales se pueden seguir como <<sendas de vida en un espacio-tiempo>>, que comienza con las rutinas diarias del movimiento (de la casa a la fábrica, a los comercios, a la escuela, y de regreso a la casa)”.<sup>19</sup> Dentro de Metro.



Hombre y piedra: los personajes de la ficción también tienen cabida en el Metro. Fabrizio León Díez/Fotógrafo. Libro: *Los hombres del Metro*.

<sup>18</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, p. 60.

<sup>19</sup> Harvey, David, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Argentina, Amorrortu, 2004, p. 236.

Si bien el Metro no es un lugar, es decir, no se establece como algo propio, sí puede ser un lugar geométrico: formas espaciales: “de la línea, de la intersección de líneas, y del punto de intersección”<sup>20</sup>: cuando el pasajero define un itinerario como también define un espacio de encuentros -la última parte del Metro según la dirección-, es éste “lugar donde los hombres se cruzan, se encuentran, se reúnen” y que representa un centro de intersección, o en todo caso, de doble intersección: intersección de las líneas del Metro e intersección de hombres, pues estas correspondencias son igualmente espacios reivindicados situacionalmente por homosexuales: ¿cambio de ruta o lugar de espera?

Cuando hablamos de espacio, hablamos de tiempo: “todas las relaciones inscritas en el espacio se inscriben también en la duración, y las formas espaciales simples que acabamos de mencionar no se concretan sino en y por el tiempo”.<sup>21</sup> ¿En qué tiempo se efectúan estas relaciones del espacio? Las relaciones que analizamos se realizan en dos circunstancias: cuando hay mucha afluencia de personas, entre 7-9 a.m. y cuando es menor la afluencia: entre 11-12 p.m. Espacio modificado por el tiempo, tiempo modificado por el espacio; ambos modificados por el hombre. Estas categorías espacio-temporales toman importancia cuando hablamos de prácticas del espacio, del hacer cotidiano. “Los ordenamientos simbólicos del espacio y el tiempo conforman un marco para la experiencia por el cual aprendemos quiénes y qué somos en la sociedad”.<sup>22</sup> El espacio nos da ubicación, posibilidad de desplazamiento: un cuerpo está aquí y no allá: un cuerpo no puede ocupar dos espacios al mismo tiempo. “Bourdieu dice que <<las prácticas y representaciones comunes se determinan a través de una relación dialéctica entre el cuerpo y una organización estructurada del espacio y el tiempo>>”.<sup>23</sup> Es justamente aquí donde centraremos nuestro análisis, puesto que nos parece la forma más precisa de analizar al usuario que “en lo esencial, sólo maneja el tiempo y el espacio, y es hábil para medir el uno con el otro”.<sup>24</sup> De ahí que se apropie de espacios como el último vagón del Metro.

<sup>20</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, p. 62.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>22</sup> Harvey, David, *Op. Cit.*, p. 239.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 240.

<sup>24</sup> Augé, Marc, *El viajero subterráneo*, España, Gedisa, 2002, p. 18.

La definición que tomamos de espacio: “es un lugar practicado”.<sup>25</sup> El último vagón del Metro es un espacio socializado: hay una referencia, se actúa en relación al otro y al espacio/tiempo. “Un espacio en el que el intruso es aceptado, por más que este no haya encontrado todavía su lugar y por más que no “haya abandonado su libertad de ir y de venir” (Simmel)”.<sup>26</sup> El espacio de los homosexuales, la “cola” del Metro, es un espacio reivindicado. Este espacio articulado por los hombres, es “un cruzamiento de movilidades. Está de alguna manera animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan”.<sup>27</sup> Así, la última puerta del último vagón se vuelve un espacio *por y para* la interacción de los hombres que quieren conocer a más hombres. Para los demás usuarios puede o no ser el caso: “hay tantos espacios como experiencias espaciales distintas”.<sup>28</sup> Luego entonces, coincidimos con De Certeau y Augé, al diferenciar el espacio del no lugar: en este caso, el Metro, es un espacio de interacciones; éstas pueden definirse como “la influencia recíproca de un individuo sobre las acciones del otro cuando se encuentran ambos en presencia física inmediata”.<sup>29</sup> Simbolizado para el grupo de los hombres que lo usan y que adquiere significado en la singularidad de sí mismo, pues al hablar de espacio “nos referimos al menos a un acontecimiento (que ha tenido lugar), a un mito (lugar dicho) o a una historia (elevado lugar)”,<sup>30</sup> que se ubica en el último vagón y que se construye por los movimientos y prácticas sociales que ahí se construyen. Pero también con una proxémica que se activa con los sentidos, principalmente, el tacto y la mirada.

El itinerario marca al espacio; se entiende el itinerario como lo explica De Certeau: “una serie discursiva de operaciones”. Así, el camino de los pasajeros puede estar definido por la densidad de usuarios en el espacio: en un día normal de servicio, los pasajeros optan por desplazarse en el andén: un cuerpo alejado del otro. Distancia. No tocar al otro. Cuando hay más afluencia de usuarios en el andén, los pasajeros no sólo se ubican en la parte intermedia del andén, sino que se desplazan a los extremos, -a excepción de las mujeres que

<sup>25</sup> De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Uni. Iberoamericana, 2000, p. 129.

<sup>26</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, p. 46.

<sup>27</sup> De Certeau, Michel, *Op. Cit.*, p. 129.

<sup>28</sup> De Certeau cita a Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, París, Gallimard, Tel, 1976, pp. 324-44. *Ibid.*, p. 130.

<sup>29</sup> Goffman, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Argentina, Amorrortu, 2006, p. 27.

<sup>30</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, 2005, p. 87.

utilizan los tres primeros vagones en “horas pico”, pero que muchas tienen otros itinerarios-. Para los hombres que quieren interactuar con más hombres, el itinerario está definido no sólo por la densidad del espacio: esté vacío o lleno el andén, recorren todo el pasillo para llegar a la última parte del andén. Así, el recorrido tiene que ver no sólo con la densidad de usuarios, sino con sus operaciones: pueden tomar el vagón más cercano a las escaleras o al pasillo para las correspondencias, no porque esto pueda resultar más práctico, sino porque en esos cruces es donde hay más hombres, posibilidad que tiene para tocar al otro. O, en su caso, el itinerario puede estar definido por el encuentro y la identificación: “Los homosexuales dicen que con frecuencia pueden localizar a otro homosexual en un lugar público simplemente porque éste les sostiene la mirada...”<sup>31</sup> Un espacio que es practicado por hombres: que modifican su itinerario por el espacio, la temporalidad y el otro. El Metro es un espacio donde se crea *solitude et similitude*.

Artes de hacer y prácticas del espacio. De Certeau dice que hay una triple función enunciativa: es un proceso de apropiación del sistema topográfico por parte del peatón, una realización especial del lugar e implica relaciones entre posiciones diferenciadas. Define entonces, el andar, como un espacio de enunciación, con posibilidades y con prohibiciones: está prohibido el paso a hombres a los primeros tres vagones del Metro en horas punta, tampoco el usuario puede subirse a la cabina de conducir (la primera y la última) ni transportarse en la parte que conecta dos vagones. Andar -como bien dice De Certeau-, es no tener un lugar. Pero ¿por qué hay hombres que se localizan en la parte última del pasillo? Porque en ese espacio hay interacciones sociales. Luego, las prácticas, los movimientos “no están localizados; más bien, ellos especializan”.<sup>32</sup> Donde hay encuentros, ahí se dirigen los hombres. Cuando se usa el Metro, se actualizan las prohibiciones y posibilidades del orden espacial: “de este modo las hace ser tanto parecer. Pero también las desplaza e inventa otras pues los atajos, desviaciones o improvisaciones del andar, privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales”.<sup>33</sup> Se modifica el espacio: el Metro no sólo se usa como transporte, sino que se transforma en un espacio de encuentro, de *lieu*. Definición de espacio por una pareja que no quieren, incursionen en su espacio.

<sup>31</sup> Davis, Flora, *La comunicación no verbal*, España, Alianza Ed., 2008, p. 89.

<sup>32</sup> Cita de Michel De Certeau en Harvey, David, *Op. Cit.*, p. 238.

<sup>33</sup> De Certeau, Michel, *Op. Cit.*, p. 110.

Definición del espacio de un usuario que abre su espacio personal para definir otro espacio, un espacio de interacciones. Definición del espacio del último vagón, donde muchos hombres se reúnen. Luego entonces, tiene que ver con el grupo: “justamente porque los diferentes grupos distinguen sentidos muy diferentes por su utilización del espacio y el tiempo”.<sup>34</sup> Espacio que modifican como lo hacen los vendedores ambulantes o los enfermos que piden limosna dentro del Metro.

Es importante analizar cómo se desplazan algunos usuarios, cómo ocupan el espacio: cuando el andén de salida está lleno, por ejemplo en estaciones terminales como Constitución de 1917, Indios Verdes o Pantitlán, algunos usuarios toman la estación siguiente para ir de regreso -a la estación terminal- y así, ganar asiento sin salirse del vagón. Otros, cuando el andén está lleno, prefieren esperar en una parte aislada: un pasillo, una escalera o los torniquetes, para no estar con la multitud; mientras que otros se sientan en el andén o se recargan de las paredes. “En su relación con el espacio, los usuarios asiduos conocen por su experiencia cada centímetro de los andenes y de los vagones. Tienen calculado el tiempo en que habrán de llegar a la siguiente estación si no hay fallas o retrasos en el sistema e incluso saben por cuál puerta abordar y poder aspirar a un asiento [...] el usuario frecuente reconoce incluso el sonido de un tren antes de que se vean sus luces anunciando su entrada a la estación”.<sup>35</sup> En estaciones -por ejemplo, Centro Médico, Chabacano, Bellas Artes- donde hay un pasillo entre dos carriles, a la llegada al andén, algunos usuarios prefieren bajar/subir escaleras para entrar al vagón desde el pasillo de en medio y así, tener la posibilidad de ganar asiento. O, el desplazamiento de mujeres que prefieren no tomar los vagones destinados para ellas porque consideran que en horas pico es más agresivo y violento. El desplazamiento está condicionado por la densidad de usuarios, el tiempo, las expectativas de cada uno y las prácticas que observan en el pasillo o los vagones.

D. Harvey analiza de manera general -y que resumimos-, cuatro aspectos de la “práctica espacial”<sup>36</sup>:

<sup>34</sup> Harvey, David, *Op. Cit.*, p. 240. Aquí hace referencia a la obra de Edward T. Hall, *La dimensión oculta*, México, Siglo XXI, 2005.

<sup>35</sup> Domínguez Prieto, Luz Olivia, *Op. Cit.*, p. 253.

<sup>36</sup> Harvey, David, *Op. Cit.*, p. 246-247.

- 1) La capacidad de acceso y de distanciamiento hablan del rol de la <<fricción por distancia>> en los asuntos humanos.
- 2) La apropiación del espacio examina la forma en que el espacio es ocupado por objetos (casas, fábricas, calles, etc.), actividades (usos de la tierra), individuos, clases, u otras agrupaciones sociales.
- 3) El dominio del espacio refleja la forma en que individuos o grupos poderosos dominan la organización y producción del espacio, por medios legales o extralegales a fin de ejercer un mayor grado de control sobre la fricción por distancia o sobre la manera en que el espacio es apropiado por ellos o por otros.
- 4) La producción del espacio examina cómo aparecen nuevos sistemas (reales o imaginados) del uso de la tierra, el transporte y las comunicaciones, la organización territorial, etc., y cómo surgen nuevas modalidades de representación.

Los videos *El Metro nuestro de cada día* y *Noticias en el Metro de la Ciudad de México*<sup>37</sup> son un ejemplo de cómo los usuarios definen un espacio: distanciamiento, apropiación y organización. Luego entonces, tienen que ver con el uso: ¿por qué ese uso, ese itinerario y no otro? Prácticas del espacio: cuando una persona espera a alguien en una estación (abajo de reloj), en una dirección determinada, en un tiempo fijo, como la pareja que se sienta en las escaleras -las menos transitadas- para platicar o besarse o (ups) tocarse. Prácticas del espacio que realizan los vendedores: espacio de comercio, piratería. O: de los mendigos que piden dinero. Prácticas del espacio de el/la joven que lleva una playera con vidrios y que hacen el sacrificio de romper algunos de ellos con saltos, maromas, golpes con el codo o la espalda y así, obtener algunos pesos. Prácticas del espacio de las mujeres que se prostituyen en la estación Balderas. Prácticas del espacio de los hombres que tienen sexo en el último vagón de alguna estación del Metro. Cada práctica espacial se define por el grupo de pertenencia. También por un contexto: “el usuario de la ciudad toma fragmentos del enunciado para actualizarlos en secreto”.<sup>38</sup> Toda práctica del espacio tiene que ver no sólo con el espacio físico, sino con el andar, el otro, la circunstancia, la proxémica: “está en su

<sup>37</sup> El primer video está reservado en las oficinas de “Atención al usuario” y el segundo, realizado por la BBC de Londres, se encuentra en la página web del Metro: <http://www.metro.df.gob.mx/>, 24 junio de 2009.

<sup>38</sup> Cita de Roland Barthes, *Architecture d'aujourd'hui*, núm. 153, dic. de 1970-ene. de 1971, pp. 11-13: “Hablamos nuestra ciudad [...] simplemente al habitarla, al recorrerla, al mirarla”, en De Certeau, Michel, *Op. Cit.*, p. 111.

modo de orientarse en el espacio, de trasladarse por él y de ir de un lugar a otro”.<sup>39</sup> Sin embargo, esta modificación del espacio va muchas veces en contra del funcionamiento o de la norma interna del Metro: no se puede prostituir dentro del Metro o vender mercancías en los vagones, lo que pasa, es lo que De Certeau llama una *discontinuidad*: “sea al operar selecciones en los significantes de la “lengua” espacial, sea al desplazarlas por el uso que hace de ellas. Dedicar ciertos lugares a la inercia o al desvanecimiento y, con otros, componer “sesgos” espaciales “raros”, “accidentales” o ilegítimos. Pero eso introduce ya una retórica al andar”.<sup>40</sup> Cambio de itinerarios que sólo los usuarios definen por cierto tiempo: días, semanas o meses, al utilizar una línea del Metro, un vagón, una parte del vagón. Retórica del andar: acción caminante: “allí ella misma es el efecto de encuentros y ocasiones sucesivos que no cesan de alterarla y de hacerla el blasón de otro, es decir, el propalador de lo que sorprende, atraviesa o seduce sus recorridos. Estos diversos aspectos instauran una retórica. Hasta la definen”.<sup>41</sup> Encuentros: miradas que se cruzan. Desplazamientos. Un cuerpo, otro cuerpo: 4.6 millones de rostros a diario en el subterráneo.

La apropiación del espacio se realiza no sólo por la identificación al grupo, sino con la práctica social que ellos tienen: movimientos, encuentro corporal, visual y táctil, acercamiento y espacio de interacciones. Los encuentros pueden ocupar cualquier espacio dentro de su itinerario. Comienzan a construir una táctica: se le llama táctica a “la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio. [...] La táctica no tiene más lugar que el del otro. Además, debe actuar con el terreno que el impone y organiza la ley de una fuerza extraña”.<sup>42</sup> Si no es un lugar propio, su itinerario está definido por el otro. El usuario de la última puerta del último vagón es calculador: “aprovecha las ocasiones y depende de ellas, sin base donde acumular los beneficios, aumentar lo propio y prever las salidas. No guarda lo que gana. Este no lugar le permite, sin duda la movilidad, pero con una docilidad respecto a los azares del tiempo, para tomar al vuelo las posibilidades que ofrece el instante”.<sup>43</sup> De ahí, el tiempo para actuar: cuando un hombre quiere acercarse a otro, tiene

<sup>39</sup> Hall T., Edward, *Op. Cit.*, p. 90.

<sup>40</sup> De Certeau, Michel, *Op. Cit.*, p. 111.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 43.

de 2 a 3 minutos -entre dos estaciones- para estar lo más cerca. A la siguiente estación, las posiciones pueden cambiar. Esta característica de usar el espacio de acuerdo al sentido que le dan los usuarios, convierte al no lugar en lugar: se puede pasar de uno a otro. En el no lugar pasa, y en el lugar se relaciona. En este espacio, la “cola” de Metro, hay una identificación y cierta legitimación, es decir, cuando lo utilizan, encuentran a más personas de su grupo: personas del mismo sexo. Tema que retomaremos más adelante. Pero ¿por qué la “cola” del Metro? “su percepción del espacio es dinámica porque está relacionada con la acción -lo que puede hacerse en un espacio dado- y no con lo que se alcanza a ver mirando pasivamente”.<sup>44</sup> Allí los hombres operan, se relaciona. Pero también representa un espacio contra la estigmatización, que se da no sólo dentro del Metro, sino también en el exterior. Los extremos del pasillo son pocos transitados, ¿por qué cuando hay pocos usuarios en todo el pasillo, algunos hombres recorren la mitad o más del pasillo para llegar a ese espacio? Porque saben que hay posibilidad de encuentro, porque saben -o tal vez- que en realidad no saben con quién lo tendrán, porque saben o no saben que el encuentro es consigo mismo: otro rostro, igual que él, el último hombre.

El enfrentamiento social dentro del Metro es violento, hay una cultura que discrimina y excluye a personas con distinta preferencia sexual a la heterosexual. Los usuarios ponen a prueba su tolerancia: se rechaza que un hombre vaya de la mano con otro hombre... De ahí que el último vagón se haya apropiado con el tiempo: tiene aproximadamente diez años que se dan estas prácticas en la “cola” del Metro. Luego entonces, si se dan, es por el espacio de paso, el encuentro, el anonimato, el juego, y porque la apropiación en el subterráneo es una cuestión social: hay una relación con el otro. Igual pasa con los vendedores ambulantes que se reúnen en la estación UAM-I, es resultado de una crisis económica y del creciente empleo informal. O los indígenas que se encuentran en la estación Etiopía. Pero ojo, habría que analizar a cada grupo para saber cómo se apropian del espacio y cómo se convierte el Metro en un espacio practicado.

¿No lugar? Marc Augé dice que pertenecen al viajero: “espacios donde el individuo se siente como espectador sin que la naturaleza del espectáculo le importe verdaderamente.

<sup>44</sup> Hall T., Edward, *Op. Cit.*, p. 141.

Como si la posición de espectador constituyese lo esencial del espectáculo, como sí, en definitiva, el espectador en posición de espectador fuese para sí mismo su propio espectáculo”.<sup>45</sup> No relacional no identidad no historia para los viajeros “de humor, de pretexto, de ocasión”. Construcción de imagen: espejo: fragmentos de pasado, de la soledad. Y de la construcción del otro. Estos no lugares “designan dos realidades complementarias pero distintas: los espacios constituidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio), y la relación que los individuos mantienen con esos espacios”.<sup>46</sup> Como ya analizamos más arriba, estos espacios se construyen por las prácticas de los usuarios y tienen distintas formas de operar, para cada usuario o en su caso, para cada grupo, como los homosexuales, los indígenas, los comerciantes y que su apropiación tiene que ver con lo que De Certeau llama: “un estilo de uso, una manera de ser y una manera de hacer”.<sup>47</sup> Con esto, interpretamos que los lugares adquieren significado en la singularidad, lo simbólico y en la práctica social que tienen; de ahí los distinguimos de los no lugares. El Metro es un no lugar para aquellos que sólo pasan, pero es un lugar para aquellos que lo apropian y se relacionan en él. De algún modo, este no lugar tiene una identificación, como bien dice Augé: “el no lugar es el que crea la identidad compartida de los pasajeros, de la clientela o de los conductores de domingo. Sin duda, inclusive, el anonimato relativo que necesita esta identidad provisional puede ser sentido como una liberación por aquellos que, por un tiempo, no tienen más que atenerse a su rango, mantenerse en su lugar, cuidar de su aspecto”.<sup>48</sup> Sólo pasan y eso iguala a los pasajeros. Nadie se habla. Se alejan.

Recordemos “Pasajera en trance” del escritor, Edmundo Paz Soldán:

Cuando se separó de su pareja, hacía casi tres años, se fue a vivir a un condominio. “Ideal para ti”, le había dicho una amiga, “cerca de un aeropuerto”. No se había dado cuenta de ello, pero ahora que lo decía era cierto. ¿Y? Ya no quería sentirse culpable de nada. Años atrás, en una clase de antropología, había leído ese libro famoso

<sup>45</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, 2005, p. 91.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>47</sup> De Certeau, Michel, *Op. Cit.*, p. 112.

<sup>48</sup> Augé, Marc *Op. Cit.*, 2005, p. 104.

sobre esos espacios de tránsito que, al carecer de importancia para la identidad, las relaciones, o la historia, eran considerados no-lugares: los hoteles, los supermercados, los aeropuertos. En ese entonces se había sentido mal: no decía nada bueno de ella que le gustaran esos no-lugares. Pero, ¿qué si una pasaba buena parte de su tiempo, cada vez más, en esos no-lugares? ¿no se convertían para una en lugares?

Ella, ahora, se encuentra en un aeropuerto. Ella está por embarcar. Ella está por despegar. Ella se va. Y recuerda: algunos de los momentos más intensos de su vida los pasó en aeropuertos. La primera vez que se fue de Bolivia: todavía le duelen las lágrimas de su madre ("para eso una cría hijos, para que se le vayan"). La vez que volvió y su padre no estaba para esperarla ("hermana, no te lo quería decir por teléfono, pero papá... Nunca llevó bien la separación, pero a nadie se le ocurrió que llegaría a ser capaz de esto"). O cuando llegó a esa terminal vacía en un país desconocido, y sintió, opresivo, todo el peso de la ausencia. O aquel romance de verano que terminó en lágrimas ("si me lo pides, me quedo unos días más") y la sensación angustiada, después del abrazo y los besos furtivos y el darle la espalda para encaminarse a la revisión, de haber vivido una historia que había terminado antes de comenzar. Ella siente que baila sobre el mar. Esta vez, sabe, sospecha, intuye, que la historia tendrá un final feliz. O mejor: no tendrá un final. Y se va. Es una pasajera en trance. Pasajera en tránsito perpetuo, redimida por saber que, incluso en el dolor, en la ausencia, en los equívocos, ha estado transitando por los lugares ciertos. Y piensa: un amor real es como vivir y estar despierto. Un amor real es como vivir en aeropuertos.<sup>49</sup>

<sup>49</sup> Se puede consultar en: <http://www.elboomeran.com/blog/117/edmundopazsoldan/20/>, 20 de diciembre de 2008.

Este pequeño relato es tan impactante que nos da cuenta de la singularidad y la significatividad que los pasajeros perciben en los lugares o los no lugares. Ésta percepción “nace de una continuidad espacial y temporal, organizada como tal de una manera activa por el que percibe”.<sup>50</sup> Hay entonces, una relación del espacio, el tiempo y el cuerpo. Así, “solo, pero semejante a los otros, el usuario del no lugar está con ellos (o con los poderes que lo gobiernan) en una relación contractual. La existencia de este contrato se le recuerda en cada caso (el modo de empleo del no lugar es un elemento de eso): el boleto que ha comprado [...] El contrato tiene siempre relación con la identidad individual de aquel que lo suscribe”.<sup>51</sup> Si hay una reivindicación espacial: ésta se manifiesta por el uso y por la inocencia -como dice Augé-, puesto que en él se reconoce al otro, igual que uno. ¿Espacio accesible? No: necesitas un boleto, una tarjeta o credencial de cortesía. No sabes si te encontrarás con un comerciante de drogas, un asesino o un cura...

Movimientos, aceleraciones colectivas, dispersiones: modos de andar. El otro es otro y es una imagen de uno mismo. “El pasajero de los no lugares hace la experiencia simultánea del presente perpetuo y del encuentro de sí”.<sup>52</sup> Es él, quien está al final del pasillo: otro hombre es el más próximo. Se miran. “Los extraños tiene probabilidad de conocerse en su calidad de extraños, y que posiblemente seguirán siendo extraños tras el ocasional encuentro que termina de modo tan abrupto como comenzó. Los extraños se encuentran de la manera que corresponde a los extraños; un encuentro entre extraños no se parece a un encuentro entre familiares, amigos o conocidos -es, comparativamente, un *desencuentro*-.<sup>53</sup> Que puede terminar en violencia, sometimiento o negación del otro.

Así, los “lugares y no lugares se oponen (o se atraen) como las palabras y los conceptos que permiten describirlas. Pero las palabras de moda -las que no tenían derecho a la existencia hace unos treinta años- son las de los no lugares”.<sup>54</sup> Los no lugares existen, pero no son del todo puros: no dejan de ser lugares; éstos son definidos por las relaciones sociales que

<sup>50</sup> Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad*, Argentina, Amorrortu, 2003, p. 83.

<sup>51</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, 2005, p. 105.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>53</sup> Bauman, Zygmunt, *Op. Cit.*, p. 103.

<sup>54</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, 2005, p. 110.

construyen los pasajeros.

Sólo hombres y otros grupos marginados practican este espacio: la última parte de Metro, en un transporte moderno. A diario “una y otra vez, con la monótona regularidad del horario del subterráneo, esos otros -como una atareada fila de hormigas- emergen de la tierra, se despliegan sobre el pavimento de piedra que separa la salida del subterráneo de alguno de los relucientes monstruos que rodean (sitian) la plaza y desaparecen rápidamente. El lugar vuelve a quedar vacío... hasta la llegada del próximo tren”.<sup>55</sup> ¿Vacío? No, hay un último hombre al final del pasillo. A él lo estudiamos, pues “el carácter rutinizado de las sendas a lo largo de las cuales los individuos se mueven en el tiempo reversible de la vida diaria no <<ocurre>> casualmente. Se <<lo hace ocurrir>> por los modos de registro reflexivo de una acción que los individuos sostienen en circunstancias de copresencia”.<sup>56</sup> Veamos cómo se construyen los encuentros.

<sup>55</sup> Bauman, Zygmunt, *Op. Cit.*, p. 105.

<sup>56</sup> Giddens, Anthony, *Op. Cit.*, p. 98.

## ENCUENTROS Y APROPIACIÓN DE UN ESPACIO

65 Kilómetros por hora: el Metro llega a la estación Hidalgo. Carlos, un joven de 25 años sube al antepenúltimo vagón. Está casi lleno. Al subir, empuja a las personas que están dentro. Son hombres, sólo hay hombres en esa puerta. Cuando sube, los demás lo voltean a ver, hacen un giro disimulado y lento. Él los ve y se queda quieto: enfrente de él está un joven que le da la espalda, pero está muy junto. Baja su mochila y trata de ponerla frente de sí. El Metro está a punto de llegar a la siguiente estación. Nadie baja. Suben más hombres. El Metro avanza. Carlos, toca el trasero del joven que está frente a él. Con el movimiento del Metro, logra meterle la mano bajo la playera, ahora lo acaricia. Acerca su nariz a la oreja del joven. Algunos hombres se besan. Otros platican. Los que están sentados miran sus celulares, mientras que otros conectan su *bluetooth*, se mandan imágenes... Carlos baja en la siguiente estación y cuando el Metro se detiene, Carlos parece jalar al joven que acariciaba. Es una señal. Los dos bajan, pero caminan y no se saludan. Cuando el Metro avanza y se aleja del pasillo, Carlos se detiene, voltea hacia atrás y sonrío: espera al joven que iba tocando.<sup>57</sup>

La vida cotidiana dentro del Metro se compone por la interacción con el otro: están en constante comunicación los gestos, el movimiento corporal y las miradas. Una relación de desconocidos en el subterráneo. La realidad se configura espacial y temporalmente. Miles de personas que utilizan el Metro para desplazarse, se enfrentan al otro y a sí mismas. Encuentro: “Los seres humanos somos seres sociales: vivimos nuestro ser cotidiano en continua imbricación con el ser de otros”.<sup>58</sup> Construcción de esa realidad: “la vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada por los hombres”.<sup>59</sup> Pero también de una realidad imperiosa, la realidad *par excellence* que se comparte con otros, que se relaciona y

<sup>57</sup> Observación realizada el 23 de Mayo de 2009, 17:30 hrs.

<sup>58</sup> Maturana, Humberto, *La objetividad, un argumento para obligar*, Chile, Dolmen, 1997, p. 3.

<sup>59</sup> Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 34.

estructura con otros, aquellos con los que no compartimos un espacio y un tiempo en sincronía, sino que se construye en cadena; tampoco existe de manera independiente. Hay que dar cuenta de ella, y conocer su carácter intersubjetivo según Berger y Luckmann, pues si cada uno la construye con el lenguaje -que da sentido y significado en la vida cotidiana-, también hay una referencia a un mundo que nos es común a todos.

Lo cotidiano, es el lugar donde el individuo se enfrenta al otro. El lugar donde cada pasajero del Metro pone en juego su apariencia, su imagen, pero también, la situación y aquello que no puede controlar: “el discurrir de la vida cotidiana en el mundo moderno -el <<pasar el día>>- puede describirse como una serie de pequeños alejamientos y asentamientos negociados, de pactos concertados, puntos marcados, confrontaciones hechas o eludidas y dificultades de varias clases sorteadas”.<sup>60</sup> El enfrentarse al otro, significa poner en juego una gama de posibilidades de acción y de cálculo, pues el encuentro cara a cara que hay en el Metro, nos recuerda que, el manejo expresivo es recíproco, pues a quien miramos, también nos mira. O mejor aún, miramos a alguien sin saber que un tercero igualmente nos observa. El usuario actúa, por esto entendemos básicamente la “actividad de un individuo que tiene lugar durante un periodo señalado por su presencia continua ante un conjunto particular de observadores y posee cierta influencia sobre ellos”.<sup>61</sup> Puede creer en sus actos o ser escéptico, pero tratará de salvar la situación, de controlar la impresión que da, más no la que emana, pues ésta, depende de la interpretación de otro, de ahí entonces, -nos recuerda Goffman- que no es mero accidente que el significado de persona sea máscara. En cada espacio, hay distintos roles. Por ahora, nos encargaremos de dar cuenta cómo se construye el encuentro entre hombres en la última puerta del último vagón dentro del Metro: ¿qué se pone en juego? ¿cómo termina?

Comencemos por la rutina: “la vida cotidiana se divide en sectores, unos que se aprenden por rutina y otros que me presentan problema de diversas clases”.<sup>62</sup> Las rutinas siguen sin interrupción y serán aprendidas como no problemáticas... pero algo tendrá que perturbarlas, pues la vida cotidiana no transcurre sólo en la continuidad, es decir, si

<sup>60</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *El contacto humano*, México, Paidós, 1989, p. 40.

<sup>61</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 33.

<sup>62</sup> Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *Op. Cit.*, p. 39.

analizamos a los usuarios de Metro (aquellos que lo utilizan a diario), tomar éste es rutinario: no existe un problema en que alguien compre un boleto, pase por los torniquetes y tome un asiento en el vagón. No tiene nada de problemático. Comenzaría lo problemático cuando, para llegar al Metro, el usuario tenga un accidente, haya tráfico en la avenida para arribar a la estación o que no haya servicio de transporte. Para aquellos que en su rutina utilizan auto privado, y se presenta una problemática, tendrán que decidir en utilizar otro transporte: un taxi, el camión o el Metro. Dentro del sistema del Metro, lo problemático sería que exista una pelea, que alguien se aviente a las vías o haya excesiva afluencia de usuarios lo que cause una lentitud en el servicio. Luego entonces, si se presenta una perturbación en el sistema, el usuario actúa de acuerdo al espacio y su temporalidad. Según los ejemplos, puede que, si su rutina es utilizar el Metro, esperar a que se re-establezca el sistema o salir a la superficie para tomar otro transporte. Lo que significa que habrá de encarar el problema “antes de reintegrarlo sencillamente dentro del sector no problemático de la vida cotidiana”.<sup>63</sup> Se actúa porque en este caso, se tiene una *receta* o “naturaleza recursiva” -en términos de Giddens- de la vida social, es decir, sabe qué hacer en ciertas circunstancias imprevistas, que son problemáticas al principio y que después pasan a no serlas. “Las rutinas, como categorías del razonamiento práctico, tienen propiedades de *adaptación*”.<sup>64</sup> Estas rutinas son tan importantes para la construcción de la vida cotidiana, que autores como Anthony Giddens dicen que “una rutinización es vital para los mecanismos psicológicos que sustentan un sentimiento de confianza o de seguridad ontológica durante las actividades diarias de la vida social”.<sup>65</sup> Ésta confianza puede ser excesiva que, al menor descuido, alguien aproveche la situación. Ejemplo: cuando un pasajero quiere entrar al vagón, es empujado por otros (lo agradece) y sin darse cuenta, fue despojado de su cartera.

¿Qué posición ocupan los homosexuales en la vida cotidiana dentro del Metro? ¿qué hay de rutinario al tomar el último vagón para transportarse? La respuesta la podemos comenzar a analizar con el grupo: gran cantidad de hombres utilizan este espacio porque hay más hombres. Luego, lo practican y lo definen: “un lugar en donde los participantes regulares

<sup>63</sup> Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *Op. Cit.*, p. 40.

<sup>64</sup> Joseph, Isaac, *El transeúnte y el espacio urbano*, España, Gedisa, 2002, p. 99.

<sup>65</sup> Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, p. 24.

tienen una libertad de conducta relativa y una sensación de intimidad y control sobre el área”.<sup>66</sup> La vida cotidiana, lo hemos dicho, transcurre en un espacio y en un tiempo. E igual de importante es el cuerpo al posicionarse pues adquiere una postura cuando existen más cuerpos, definiendo así, su espacio personal y el espacio de los otros: “fundamental para la vida social es la postura del cuerpo en encuentros sociales”.<sup>67</sup> El cuerpo de un hombre cerca de otro hombre, pero en un espacio donde sólo hay hombres. Se convierte así, en un espacio de posiciones y donde se interactúa.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23:30 hrs.

<sup>66</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 28.

<sup>67</sup> Giddens, Anthony, *Op. Cit.*, p. 25.

Esto pasa en la vida cotidiana en el subterráneo: la última puerta del último vagón sólo hombres lo recorren. El espacio se modifica, pues “existir significa, en primer lugar, moverse en un espacio y en un tiempo, transformar el entorno gracias a la suma de gestos eficaces, clasificar y atribuir un valor a los innumerables *stilumi* del entorno gracias a las actividades perceptivas, dirigir a los demás palabras, pero también gestos y ademanes, un conjunto de rituales corporales que cuentan con la adhesión de los otros”.<sup>68</sup> No hay vagón atrás y las dos últimas lámparas dentro del vagón (en algunos vagones) no sirven, la atmósfera es opaca, lo que le da al espacio un tono menos visible y tal vez, más táctil. Espacio abierto a encuentros anónimos en las estaciones. La vida cotidiana está en movimiento y se construye. A esto nos referimos cuando decimos que la vida cotidiana está enriquecida con la interacción de los otros y de la copresencia: el movimiento nos revela que no vamos en la misma dirección, y que, dentro del Metro, como bien lo decía Augé, cada biografía es singular, no es un lugar de sincronía. Cada usuario mapea lo mapeado. Con los homosexuales pasa algo distinto: se apropian del espacio. Muchos hombres recorren los pasillos para llegar a la última puerta del último vagón.

En un lugar abierto y con mucha afluencia, ¿qué distancia tomar del otro? “...el rostro en los vínculos sociales humanos influye sobre la toma de distancia de individuos en circunstancias de copresencia”.<sup>69</sup> El rostro, esa fachada que nos representa, nos da imagen, es parte fundamental de nuestro encuentro con los otros. En el Metro es muy significativo: en un lugar cerrado (vagones), se puede observar cómo los usuarios miran a otras personas por el simple hecho de que es guapa o en el otro extremo, porque tiene la cara grotesca, pero “la imagen, dice Goffman, no se encuentra en el interior o en la superficie del individuo; la imagen se encuentra difusa en el curso de la acción”.<sup>70</sup> Lo importante aquí, es que la distancia no toma posición sólo por el rostro sino por una intrusión, es decir, porque se ha invadido el espacio visual de otra persona. Y qué decir del rostro, pues el enfrentamiento cara-a-cara implica más exigencia espacial: difícilmente los usuarios se quedan mirando por largo tiempo sus rostros: es común entonces, ver a quienes prefieren

<sup>68</sup> Le Breton, David, *Sociología del cuerpo*, México, Nueva Visión, 2002, p. 8.

<sup>69</sup> Giddens, Anthony, *Op. Cit.*, p. 101.

<sup>70</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 54.

mirar la ventanilla cuando se va entre dos estaciones, ver los anuncios dentro del vagón. O: dirigir su mirada a todos los usuarios y al mismo tiempo a ninguno. En todo caso “la característica central del espacio personal es que las reivindicaciones legítimas sobre él varían mucho según las explicaciones que brinde el contexto, y que las bases de éstas cambian constantemente”.<sup>71</sup> Así pues, cada usuario definirá su espacio por las condiciones, la circunstancia y la copresencia con los demás.

En el caso de los homosexuales, el espacio personal pasa a ser un espacio abierto al otro y cuando existe una densidad mayor en el último vagón, invadir al otro no parece una intrusión. Incluso, puede verse en las estaciones observadas (Chabacano, Hidalgo, Insurgentes y Centro Médico) que, cuando hay poca afluencia de usuarios, hay más usuarios concentrados en la última parte del pasillo o en su caso, del vagón. Los cuerpos están juntos y no hay separación. Es importante mencionar que en estas estaciones, no se forma una campana de Gauss, es decir, los usuarios no sólo se concentran mayormente en la parte intermedia del andén y pocos en los extremos, sino que podemos ver claramente cómo hay más hombres reunidos al final de pasillo (de acuerdo a la dirección de cada línea). Cuando hay poca afluencia, podemos ver de 2 a 10 hombres: algunos sentados o de pie. Cuando hay más afluencia de usuarios, la densidad es igual en todo el andén, sólo que en la última puerta únicamente hay hombres que se miran.



Estación Hidalgo. Fuente: Archivo personal. 4/Diciembre/09, 21:15 hrs.

<sup>71</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 1979, p. 43.

Este acercamiento al otro, al desconocido, no significa una infracción: esté vacío o no el vagón, no hay separación. En los demás vagones podemos considerar que, cuando hay pocos usuarios en el vagón, sentarse al lado de otra persona puede tomarse como algo no normal o en su caso, peligroso, pues no sabemos sobre sus intenciones, por lo que hay que estar al tanto de sus movimientos. En la última parte del vagón, la infracción no aplica: una persona puede sentarse al lado de la otra sin que el otro tome distancia, ponga en duda su presencia o sus intenciones. Al contrario, si se da un acercamiento de este tipo, primero intercambian miradas y según sea el caso, juntan sus piernas e incluso llegan a tocarse. En esta parte del Metro, “se cometen actos incorrectos, pero nadie reacciona ni se da cuenta ni reacciona ante los mismos como ante una violación de las reglas”.<sup>72</sup> Grupo que crea sus reglas y las hace operar: para entrar al grupo, parece que es necesario no violar estas reglas.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal. 4/Diciembre/09, 23:35 hrs.

En cada estación analizada pasa lo mismo: hay una alteración de las posiciones según entre o salga alguien del vagón. Pero también puede no modificarse: todos ocupan sus espacios y no hacen nada por acercarse al otro: cada uno con su espacio personal, dentro del vagón o

<sup>72</sup> Becker, Howard, *Los extraños. Sociología de la desviación*, Buenos Aires, Tiempos contemporáneos, 1971, p. 30.

en las estaciones. Sólo intercambian miradas. En los demás vagones, claro, el proceso se invierte o puede pasar lo mismo entre un encuentro de personas del mismo sexo o distinto, es decir, se mantiene una distancia de tal manera que el otro no se acerque lo suficiente como para resultar incómoda su presencia, o, en otro caso, puede dar pauta para comenzar a flirtear. Pero, ¿por qué ésta alteración de posiciones cuando alguien se acerca y no es tan preocupante cuando hay densidad de usuarios? “por lo pronto, el solo hecho de la visibilidad mutua impone hacer acto de presencia: del mismo modo que en una conversación, los participantes son siempre activos aun cuando no hablen, los transeúntes *co-pilotean* el encuentro y cooperan para hacer que transcurra sin molestias para ellos y sin daños para la consideración que deben a los transeúntes con quienes se cruzan”.<sup>73</sup> Luego entonces, tiene que ver con el cuerpo y con lo que David Le Breton llama “la frontera del hombre en relación a otros hombres”. Frontera que separa y que además une, pues el cuerpo existe en su relación con otros cuerpos. De alguna manera se distingue un cuerpo de otro. La libertad del otro termina cuando la tuya empieza, y empieza desde la corporal. El cuerpo separa y une. El otro es un cuerpo con sentido. Pero hay algo importante en esto, el cuerpo en sí mismo no es ningún problema, sino cuando hay contacto corporal con extraños en espacios muy transitados.



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal. 2/Diciembre/09, 19:45 hrs.

<sup>73</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 44.



Estación Centro Médico. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 8:50 hrs.

El espacio de encuentros está en constante cambio, en constantes desplazamientos internos: hay un “proceso constante de reajuste en el que cada llegada y cada salida produzca alteraciones en toda la reunión”.<sup>74</sup> Cuando alguien entra al vagón es mirado por todos y también él mira. Según sea la mirada, dos hombres se juntan, se rechazan: “precisamente, porque ella manda no fijar la mirada es que, antes que todo intercambio verbal, es la primera etapa del *encuentro*. La cortesía visual que sugiere indica que no tenemos ninguna razón de sospechar de las intenciones de otro, de temerle o de serle hostil, de tenerle miedo

<sup>74</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 49.

de serle visto o mirado”.<sup>75</sup> Las miradas se encuentran y no hay un rechazo inmediato: hay reciprocidad. Luego, ponen en juego sus modales para atraer al otro: “se refiere a aquellos estímulos que funcionan en el momento de advertirnos acerca del rol de interacción que el actuante espera desempeñar en la situación que se avecina”.<sup>76</sup> Estos son muy diversos: como en el caso de los señores que van de traje, y que muestran modales dentro del vagón igual que otros jóvenes (aquí no está en cuestión el *deber ser* de un hombre): distintas fachadas, mismo comportamiento... Pueden utilizar la misma fachada en distintas rutinas. Pero la actuación dramática no es lo preocupante para el joven, el adulto o el adolescente pues “al movilizar su conducta para realizar dicha exhibición, le preocupará no tanto la serie completa de las diferentes rutinas que realiza sino tan sólo aquella de la cual deriva su reputación ocupacional”.<sup>77</sup> El último vagón no es un espacio donde habite, mucho menos dónde realiza actividades profesionales o laborales, no parece generar preocupación: es sólo un espacio transitorio. Pasan los torniquetes y recorren todo el pasillo (según sea el caso de cada estación): “ellos cumplen con todas sus costumbres mientras se los ve, pero no son tan escrupulosos en su intimidad”.<sup>78</sup> Encuentros en lugares públicos. Dentro del vagón se juntan, se tocan: encubren. El último vagón es un espacio poco transitado y desconocido por muchas personas, es decir, no todos los usuarios saben que ahí se construyen encuentros entre homosexuales. Algo importante: la interacción no sólo se desarrolla en el último vagón, sino “en este contexto amorfo de encuentros breves y agrupamientos transitorios, el <<territorio>> ya no es más, por supuesto, fijo o permanente; se mueve con el grupo como una especie de membrana social, para usar la frase de Goffman, y desaparece cuando el grupo se deshace”.<sup>79</sup> Así, podemos observar distintos lugares de apropiación -tanto en el pasillo como puertas del vagón- en cada estación: mientras que algunos se ubican en el antepenúltimo y último vagón (estación Hidalgo -dirección Universidad-), otros sólo se apropian el último vagón (estación Centro Médico y Chabacano -en ambas direcciones según la línea, la última puerta-) o en lugares cercanos a las escaleras (estación Insurgentes; aquí cambia de acuerdo a la temporalidad: por las

<sup>75</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 78.

<sup>76</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 36.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>79</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 28-29.

mañanas el espacio de encuentro se ubica en las escaleras de salida, mientras que, después de las horas pico, se apropian del último vagón); todo esto, puede cambiar por la densidad de usuarios y la temporalidad, de ahí que sea muy acertada la metáfora de membrana social al analizar la apropiación del espacio y el movimiento que hay en los grupos sociales.



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 19:35 hrs.



Estación Hidalgo. Fuente: Archivo personal. 4/Diciembre/09, 21:50 hrs.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23:20 hrs



Estación Centro Médico. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 08:40 hrs.

## ACERCAMIENTOS

El territorio de posesión -en términos de Goffman- es aquello que poseemos; dentro del Metro, es lo que puede ser identificado como nuestro: un libro, una mochila o documentos, pero también personas: un niño pequeño representa un territorio que pertenece a un poseedor, pero también el padre o la madre que lo acompañan, pueden ser el espacio personal del pequeño. Podemos encontrar parejas abrazadas que, así como ambos definen un solo espacio, también la pareja es su posesión: se define un espacio que no puede ser incursionado: “el poseedor tendrá que hallarse presente para enfrentarse con los transgresores”.<sup>80</sup> ¿Cómo lo reivindica? por medio de lo que Goffman llama *señales*, es decir, un signo que reivindica una reserva. Existen varias: entre ellas podemos distinguir las señales de compañía; éstas nos dicen quién viene con quién y lo manifiestan con una conversación, contacto corporal o algún otro acercamiento.

Entre desconocidos puede cambiar esta señal o en todo caso, lo poseído dentro de las relaciones que establecen los hombres en el Metro: se puede observar que, cuando un hombre sube al último vagón y se quiere acercar a otro, pero el segundo da una señal de no interferencia, el hombre que subió busca otro cuerpo, un encuentro aceptado. Todo puede cambiar en la siguiente estación: a quien abordó baja y él se queda solo. Después, alguien sube y se le acerca. En pocas estaciones cambiaron sus señales de compañía como también lo poseído e incluso, se pasó a la categoría de poseído, es decir, definido como objeto apropiado. Hay señales corporales que sirven para mandar el mensaje de acompañamiento o de retirada, es decir, cuando hay un encuentro entre dos homosexuales y quieren definir un espacio fuera del vagón, hacen señales con sus manos, la cabeza o los ojos, o se posicionan cerca de la puerta, se miran por el reflejo del cristal de la ventana, para avisar que a la siguiente estación bajan. Es interesante analizar cómo operan algunos de ellos: cuando salen del vagón, caminan en el pasillo, sin voltear ni mostrar algún interés por la otra persona a quien mandaron una señal, sino que esperan a que el Metro avance, para quedarse solos, luego entonces, voltean y siguen con la interacción. Esto, también lo realizan cuando van solos: bajan, caminan, el Metro avanza y luego regresan hasta la última

<sup>80</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 1979, p. 61.

puerta. Hay casos en los que el esquema se define por la situación: un hombre puede definir un espacio personal, pero no con otro hombre sino con dos: un trío formado dentro del Metro. Hay jóvenes que se encuentran y sin conocerse, se acercan y comienzan a tocar sus partes íntimas, hay intercambio de besos y uno que otro abrazo. Cuando esto pasa, no existe una infracción al cuerpo del otro. Y con la proximidad y el contacto, lo que se emana del cuerpo no representan una contaminación, es decir, el tufo o sudor, que pueden considerarse en términos de Goffman como contaminantes, pues son desechos corporales, entre los homosexuales parecen no son síntomas de distancia: aquí los órganos sexuales no se consideran la parte más contaminante, sino que parece todo lo contrario: la parte que une y atrae, como para llegar a masturbarse en público. Otro caso, no tan distinto es cuando un hombre comienza a masturbarse y tocarse a sí mismo (exhibicionista). Aquí no hay infracción, no se invade el espacio del otro, sino el suyo propio; esto puede considerarse como una fase de estimulación para exhibirse o para que otros lo toquen. ¿Por qué no hay una reacción del otro? porque hay cierta disciplina y cuando “está preparado para controlar su temperamento será un participante en quien se pueda confiar”.<sup>81</sup> No hay separación, recriminación o acusación de otros hombres a la autoridad. Forman un grupo, muestran lealtad y disciplina frente a otros, algunas veces frente a su auditorio -aquellos que no entran en el espacio de interacción-, pero además, para su representación en escena como bien dice Goffman.

En este tipo de encuentros, el anonimato juega un papel importante pues da un carácter contingente y lúdico a las interacciones: no se conoce al otro: no tiene historia ni sombra dentro del Metro. Es un desconocido. De ahí que el encuentro sea relevante: “una estación de Metro es, en efecto un espacio poroso, abierto a la ciudad, difícil de someter a las técnicas de aislamiento...”<sup>82</sup> En un espacio donde los usuarios van juntos uno del otro, sólo las manos sienten la presencia de otros: atrás o adelante, sus cuerpos son superficie. El otro que no se conoce o que no se quiere conocer, tampoco hace lo posible por presentarse: igual que él, sabe que la circunstancia es temporal y puede durar el tiempo que hay entre dos estaciones. Ninguna palabra.

<sup>81</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 233.

<sup>82</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 75.

Podemos distinguir anonimatos: no todas las personas son desconocidas en su totalidad, aquí entran en juego dos cosas: “el grado de interés o el grado de intimidad pueden combinarse para aumentar o disminuir el anonimato de la experiencia”.<sup>83</sup> Aquellos con los que se cruza a diario como el vendedor de periódicos en la estación o la anciana que pide dinero, son anónimos en el primer grado, es decir, son personas que, aunque vemos día tras día -si se usa el Metro a diario-, sólo existe un interés: comprar un periódico o darle una moneda a la anciana, pero no hay un grado de intimidad. Para el segundo caso (grado de intimidad) y entre desconocidos, se puede identificar otro tipo de anonimato, aquí entran los homosexuales o aquellas personas que han tenido un acercamiento corporal (tocarse) y se vuelven a re-encontrar dentro del Metro y quizá, en el mismo lugar: el anonimato disminuyó y la intimidad aumentó. Se borran las distancias.

Dentro del Metro se construye una interacción no focalizada: “son esas formas de interacción interpersonal que resultan de la simple copresencia. Por ejemplo, dos personas que no se conocen y que, desde un ángulo de una pieza al otro, observan la forma en que están vestidas, sus actitudes y su aspecto general, al mismo tiempo que cada una modifica su postura porque se sabe observada por la otra”.<sup>84</sup> En este tipo de interacciones podemos ubicar las relaciones de los transportes públicos o en su caso, en espacios abiertos donde sólo se pasa: se posiciona en un espacio sin querer interactuar. También aquí podemos identificar algunas posiciones que tienen los hombres al reivindicar el último vagón (se posicionan en círculo en la última puerta) del Metro, o en su caso, en distintos espacios del andén. Este tipo de interacciones, “satisfacen una condición, por así decir, estructural: ponen en relación disposiciones sensoriales (la vista, la audición, el olfato, el tacto) y un lenguaje corporal hecho de movimientos, gestos y actitudes”.<sup>85</sup> Ésta condición puede darse aún sin la reciprocidad: cada hombre -en el último vagón- expresa sus modales sin estar con otro integrante del grupo. Busca un encuentro, busca una mirada.

Las relaciones no focalizadas utilizan la visibilidad para constituirse y también se relacionan con la experiencia rutinaria del transeúnte: “precisamente las interacciones no

<sup>83</sup> Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *Op. Cit.*, p. 49.

<sup>84</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 73.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 73-74.

focalizadas son posiblemente, las más estratégicas de las interacciones cuando se trata de anticipar los movimientos de las otras personas presentes”.<sup>86</sup> Cuando el usuario mapea el espacio, al mismo tiempo evita y se puede decir, define el del otro y el suyo. El cuerpo toma posición e impide al otro caminar, avanzar o viceversa, es decir, el otro camina y avanza y no permite la movilidad del primero. El usuario se desplaza e interactúa con un criterio calculador: “expresándose de determinada manera con el único fin de dar a los otros la clase de impresión que, sin duda, evocará en ellos la respuesta específica que a él le interesa obtener”.<sup>87</sup> Como el usuario de la última puerta del último vagón que busca un encuentro, un roce y comienza a tocar su cuerpo: busca ser aceptado por alguien más. Los demás usuarios por su parte interpretarán esta situación “impresionados de manera adecuada por los esfuerzos del individuo para transmitir algo, o, por el contrario, pueden interpretar erróneamente la situación y llegar a conclusiones que no están avaladas ni por la intención del individuo ni por los hechos”.<sup>88</sup> Algunos, al ver esta imagen (el hombre que se toca), pueden ser atraídos, mientras otros, sólo observan y mantienen distancia o lo rechazan visual y corporalmente.

El anonimato va unido a la tipificación<sup>89</sup> pues la “realidad de la vida cotidiana contiene esquemas tipificados en cuyos términos los otros son aprehendidos y “tratados” en encuentros “cara a cara””.<sup>90</sup> Esta tipificación, nos dice Berger y Luckmann, es recíproca, es decir, así como nosotros construimos una imagen del otro y nos hacemos una idea de ellos, también los otros lo hacen de uno. Es lo que Simmel llama reciprocidad. Estas tipificaciones cambian constantemente por la actuación y llegan a ser típicas “en un sentido doble: yo aprendo al otro *como* tipo y ambos interactuamos en una situación que de por sí es típica”.<sup>91</sup> El anonimato -y con ello la tipificación- es más elevado cuando se habla por ejemplo de las personas que dan mantenimiento a las instalaciones del Metro, hablo de

<sup>86</sup> *Íbid.*, p. 74.

<sup>87</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 18.

<sup>88</sup> *Íbid.*, p. 18.

<sup>89</sup> La tipificación es un constructo de primer orden que realizan las personas en la vida cotidiana. Se centra sólo en características genéricas y homogéneas. Son preconstruidas y derivadas de la sociedad. El lenguaje es el medio tipificador *par excellence*. Véase Ritzer, George, “Alfred Schutz”, Cap. 13, en *Teoría sociológica clásica*, México, McGraw-Hill, 1993, p. 510.

<sup>90</sup> Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *Op. Cit.*, p. 47.

<sup>91</sup> *Íbid.*, p. 47.

aquellos que limpian el Metro de 12 de la noche a 4 de la madrugada o de quienes cambian los anuncios publicitarios de los pasillos: no sabemos quienes son y ni siquiera se les ha visto, sin embargo, podemos -o no- tener una idea de ellos. Así pues, la vida cotidiana es aprendida como bien lo dice Berger y Luckmann, en un *continuum* de tipificaciones.

El anonimato también es una variante del por qué se toma la distancia entre los usuarios. Edward Hall, tiene un trabajo interesante sobre la proxémica y hace distinciones de espacio. Lo retomamos para hacer distinciones dentro del Metro, pues “como las moléculas movientes que componen toda la materia, los seres vivos se *mueven*, y por eso necesitan cantidades más o menos fijas de espacio. El cero absoluto, el punto más bajo de la escala se alcanza cuando la gente está tan apretada que no le es posible moverse”.<sup>92</sup> En horas punta podemos definir este cero absoluto dentro del vagón, mas no en el pasillo, pues antes de que se presente esta situación, los policías como jefes de estación no permiten la entrada de personas al Metro. Es interesante como los únicos espacios donde se va mayormente apretado son en la mitad del pasillo, o en los vagones que están cerca de las correspondencias, o como ya dijimos más arriba, hasta la última parte del último vagón. Se puede observar además, cómo en cada vagón, los usuarios no se recorren dentro del mismo y se genera una densidad mayor cerca de las puertas, lo que provoca obstrucción de pasajeros que quieren entrar/salir del vagón y llegar a resultar conflictivo entre los usuarios: “en el Metro, los signos de alteridad inmediata son numeroso, a menudo provocativos y hasta agresivos”.<sup>93</sup>

La definición de distancia varía de acuerdo a la circunstancia y al espacio. Comencemos por analizar la distancia íntima, en ésta se puede percibir “la visión (a menudo deformada), el olfato, el calor del cuerpo de la otra persona, el sonido, el olor y la sensación del aliento, todo se combina para señalar la inconfundible relación con otro cuerpo”.<sup>94</sup> En ésta distancia las relaciones que se definen son la sexual o aquellas relaciones donde hay una intimidad -digamos particular-, podemos encontrar estas distancias entre las parejas o incluso cuando el Metro tiene una afluencia de usuarios excesiva. Es importante mencionar que esta

<sup>92</sup> Hall T., Edward, *Op. Cit.*, p. 81.

<sup>93</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, 2002, p. 28.

<sup>94</sup> Hall T., Edward, *Op. Cit.*, p. 143.

distancia íntima se da no sólo con quien sea un familiar, sino con desconocidos: es innegable que en ciertas estaciones, por ejemplo las correspondencias, donde hay más usuarios, se llega a definir ésta distancia (en el vagón) por algunas horas en la mañana o en la noche. Distancias normales en horas pico. Cuando el vagón va completamente lleno, puedes sentir el calor de otro cuerpo, ver los rasgos más distintivos de sus rostros y oler la presencia de quien está a un costado o enfrente. Para otras estaciones hay otro tipo de distancias. Todo esto puede variar según el servicio del transporte: el sistema se puede perturbar cuando una persona se arroja a las vías para suicidarse, generando un atraso del Metro, y además, una acumulación de personas en el pasillo, lo que significa, el comienzo de una distancia íntima. De acuerdo a las distinciones de Hall, hay una distancia íntima fase lejana, con una distancia de 15 a 45 centímetros. En ésta podemos encontrar a la pareja que va conversando y lo hace de tal manera que nadie más puede escuchar, pues sino, los usuarios más cercanos pueden percatarse de ello. Rebasar esta distancia, podría considerarse una intrusión.

La distancia personal, de acuerdo a los estudios de Hall de la sociedad norteamericana nos puede servir de mucho. Es necesario aclarar que, estas distancias pueden o no corresponder a la proxémica de la sociedad mexicana, pero podemos tomarla como referencia y observar algunas similitudes entre las distancias que se definen cuando un cuerpo está cerca de otro dentro del Metro. Continuemos. La distancia personal: “distancia que separa constantemente los miembros de las especies de no contacto. Puede considerársela una esfera o burbujita protectora...”<sup>95</sup> de 45 a 75 cm., ésta distancia se presenta cuando los asientos están ocupados y hay una cuantas personas de pie dentro del vagón. Por lo general se define cuando se va solo, es decir, cuando se define la distancia de aquellos quienes no tienes una relación íntima. También se define a “horas pico”, pero no hay contacto. En ésta distancia también podemos diferenciar cuando una persona va caminando en el pasillo, o después de que el Metro llegó a una correspondencia y está detenido en el andén, a la espera del siguiente Metro.

Cada distancia puede cambiar en minutos, o incluso, en una corrida de Metro. Mientras en

<sup>95</sup> *Íbid.*, p. 146.

algunas estaciones por ejemplo Hidalgo o Pantitlán, la distancia que más se define es la íntima en fase lejana, en otras, las poco transitadas, sólo se define la distancia personal. En el andén los cambios pueden ser radicales. Es importante mencionar que, estas distancias cambian para cada sociedad, y, en relación a las distinciones que hace Hall, la última distancia (la distancia social), no se diferencia en mucho de las otras: si damos cuenta que la apropiación del espacio tiene que ver con los otros, es social. Lo que significa que las tres son sociales, no sólo la última. La distancia social la define entre 1.20 centímetros y 2 metros (fase cercana) y de 2 a 3.5 metros (fase lejana).<sup>96</sup> Esta última es la que nos interesa, pues al igual que la distancia íntima tanto en fase lejana como en la cercana, podemos ubicar las distancias que definen los homosexuales en la última parte del vagón y del pasillo.

La segunda táctica que ponen a prueba después del encuentro visual, es el *acercamiento*, denominado “prólogo del encuentro” y se da cuando “los participantes están uno a la vista del otro y los mecanismo internos de persona-percepción, <<examen>> y autorepresentación se ponen en movimiento”.<sup>97</sup> En ésta fase del encuentro es cuando hay una identificación: encuentro visual, viene una evaluación y vigilancia hacia la fachada del otro. Miran al interior del vagón o a lo largo del pasillo para observar si alguien los ve o si alguien más viene. Después se acercan a su objetivo poco a poco (en el pasillo a la llegada del Metro o en el vagón dentro del túnel) o esperan a la siguiente estación donde las posiciones cambian por la entrada/salida de usuarios y así puedan tener posibilidades de contacto. Cuando hay una densidad mayor dentro del vagón, las distancias cambian: se da una especie de acomodamiento: “es un principio de orden espacial de circulación en el que la fluidez está asegurada por una suerte de disuasión cooperativa pero que también se encuentra en el corazón de orden negociado y emergente de los encuentros que exigen de cada participante métodos y procedimientos de justificación a través de los cuales cada uno da cuenta de sus actividades delante de los otros, protege su imagen y la del otro”.<sup>98</sup> Coincidimos entonces con Montagu al decir que las “primeras impresiones” cuentan y en este caso, con los hombres del vagón, podemos considerarlas decisivas antes del

<sup>96</sup> *Íbid.*, p. 148-151.

<sup>97</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 20.

<sup>98</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 37-38.

acercamiento para definir un encuentro, re-encuentro o *desencuentro*. El acomodamiento se realiza por medio de una distinción: ¿de quién estar cerca y de quién no? O mejor aún: ¿a quién abordar (o dejarse abordar) y a quién no (o por quién no)?

Montagu retoma las distinciones de Michael Argyle y Janet Dean que proponen una teoría de la proximidad, es decir, dicen que hay un “acercamiento-evitación”, en otras palabras, hay una posición de equilibrio exactamente en el encuentro, así, las personas tienden a atraerse/repelerse. Ésta situación no sólo se define cuando se puede caminar en el pasillo sino dentro del vagón: “en efecto, es un territorio donde la copresencia y la visibilidad mutua construyen la estructura y los recursos de la coordinación entre actores”.<sup>99</sup> De ahí el interés de comenzar un encuentro y que puede terminar en el mismo tiempo en que comenzó. Algunos etólogos como Montagu o Edward Hall que analizan la proxémica o escritores como William Burroughs, el viajero, observan (cada uno a su estilo) la distancia y lo táctil que define al individuo y lo relacionan con los distintos grupos sociales de pertenencia o en su caso, de cada sociedad y concluyen que varía para cada grupo social, así, podemos hacer la misma distinción con los homosexuales dentro del Metro. Siguiendo la distinción de Montagu, los definiremos como un grupo de “contacto”, porque “se tocan en general más unos a otros, se enfrentan más directamente, se miran más a los ojos, interactúan más de cerca”.<sup>100</sup> Esto los diferencia de los demás usuarios que tratan de evitar el mínimo contacto corporal con desconocidos.

Retomemos un aporte de Bauman: “ahora bien, hay que tener cuidado con no tomarse la noción de <<espacio personal>> demasiado literalmente: la tendencia de muchos psicólogos, los etólogos en particular, a definir el concepto en su sentido inmediato de <<proximidad física>> resulta bien comprensible dado su interés en las propensiones conductuales generales, aquellas que los humanos comparten con otros animales; sin embargo, el espacio en el que viven los seres humanos es sobre todo simbólico y los humanos disponen su inclinación a diferenciar sobre un lienzo simbólico, que se restringe muy a menudo a cualquier intento de cartografiarlo según coordenadas <<físicas>>,”

<sup>99</sup> *Íbid.*, p. 43.

<sup>100</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 25.

espaciales o temporales (en contraste con los animales que sólo pueden materializar el mismo tipo de inclinación en los canales suministrados por la Naturaleza). Luego, el <<espacio personal>> representa la seguridad del estatus tanto como la seguridad de cuerpo, el <<espacio vital>> representa la seguridad de las fronteras del grupo y la inviolabilidad de los territorios de caza o de pasto”.<sup>101</sup> La crítica es importante para no caer en sólo describir la distancia entre dos personas en un encuentro, sino, hay que pensar lo que significa este espacio -tanto vital como personal- en la interacción, como en la construcción contextual y simbólica en que tiene lugar, y algo fundamental, las formas en que se definen las distancias en el interior de los grupos y hacia externos. Entonces, la toma de distancia tiene que ver con el grupo y el usuario, pues el “conocimiento de lo cotidiano se estructura en términos de relevancias, algunas de las cuales se determinan por mis propios intereses pragmáticos inmediatos, y otros por mi situación general dentro de la sociedad”.<sup>102</sup> Al utilizar el Metro, el usuario sabe muy bien a dónde dirigirse, qué vagón tomar, e incluso, qué parte del vagón. Sólo hombres se dirigen al último vagón. Como ya dijimos, se modifica la rutina por alguna relevancia en la vida cotidiana: lo mueven, lo hacen desplazar dentro del Metro. Un hombre sigue a otro hombre. Hay usuarios que siguen a mujeres llamativas o también ellas siguen a hombres. Poder de atracción. O: todo puede ser fortuito. Cuando no lo es, es decir, cuando es causal, el fin y los medios son igual de importantes para analizar la situación, pues utilizan toda una gama de posibilidades y desarrollan hábilmente su táctica. Algunos llegan a construir una fachada.

El caso más reciente:

Un hombre vestido de mujer se trasladaba en los vagones exclusivos de damas. Lo hacía para tocarlas. Después de ser detenido en la estación Tacuba, argumentó que dos sujetos lo obligaron a vestirse de mujer. Ingeniero en sistemas, ocultó su nombre y edad, pero después, fue reconocido por sus familiares. La mujer acosada dijo que ya la había agredido en tres ocasiones sexualmente dentro del Sistema de Transporte Colectivo. El caso quedó en manos de la Fiscalía Central de Investigación para Delitos Sexuales y el

<sup>101</sup> Bauman, Zygmunt, *La cultura como praxis*, Argentina, Paidós, 2002, p. 302.

<sup>102</sup> Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *Op. Cit.*, p. 62.

hombre vestido de mujer, fue consignado al Reclusorio Preventivo Oriente.<sup>103</sup>

Claro, cada quien se desplaza por sus intereses, pero no es el caso para todos. Hay ocasiones en que lo hacen de manera lúdica, pero también para ser aceptados en el encuentro: el juego de seguir al otro en un espacio abierto y que durará hasta que él/ella baje en alguna estación. Luego entonces, caminar hasta la última parte del andén para entrar a un espacio de contacto, implica ya un conocimiento cotidiano: ¿por qué no irse en la parte intermedia o un vagón antes? Hay una rutina, hay un conocimiento social de ese espacio y el interés que existe es relacional: “dicho de una forma más general, el hecho es que el trato dado a los desviados les niega los medios de continuar con las rutinas de la vida cotidiana, que son accesibles a la mayoría de la gente. Debido a esta negación, el desviado debe necesariamente desarrollar rutinas ilegítimas”,<sup>104</sup> en el sentido normativo. La reacción pública o institucional puede ser directa o indirecta. Es un espacio abierto que no está reglamentado sólo para hombres. Otra cosa pasa con las mujeres: utilizan los tres primeros vagones como medida preventiva, es decir, como un espacio donde no puedan ser acosadas por hombres (*sic*, ¿las mujeres no se acosan entre ellas?). Los usuarios modifican sus trayectorias y sus hábitos, como el hombre que se vestía de mujer. El último vagón, también es un espacio legítimo<sup>105</sup>: no sólo es una cuestión valorativa, sino cognitiva: se reconoce como parte del grupo, por ello, lo transita, y distingue los otros espacios en general. Este “conocimiento” y esta “explicación” es un instrumento legitimador.

Cuando analizamos los encuentros, hay que observar cómo se saludan aquellos que se conocen: algunos hombres -en su mayoría jóvenes- que están en la última parte del andén, se saludan con un apretón de manos y beso en la mejilla. Algunos construyen saludos ingeniosos con los dedos y el uso del cuerpo. No es el caso para todos, pero lo hacen cuando van en grupo. En la cultura mexicana, éste tipo de saludos no son fácilmente reconocidos por hombres o mujeres. Son discriminados, vilipendiados. Inmediatamente se

<sup>103</sup> Fernando Martínez, “Un hombre vestido de mujer abusaba de pasajera en el Metro”, <http://www.eluniversal.com.mx/notas/592299.html>, 23 de abril de 2009.

<sup>104</sup> Becker, Howard, *Op. Cit.*, p. 42.

<sup>105</sup> La legitimación es explícita e implícita: “no sólo indica al individuo por qué *debe* realizar una acción y no otra; también le indica por qué las cosas *son* lo que son”, en Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *Op. Cit.*, p. 120. El subrayado es de los autores.

estigmatiza al hombre que besa a otro hombre. Entre homosexuales, es parte del encuentro besar en la mejilla no sólo a mujeres sino también a hombres. Es la cultura la que determina esta forma de encuentro. Algunos sólo se dirigen la mirada y levantan las cejas; estos son los que se ven de lejos. Otros se lanzan una sonrisa: ¿irónica? ¿vengativa? ¿de amistad? No lo sabemos con precisión. Hay quienes sólo se dan la mano. ¿Qué significa esto último? según el origen, el apretón de manos es “oscuro y su significado ha tenido diversas interpretaciones. Una teoría interesante, aunque defectuosa desde el punto de vista antropológico, es la de Ortega y Gasset, quien ha percibido en el gesto la sumisión del vencido al vencedor o del esclavo a su amo. Más plausible resulta el enfoque común de que el apretón de manos era (y es) una señal de intenciones pacíficas o amistosas, la presentación de una mano abierta que da a entender la ausencia de un arma”.<sup>106</sup> Claro, se podría decir que las manos ya son un arma... Otros saludos pueden ser más expresivos, o en su caso, más corporales como un abrazo prolongado o la caricia. Pero todo depende, claro, del grado de intimidad, como bien lo decía Goffman. Pero ¿qué pasa en los primeros encuentros? Según Montagu, se da un tipo de *cautela*: “las propuestas son moderadas o con frecuencia formales, los saludos formales son uniformados y no comunicativos, la autorrevelación es tentativa y prudente”.<sup>107</sup> Si hubo un primer acercamiento, y comienzan un diálogo en el vagón o en el pasillo, las primeras palabras son: “hola”, “¿a dónde te



Estación Hidalgo. Fuente: Archivo personal. 4/Diciembre/09, 22:05 hrs.

<sup>106</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 50.

<sup>107</sup> *Íbid.*, p. 55.

diriges?”, “¿cómo te llamas?” o de manera directa: “¿qué eres: pasivo o activo?”, puede que sea con un diálogo sugerente del cercamiento corporal o del tipo de interacción que hayan mantenido. Después, la interacción continúa.

A los gestos aquí, se le llaman exploratorios, según Albert K. Cohen citado por Montagu: éstos gestos buscan una reciprocidad, para la aceptación y sirven para avanzar en la relación como en el conocimiento de la identidad provisional que se está probando y además, se dan cuando la interacción es accidental o transitoria. Después, todo puede cambiar: “puede comenzar el principal acontecimiento, ya sea la transacción comercial, la negociación de la entrevista, el juego de la cita o el baile de cortejo”.<sup>108</sup> Es necesario decir que, así como comenzó de rápido el encuentro, así puede terminar: hay quienes tienen un acercamiento corporal dentro de los vagones, se tocan y a la siguiente estación, ya no pueden tocarse por la presencia de mujeres o niños, o porque bajó mucha gente y pueden observar claramente sus movimientos, o porque alguien conocido subió y abría que saludarlo, o porque alguien subió (tal vez un familiar) y no sabe que van tocando a otro hombre, o porque subió alguien -que les llamo la atención- y quieren tocarlo o en su extremo, y a la inversa, es decir, no quieren tocar, pero sí, que los toquen cuantas manos sean... “del equipo se exigirá a los actuantes que, al escenificar la representación, actúen con prudencia y circunspección, preparándose de antemano para todas las contingencias posibles y explotando las oportunidades que se presentan”.<sup>109</sup> Para lograr esto, algunos son muy rápidos dentro del vagón como en el pasillo: si no alcanzaron a subir a la última puerta, suben a una de las anteriores y a la siguiente estación bajan para entrar a la última. Otros hombres, que van en el pasillo y se dirigen al último vagón y observan que el Metro va llegando, corren hasta la última puerta para estar con el grupo de contacto.

Todo va a depender del acercamiento y del encuentro: “cada forma de interacción tiene su serie distintiva de códigos, costumbres y convenciones: un carácter ritualizado impuesto por la cultura, refinado con el tiempo, y aprendido de nuevo por cada generación a través de procesos (en gran parte inconscientes) de imitación, repetición y esfuerzo”.<sup>110</sup> Pero también,

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>109</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 233-234.

<sup>110</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 59.

como bien dice Montagu, en cada interacción hay elementos únicos e irrepetibles, que no se darán más, o en todo caso, que no tendrán la misma respuesta por parte del otro. Igualmente hay otros elementos que “son norma y predecibles”, como las señales que se hacen cuando alguien quiere tener un encuentro dentro del vagón o en el pasillo: “cuando la interacción debe proseguir en presencia de extraños, vemos a menudo que estos actúan con todo tacto, como si advirtieran lo que ocurre y como si ello no les interesara, de modo que, si no se tiene el aislamiento físico por medio de paredes o de la distancia, al menos puede lograrse un aislamiento eficaz por convención”.<sup>111</sup> Dos hombres se tocan en la esquina del vagón; nadie sabe, pero ellos no se conocen.

Otra cosa pasa con los encuentros que terminan en peleas, empujones o insultos dentro del Metro: son resultado de un problema social: se ha penetrado en el espacio personal del otro y eso causa conflicto, molestia o enfado para algunas personas. No podemos explicar, por ejemplo, la violencia como un fenómeno proxémico sino como un problema social. Coincidimos aquí con Humberto Maturana cuando habla de violencia en la vida cotidiana, es decir, que son “aquellas situaciones en las que alguien se mueve en relación a otro en el extremo de la exigencia de la obediencia y el sometimiento, cualquiera que sea la forma como esto ocurre en términos de suavidad o brusquedad y el espacio relacional en que tenga lugar”.<sup>112</sup> Sea entre jóvenes, gente adulta o mujeres, la conducta violenta que se presenta dentro del Metro, significa una negación del otro, un sometimiento a quien no tiene la razón, o mejor aún, a quien no ha reivindicado el espacio. Como bien lo escribe Jorge Volpi: “Las voluntades como los cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio.” Cuando estas voluntades se imponen, generan un estado de violencia, voluntades que quieren espacio. Pero antes que eso, son usuarios que se desplazan: “desde un punto de vista sociológico, la idea esencial es simplemente que las impresiones dadas en las representaciones cotidianas están expuestas a ruptura”.<sup>113</sup>

Contingencia: “el acceso de un hombre es el exceso de otro hombre”,<sup>114</sup> nos dice Montagu.

<sup>111</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 245-246.

<sup>112</sup> Maturana, Humberto, “Biología y violencia” en (Coords. Varios), *Violencia en sus distintos ámbitos de expresión*, Chile, Dolmen Ediciones, 1997, p. 71.

<sup>113</sup> Cita es de Goffman, en Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 55.

<sup>114</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 36.

Mientras que algunos permiten que sean abordados y tocados dentro del Metro, otros muestran alejamiento o distancia. Creación de dispositivos en el encuentro. Hubo una ocasión (23 de junio de 2009, estación Apatlaco, línea 8), que en la última puerta del vagón había mucha gente -en su mayoría hombres- y al parecer, un joven tocó a otro, sólo que éste se mostró repulsivo y comenzó a agredir física y verbalmente al joven que supuestamente lo tocó. Le espetó:

“¡No te pases de pendejo pinche puto y no me toques!”

Mientras que le dio un golpe con la cabeza, el joven agredido trataba de negar su conducta. Decía que él no lo había hecho. Cuando sucedió esto, mucha gente volteó a mirarlos, y, aunque el vagón iba lleno, sólo se escuchaban los insultos. A la siguiente estación, el hombre bajó y seguía insultando al joven: “pinche puto -y todavía advirtiéndolo a los demás usuarios-, dijo: cuidado con el pinche puto, este cabrón agarra los huevos...” Algunos hombres que iban en esa parte del vagón hicieron una expresión de indiferencia mientras que otros mostraron ironía. Esto nos habla, no sólo de la referencia espacial y operativa, sino de la referencia al grupo: “es una organización social en la que los elementos son individuos que se perciben como miembros y perciben la organización como una entidad colectiva distinta, separa de las relaciones particulares que mantienen entre ellos. El apoyo moral que los miembros obtienen de su identificación con el grupo va a la par con un sentimiento de hostilidad respecto de los no miembros”.<sup>115</sup> Pero también de cálculo, es decir, para el encuentro dentro del Metro primero hay un proceso de reconocimiento y aceptación, lo que significa que, si el usuario no prueba su capacidad de cálculo en las etapas del encuentro -mirada y acercamiento- puede haber equivocaciones violentas o en términos de J. Isaac: una amenaza y un riesgo dentro de la interacción. Estos encuentros llegan a ser muy frágiles en ciertas circunstancias, pero son parte de la vida cotidiana.

Cuando se da una circunstancia particular en el encuentro: ningún usuario en el último vagón y sólo un hombre sentado en el último asiento, o en su opuesto, cuando hay densidad de usuarios y hay posibilidades de acercamiento corporal, se puede tener sexo: en lugares públicos a altas horas de la noche, cuando los usuarios disminuyen: casi nadie recorre la

<sup>115</sup> Cita de Goffman del libro *Encounters*, p. 9, en Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 82.

última parte a excepción de quien quiere tener un encuentro y que no involucre más que el cuerpo. Hombres de todas las edades, profesiones, estudiantes, adolescentes, clase media que transitan por la última puerta del último vagón. Los encuentros de homosexuales dentro del Metro tienen un parecido a los *tea-rooms*... salones de té por su definición, pero que en sí, son baños públicos en EE.UU.: “*they are available and recognizable enough to attract a large volumen of potencial sexual Partners, proceding an opportunity for rapid action with a variety of men*”.<sup>116</sup> ¿Cómo se acepta al otro? ¿cómo influye la mirada y el tacto en el encuentro? ¿qué mecanismos se ponen en funcionamiento para atraer al otro? ¿por qué el Metro sirve para atraer pareja?



Estación Hidalgo. Fuente: Archivo personal. 4/Diciembre/09, 21:45 hrs.

<sup>116</sup> Laud, Humphreys, *Tearoom Trade, Impersonal sex in public spaces*, United States of America, Aldine de Gruyter, 1975, p. 3. Tr. Ellos son suficientemente disponibles y reconocibles para atraer un largo volumen de parejas sexuales potenciales, procediendo una oportunidad para la acción rápida con una gran variedad de hombres.

**TERRITORIOS DEL YO: LA MIRADA Y EL TACTO**

El encuentro cotidiano en el Metro de la Ciudad de México nos pone a prueba como seres humanos que se desplazan en un espacio y en un tiempo, pero además en relación al otro: el cara a cara con el desconocido nos arroja al movimiento, al distanciamiento, de ahí que en estos espacios donde se transita toda la representación que se construye es decisiva para la acción. El tacto y la mirada, son los sentidos más importantes que se activan para el movimiento, la distancia y la retirada en los encuentros dentro del Metro: el “tacto y mirada son, por lo tanto, los dos sentidos protagonistas de los movimientos de aproximación o alejamiento a que se reduce la interacción humana”.<sup>117</sup> Se quiere estar lejos del otro: ¿por qué pasa esto? ¿es lo mismo con todos los usuarios? ¿cómo construyen el encuentro visual y táctil los hombres en el último vagón?

Desde pequeños, los sentidos se activan y comienzan a funcionar. La vista y el tacto ocupan un lugar central; la vista empieza tarde y es más confusa: cuando un bebé ha nacido, abre los ojos pero no ve claramente las imágenes; éstas son borrosas. John Berger dice: “La vista llega antes que las palabras. El niño mira y ve antes de hablar”.<sup>118</sup> Sólo en relación al habla es cierto, los psicólogos dicen que es el tacto: “La primer experiencia, la más elemental y tal vez la más predominante del ser humano que no ha nacido aún parece ser la táctil”.<sup>119</sup> Primero es tocado un bebé, su cuerpo percibe algo y después ve. Claro, también dirán que el primer sentido activado es el oído, pues desde que el feto está en el vientre, hay un contacto con el exterior: la madre, el padre o uno que otro curioso que le

<sup>117</sup> Bilbeny, Norbert, *La revolución en la ética*, España, Anagrama, 1997, p. 82

<sup>118</sup> Berger, John, *Modos de ver*, España, Ed. Gustavo Gili, 2000, p. 13.

<sup>119</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 181.

hablan al vientre, suponiendo que el feto los escucha, y eso, dicen, son los primeros contactos y se dan auditivamente. Ni que decir del olfato que puede causar una identificación en los primeros meses, pues la leche materna o el simple olor de la madre pueden hacer llorar o mantener callado a un bebé.

Por ahora, sólo nos encargaremos de dos sentidos que consideramos más importantes en las interacciones sociales que hay dentro del Metro, pues “antes de que en el siglo XIX surgiesen los ómnibus, ferrocarriles y tranvías, los hombres no se hallaban nunca en la situación de estar mirándose mutuamente, minutos y horas, sin hablar”.<sup>120</sup> No se había puesto en juego el encuentro con desconocidos en un lugar sin salida. Primero pasó en la superficie con el transporte público en la Ciudad de México, pero nunca se había estado con extraños bajo tierra: no puedes escapar, la única posibilidad es mantener distancia y tratar de no hacer intrusión al espacio de otro. Inmediatamente al entrar, se activa la mirada y en algunos casos su reciprocidad: “El tacto, el gusto y el olfato son sentidos de proximidad. El oído y la vista, en cambio, pueden brindar experiencia a distancia”.<sup>121</sup> Comencemos por la mirada.

<sup>120</sup> Simmel, George, “Digresión sobre la sociología de los sentidos” en *Sociología 2*, España, Alianza Universitaria, 1986, p. 681.

<sup>121</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 187.

## LA MIRADA

*"vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré,  
porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural,  
cuyo nombre usurpan los hombres,  
pero que ningún hombre  
ha mirado: el inconcebible universo."  
J. L. Borges, El Aleph.*

Dentro del transporte público mirar a alguien detenidamente puede ser síntoma de interés o de acoso: hombres que miran a la mujer que usa minifalda o un vestido ajustado. Hombres que se desplazan para ver. Algunos discretos, otros, sin disimulo. La ruta de viaje se puede definir por ir mirando otro cuerpo. Recorrer el cuerpo una y otra vez con la mirada. Tocarlos visualmente. Desnudarlos. Embestirlos: ellas no quieren enfrentar a quienes las observan, sólo caminan y desvían la mirada. Se alejan. Ellos sólo quieren mirar, o tal vez, comenzar un juego visual, un interés por algún objeto, un reconocimiento, un recuerdo... En 2006, el reporte de acoso sexual denunciado en el Metro fue de 395 casos, el primer acto denunciado fue el robo con 420 casos.<sup>122</sup> En 2007 se pone en marcha el programa “Acoso Cero” en el Metro y entre las medidas a tomar fueron: un tercer vagón para las mujeres, sistematización de información sobre agresores sexuales a la Secretaria de Seguridad Pública-DF., creación de una Unidad de Protección Ciudadana, video-vigilancia y policías mujeres. Según el informe, se registra una acusación diaria (de acoso sexual), y se cree, que dos o tres más no se denuncian: en su mayoría, las mujeres piensan que sería una pérdida de tiempo, en otras situaciones, porque el agresor se fue, o porque fueron tocadas y no lograron ver quién fue, generándoles impotencia. Otras, no lo hacen porque desconfían de la policía del Metro. A pesar de las medidas, no ha habido solución: en horas pico no se salvan -tanto hombres como mujeres-, de que les toquen el trasero o de un “arrimón”. Las mujeres más defensivas, sin embargo, se desquitan por sí mismas, sea con un insulto o con una agresión física, como Isabel de 23 años:

“Una vez entré al Metro y me senté. Exactamente en frente de mí estaba un

<sup>122</sup> Se puede consultar en *La jornada*, 5 de octubre de 2007.

hombre de traje y llevaba un portafolio en las piernas. Después comenzó a mirarme y no paró de hacerlo. Y de repente, movió su portafolio y sacó su pene. El muy pendejo pensó que no iba a hacer nada, pero le dije que era un viejo asqueroso y del coraje lo saqué del vagón a madrazos, lo tomé de los cabellos y le dije, que era un cerdo”.<sup>123</sup>

Hoy en día el acoso tiene una nueva forma de presentarse: sin tocar, sin mirar, sin sentir: es virtual. Con el uso de la tecnología y el *bluetooth* se acosa a mujeres y a hombres. Los reportes son interesantes:

“Mientras esperaba el tren en el andén de la estación Hidalgo estaba escribiendo un mensaje. Cuando llegó el Metro, se abrieron las puertas y entré. Después me llegó una solicitud para recibir un archivo y por curiosidad lo acepté”, comenta Susana.<sup>124</sup>

Cuando observó el mensaje era un pene en erección, al poco rato, le llegó otra solicitud, quién lo enviaba era *El penetrador*:

“Levanté la cara para identificar al chistosito que estaba haciendo eso, pero había como cinco hombres en el vagón, todos clavados en su celular, quién sabe quién habrá sido”.

Susana decidió apagar su celular. Otro usuario, Diana, joven estudiante, al aceptar la solicitud de un mensaje, lo vio y leyó:

“Hola preciosa me gustas tanto k me gustaría invitarte un café”.

Después los mensajes cambiaron:

“Sé quién eres”, “Sé que vienes sola”, “Ya te había visto antes”, “Te deseo”.

<sup>123</sup> Entrevista realizada en la estación Pantitlán, 22 de abril de 2009, 18:00 hrs.

<sup>124</sup> Se pueden consultar estos relatos en *El Universal*, 4 de Enero de 2009.

Comenzó a sentirse atemorizada: desactivó su celular y bajó del tren para asegurarse de que nadie más la seguía. Todo terminó ahí. Se está presentando esta nueva forma de acoso... No se quiere el encuentro en esta situación. Se hace movilizar sin que se toque o se vea, sólo con un mensaje de texto, ahora ¿qué pasa en la última parte del vagón? ¿por qué los hombres aceptan imágenes de otros hombres en el encuentro sexual por el *bluetooth*? ¿hasta dónde va a llegar la tecnología para relacionar a una pareja de desconocidos? ¿en que momento se piensa sobre recibir o no el mensaje por celular? una de las posibles respuestas: porque el hombre que está hasta en el último vagón, sabe que hay una aceptación del otro, y que puede haber un acercamiento no sólo virtual, sino visual y táctil. Éstas formas de encuentro, por ejemplo, no podrán ser evitadas ni detenidas por las autoridades del Metro. Los encuentros son fortuitos y se les hace surgir.

Para el caso de los hombres, el encuentro no tiene otro interés más que relacional: cuando un usuario en la parte última del vagón quiere comenzar un encuentro, primero ha de buscar la mirada del otro: unos ojos que se identifiquen y acepten el cortejo: “cuando una persona le agrada otra, es probable que la mire frecuentemente que lo habitual, que sus miradas sean también más prolongadas”.<sup>125</sup> Mira la mirada, no a *quien es mirado*. Juego de miradas: el otro ve cuanto le sea permitido y también cuanto sea mirado, sino, desvía su mirada: “de todos los órganos de los sentidos, el ojo tiene una función sociológica única. La unión y la interacción entre individuos están fundadas sobre un intercambio de miradas. (...) La mirada por la cual buscamos percibir al otro es, en sí misma, expresiva. Por la mirada que revela al otro, nos revelamos nosotros mismos. El acto por el cual el observador busca conocer a la persona que observa es una reedición por la cual acepta ser, él mismo, observado. El ojo no puede tomar sin dar al mismo tiempo. Lo que se produce en este intercambio de miradas constituye la reciprocidad más perfecta en todo el universo de las relaciones entre los hombres”.<sup>126</sup>

Hombres que se miran en los pasillos, se reconocen: caminan hasta el último vagón para ver a más hombres: algunos quieren mirar cómo se tocan, cómo se masturban, cómo tienen

<sup>125</sup> Davis, Flora, *La comunicación no verbal*, España, Alianza Ed., 2008, p. 94.

<sup>126</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 24.

sexo oral, cómo tienen relaciones sexuales: “la escotofilia, el ya comentado placer de mirar, puede convertirse en una perversión conocida como voyeurismo. Éste puede estar restringido únicamente a los genitales o relacionado con la extralimitación de la repugnancia, como contemplar las funciones excretoras. O en lugar de preparar el objetivo sexual, puede suplantarlos como sucede con el exhibicionismo”.<sup>127</sup> Ésta última práctica la describiremos más adelante. Sin embargo, lo importante no es quién es (el objeto), sino qué provoca: “es fácil para un hombre denotar intenciones sexuales con los ojos: una larga mirada a los senos, a las nalgas o a los genitales, una mirada escudriñadora de arriba abajo o simplemente mirar directamente a los ojos. Tal vez el hecho de que el contacto ocular activa la excitación sexual tan rápidamente sea la causa de ese episodio tan común por la calle...”<sup>128</sup> Mirada que provoca y moviliza. Con los hombres en el último vagón podemos decir que pasa lo mismo, es decir, así como el Metro es un lugar de paso, hay operaciones visuales: se miran entre ellos y sus miradas se dirigen en dirección a sus genitales. También la mirada se desarrolla de acuerdo al grupo de identificación: “los movimientos oculares de cada individuo están influidos por su personalidad, por la situación en que se encuentran, por sus actitudes hacia las personas que lo acompañan y por la importancia que tiene dentro del grupo que conversa”.<sup>129</sup> Cada hombre sabe que será mirado y tendrá que aceptar o rechazar las miradas.

Mark L. Knapp tiene una investigación interesante sobre la comunicación no verbal: nos habla sobre las funciones de la mirada.<sup>130</sup> De su análisis podemos distinguir las siguientes:

1) Regulación de la corriente de comunicación: el contacto visual tiene lugar cuando queremos señalar que el canal de la comunicación está abierto. En algunos casos, la mirada puede establecer casi la obligación de interactuar. Por ejemplo, pedir ayuda visualmente a un policía dentro de las instalaciones del Metro o cuando se pide información a los administrativos. Primero se ha de mirar.

2) Retroalimentación por control de las reacciones del interlocutor: cuando una persona busca una retroalimentación en las reacciones de los demás, mira al interlocutor.

<sup>127</sup> Montagu, Ashley, *El tacto: la importancia de la piel en las relaciones humanas*, España, Paidós, 2004, p. 258.

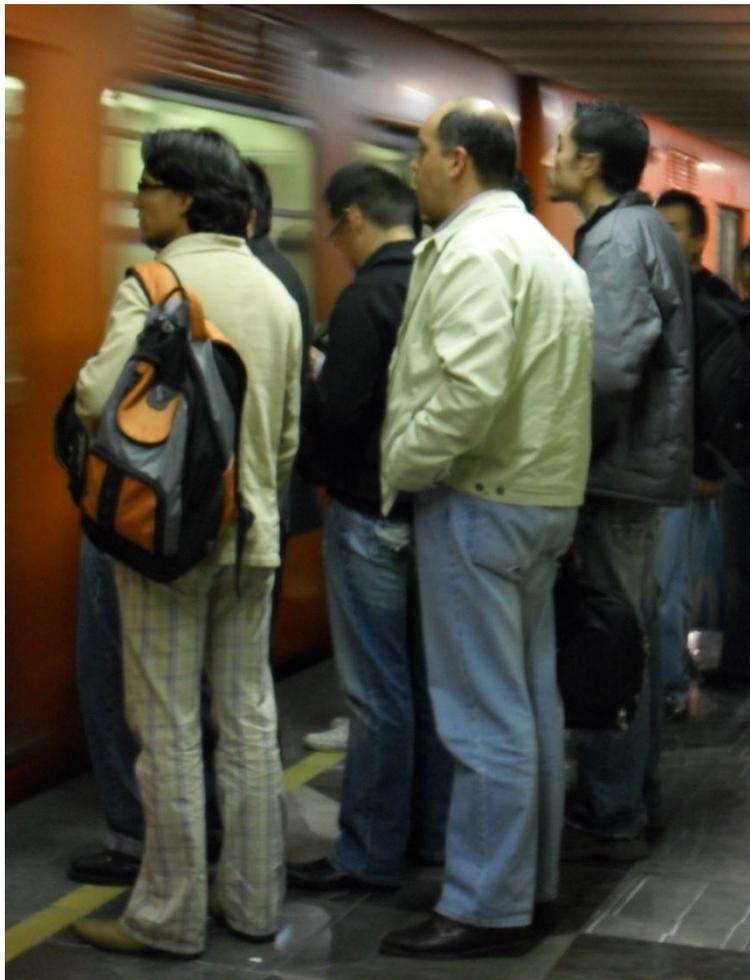
<sup>128</sup> Davis, Flora, *Op. Cit.*, p. 86.

<sup>129</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>130</sup> Knapp L., Mark, *La comunicación no verbal: el cuerpo y el entorno*, México, Paidós, 2003, pp. 261-268.

3) Expresión de emociones: es extraño que en los juicios de emoción se ponga a prueba el área visual separada del rostro en su totalidad. No obstante, a veces una mirada a la región ocular puede proporcionar una buena información acerca de las emociones que se expresan.

4) Comunicación de la naturaleza de la relación interpersonal: el mirar y mirarse recíprocamente indican a menudo la naturaleza de la relación entre los interactuantes. Estas características podemos encontrarlas en el encuentro visual. Por su parte, no sólo son parte del encuentro, sino que, representan una gran posibilidad para una mirada recíproca. Así, se puede observar detenidamente a otra persona dentro del Metro, pero, mientras no haya aceptación, el rechazo será inmediato. La mirada puede generar dos situaciones: cuando hay aceptación y por otro lado, un rechazo, una incomodidad o irritación, y para ello, bastan menos de 10 segundos.



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 19:19 hrs

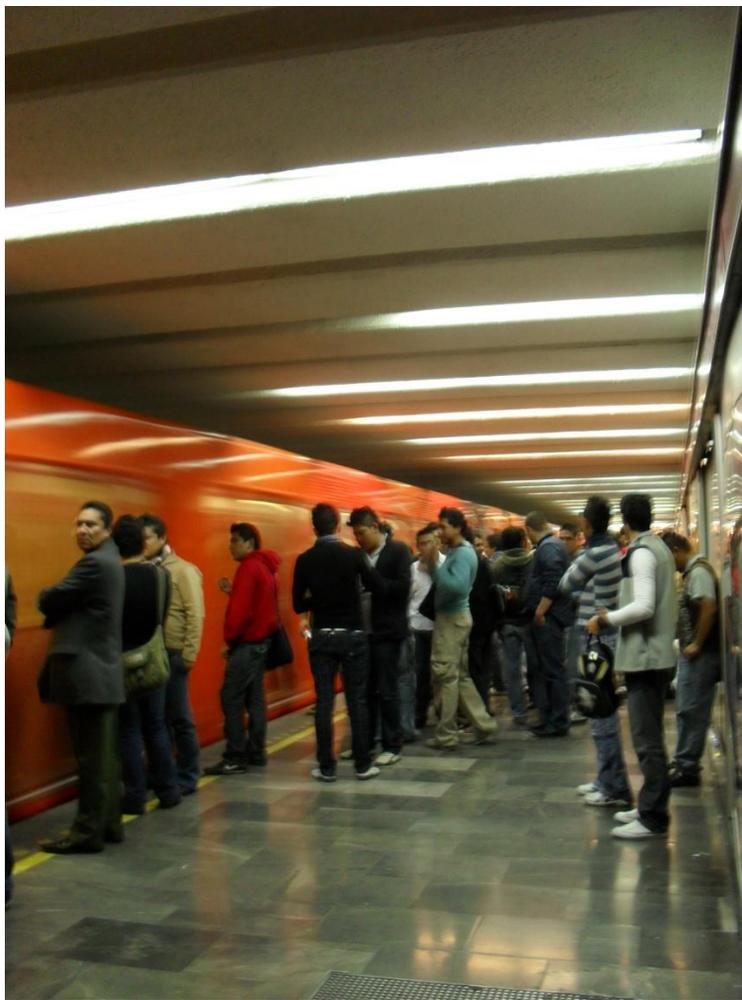
El mirar es una forma, son formas de ver un objeto. Puede pasar a ser una observación: ésta se diferencia de la mirada porque es un proceso de conciencia para distinguir y denominar algo (un objeto, como una silla) de acuerdo a lo que es y lo que no es. Así, la mirada no tiene otra importancia más que sí misma: lo más importante es la forma en que se mira. Podemos decir que la mirada con el otro es como un tornado: quiere abarcar la mirada, quiere hacerla parte de un juego visual, quiere ponerse en comunicación: “La mirada del otro no me dice su yo, pero sí lo suficiente para que aparezca ante mí como individuo supersingular, con retazos de su alma transmitidos por los ojos”.<sup>131</sup> La mirada entonces, resulta defensiva pues no busca más que una reciprocidad en la mirada del otro: que sepa que el otro es mirado para que también mire. El encuentro entre homosexuales dentro del Metro, comienza con la mirada: según la posición y el espacio, la mirada busca otra mirada, recorrer el objeto mirado, pero antes, recorrer el pasillo para encontrar otra mirada y ser mirado. Podemos ver el movimiento en los pasillos de los hombres que van caminando, se encuentran y después que pasaron de frente, siguen caminando y al poco tiempo voltean. Se miran. Algunos se detienen y hay un acercamiento, otros siguen su camino. Siempre el ojo busca algo... centrarse sobre lo más interesante, lo que causa impresión, al mismo tiempo, impone: “por ejemplo, una mirada puede castigar, animar o establecer dominancia. El



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 20:00 hrs.

<sup>131</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 101.

tamaño de las pupilas puede indicar interés o disgusto”.<sup>132</sup> La mirada del otro pide una respuesta, quiere descifrar al otro. De ahí que muchas veces sea rechazado el encuentro visual.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23:42 hrs.

<sup>132</sup> Resultados de un experimento: “las pupilas de los varones se dilataron más que las de las mujeres cuando se les mostraba ilustraciones de mujeres desnudas, mientras que las pupilas de las mujeres se dilataron más que la de los varones cuando se les mostraron imágenes de un <<hombre fuerte>> semidesnudo, una mujer con un bebé o un bebé solo. De estas reacciones se deduce que la dilatación de la pupila y el interés por el estímulo están relacionados. Hess, Seltzer y Shlien descubrieron que, ante imágenes de varones, las pupilas de los hombres homosexuales se dilataban más que las de los heterosexuales.” Pero además, -en la siguiente página- nos advierte que, también puede dilatarse la pupila cuando se tensa cualquier músculo del cuerpo humano ante un ruido fuerte, la utilización de drogas, el cierre de los parpados y el esfuerzo mental. Y concluye: “la dilatación pupilar parece desempeñar un papel importante como recurso de atracción para la interacción.” Podemos considerar ahora el espacio de los homosexuales: en muchas estaciones y en muchos vagones, las dos –o cuatro- últimas lámparas del último vagón no funcionan, lo que le da un tono tenue al espacio y con ello, según estas investigaciones de la pupila-, más estimulante para tener un encuentro sexual, entre hombres. En Knapp L., Mark, *Op. Cit.*, p. 275-279.



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 19:10 hrs.

Cuando hablamos de mirada nos referimos al modo de ver; cuando el otro se da cuenta de nuestra mirada e igualmente mira, podemos decir que es recíproca, que el encuentro se está construyendo. Así, la reciprocidad entra en juego cuando miramos a alguien y ese alguien nos mira, se establece una relación lúdica, pero también efímera y fugaz. La mirada puede ser una reprobación: un “no me mires más”; algo que el otro puede entender fácilmente. O se le mira e inmediatamente se ve a otro lado. Se le mira sin observar. En términos de Goffman se le llama desatención civil cuando se esquiva esa otra mirada, cuando no se quiere el encuentro con el otro. En la ciudad, en el Metro, este tipo de miradas evasivas y rápidas son lo común ante extraños en una ciudad con millones de habitantes. “En realidad, contrariamente a lo que ocurre en el marco teatral, la observabilidad mutua obedece a reglas estrictas en razón de la accesibilidad de los participantes en un espacio público y de la regla que esta accesibilidad instituye, a saber la de la *inatención de urbanidad*”.<sup>133</sup> Para el caso de los homosexuales, si se miran y hay aceptación, es porque hay una identificación. Cuando hay rechazo, lo que se busca es “reconocer el espacio privado de cada uno y señalar su política de no interferencia”.<sup>134</sup> Quienes no quieren aceptar un encuentro visual dentro del Metro, observan otros objetos: leen un libro, miran las ventanas, miran los anuncios...

<sup>133</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 77. El subrayado es del autor.

<sup>134</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 88.

Cuando se mira al otro, cuando dos miradas se cruzan y establecen alguna implicación -comunicativa-, nos comprueba que vivimos -siguiendo a John Berger- en un mundo visible. Miramos, pero también podemos ser vistos, mirados y observados por otros. Merleau-Ponty lo puntualiza de otra manera: “somos seres mirados, en el espectáculo de mundo”.<sup>135</sup> Todos vemos, miramos u observamos; es algo inevitable. Dentro de la mirada, implica ser mirado, mirar la mirada y después a quién mira. “En tanto estoy ante la mirada, escribe Sartre, ya no veo el ojo que se mira, y si veo el ojo, entonces desaparece la mirada”.<sup>136</sup> Es mirado y con ello, el ser humano construye su modo de desplazarse, sus modos de andar en el Metro: es su referencia, es decir, “la mirada que encuentro, no es una mirada vista, sino una mirada imaginada por mí en el campo del Otro”.<sup>137</sup>

Ver un punto implica no-ver todo el universo que se transfigura a nuestra espalda: de ello ya se encargó la fenomenología al explicar que cuando observamos, sólo lo hacemos a un detalle, a un punto, es decir, cuando se ve una puerta, no se le puede ver toda -eso es imposible-, sino que se ve por partes: primero una esquina, después la cerradura, luego su grosor o su color. No podemos abarcarla toda con la observación. ¿Puede significar acaso que nuestra realidad está fragmentada y que con la observación la construimos? Es una de las posibles respuestas. Ahora, la mirada es sólo una forma de ver. Pero, ¿lo que vemos es lo que sabemos? Vemos en cuanto sabemos. Hacemos distinciones de acuerdo a nuestras referencias, pues “toda observación tiene que ser realizada por un observador”.<sup>138</sup> Esta es una primera observación: sólo está en cuestión *qué* ve, no *cómo* lo hace. Para realizarlo tiene que diferenciar (algo) de lo que no es. Es un proceso de distinción e indicación, nos dice Luhmann. Al hacer esto, hace distintas diferenciaciones. León Olivé, por su parte, dice que la observación “siempre está motivada por algún interés y guiada por un cuerpo de conocimiento y recursos conceptuales (representaciones), con los que cuentan previamente los observadores”.<sup>139</sup> Observamos desde un lugar y eso significa todo un universo social que hay detrás de nosotros, como también de una carga emotiva, así, uno está *ligado*

<sup>135</sup> Lacan, Jacques, *El seminario de Jacques Lacan, los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Argentina, Paidós, 1989, p. 82.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>138</sup> Luhmann, Niklas, *La ciencia de la sociedad*, México, Universidad Iberoamericana, 1996, p. 61.

<sup>139</sup> Olivé, León, *Metodología de la observación*, México, Santillana, 2006, p. 125.

con lo observado: “pero por supuesto que no soy parte del objeto que describo; cuando señalo el vaso que está en la mesa, no soy parte del vaso. Pero la distinción del vaso tiene que ver conmigo; soy yo quien lo describe y quien utiliza esa distinción”.<sup>140</sup> ¿De qué requiere la observación? Humberto Maturana dice que del lenguaje y presupone la conciencia de estar observando algo en ese momento. Cuando se da cuenta de lo observado y de sí mismo, se convierte en observador y pasa a un nuevo dominio de experiencia, a esto, Luhmann lo llama lo paradójico de la observación. Y agrega algo más interesante: el observador “no ve lo que no ve (y ¿por qué habría de verlo?)”.<sup>141</sup> Se concentra en lo que ve, pues ya lo dijimos, la simultaneidad es imposible: no podemos verlo todo. Observar la observación, es otro paso, -ni mejor, pero sí ofrece más pasado y más futuro, nos dice Luhmann-, pues la pregunta ya no es sólo *qué*, sino *quién* y *cómo* observa, es decir, es una observación de segundo orden. Cuando un hombre en el vagón acepta la mirada del otro y quiere seguir con la interacción, habrá que observar al hombre que va mirando, ya no la mirada. Luego, hará una distinción. Pasa de mirada a observación.

El hecho de mirar no sólo da cuenta de una relación con las cosas, sino da cuenta de nuestra relación con el mundo: “nuestra visión está en continua actividad, en continuo movimiento, aprendiendo continuamente las cosas que se encuentran en un círculo cuyo centro es ella misma, constituyendo lo que está presente para nosotros tal cual somos”.<sup>142</sup> Entre algunas estaciones de la línea Azul (Zócalo-Pino Suárez) podemos ver algo interesante, o en su caso, inverso, ahí somos el objeto: anuncios comerciales que están colocados entre dos estaciones de manera consecutiva y que, con el movimiento y la velocidad del Metro, se observa un comercial completo de algún producto o aparato. Aquí el comercial no pasa, como en el caso de la televisión, es decir, no estamos fijos en un lugar viendo el espectáculo, sino que pasamos, y somos parte así, del espectáculo para un comercial fijo, aunque claro, el efecto subliminal puede ser el mismo o mayor, pues la mente puede captar y recordar fácilmente imágenes que pasan rápido frente al observador. Igualmente pasa con los anuncios comerciales, políticos, sociales o culturales que hay en los pasillos o andenes de las estaciones: los anuncios están fijos, los usuarios no, ellos pasan.

<sup>140</sup> Maturana, Humberto y Bernhard Pörksen, *Del ser al hacer*, Chile, Comunicaciones Noreste, 2005, p. 40.

<sup>141</sup> Luhmann, Niklas, *Op. Cit.*, p. 73.

<sup>142</sup> Berger, John, *Op. Cit.*, p. 14.

La vista es un sentido más personal, pareciera pleonasma decir esto, pues si es sentido, no se lleva más que a nivel individual y de maneja subjetiva, lo que quiero decir es que “parece el sentido proximador por excelencia: lo que no capta el oído lo recoge por lo menos el ojo”.<sup>143</sup> El tacto, por ejemplo, funciona más de posición, es decir, basta con alejarse del otro para definir un espacio personal; para el olfato, la situación no varía mucho, aunque aquí las barreras no están establecidas: un olor nauseabundo puede llegar sin que se vea, o cuando hay un cambio de posiciones, se puede oler algún perfume que puede gustar o generar náusea a quien huele. La nariz es un sentido caprichoso.

Pero ¿qué influye en la mirada de los hombres dentro del último vagón? Trataremos de construirlas con conceptos de Knapp en los encuentros del Metro: 1) La distancia: cuando hay una distancia muy corta, la posibilidad para ver el rostro del otro es nula; la mirada toma importancia cuando la distancia es mayor, estamos hablando de más de dos o tres metros de distancia. Sea que se encuentren en el pasillo o en el vagón, esta mirada es recíproca y no compromete a seguir la interacción: se puede evadir como las señales. 2) Características físicas: por éstas, hay quienes ven la mirada del otro, pero además, su físico; ésta mirada tiene una dirección: miran sus braguetas. 3) Características personales e interpersonales: éstas no son claras ni podemos encontrarlas puesto que no existe una obligación ni imposición a que alguien mire a otro. 4) Temas y tareas: éstas se modifican según la plática o el momento de la interacción, es decir, si el tema es íntimo, puede haber más miradas constantes y se pueden observar claramente: en la continuación de la interacción -después de que bajaron del vagón-, se miran detenidamente mientras conversan. Y finalmente, el 5) Trasfondo cultural: es importante el grupo de identificación como la cultura que determina una sociedad. En el caso del grupo de hombres, “existe una situación en la que los territorios del yo son invadidos de manera sistemática y deliberada: en los grupos de encuentro. Los participantes son alentados a mirarse fijamente entre sí, tocarse, preguntar –y contestar- sobre asuntos de carácter íntimo y compartir sus emociones sinceras, especialmente las que no son aceptables socialmente [...] en un grupo de encuentro, sin embargo, son individuos totalmente desconocidos los que comparten la intimidad, aparentemente con la esperanza de producir, aunque sea temporalmente,

<sup>143</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 80.

relaciones profundamente emocionales”.<sup>144</sup> Encuentros entre dos estaciones, a la bajada de alguno de los participantes, no se hablan si no quieren seguir con la interacción.

La mirada se establece inmediatamente, ésta tiene la característica de ser una mirada tanto frecuente como prolongada: se ve al otro cuantas veces sean necesarias y con un tiempo suficiente para persuadirle “...desde el momento en que con ella podemos mostrar tanto la atención y el afecto hacia el otro como, al contrario, la indiferencia y el desapego que sentimos por él”.<sup>145</sup> También observamos que, cuando el homosexual está en la última parte del andén mira a quienes se acercan a ese extremo y mira a quienes están (o llegan) dentro del vagón. La mirada entonces, es detonadora del movimiento y desplazamiento, pues: “No lo miramos como quien contempla un retrato o mira disimuladamente un escaparate. Mirar al otro es estar dispuesto a la acción, no a la contemplación”.<sup>146</sup> De ahí entonces, la importancia de la mirada en el Metro: si encuentran otra mirada, utilizan una táctica del desplazamiento y así poder estar cerca de quién acepte el juego visual. Para rechazarlo, utiliza el mismo medio: “establecer contacto visual o no hacerlo puede cambiar enteramente el sentido de una situación”.<sup>147</sup> Acercamiento, excitación y acomodamiento: encuentro o desencuentro, hay un proceso interno: “nadie sabe lo que ocurre con las ondas cerebrales de un hombre cuando mira fijo, pero un estudio reciente indica que una persona que es mirada insistentemente tiende a mostrar un ritmo cardíaco más alto que otra que no”.<sup>148</sup> La mirada “consiste en mostrarle al otro que se lo ha visto y que se está atento a su presencia (él mismo debe hacer lo propio) y, un instante más tarde, distrae la atención para hacerle comprender que no es objeto de una curiosidad o de una intención particular. Al hacer este gesto de cortesía visual, la mirada del primero puede cruzarse con la del otro, sin por ello autorizarse un “reconocimiento”. Cuando el intercambio se desarrolla en la calle, entre dos transeúntes, la inatención de urbanidad toma a veces la siguiente forma: miramos al otro a dos metros aproximadamente; durante este tiempo, se reparten por gestos los dos costados de la calle, luego se bajan los ojos en el momento en que el otro pasa, como si se tratara de un cambio de semáforos. Ese es, probablemente, el menor de los rituales

<sup>144</sup> Davis, Flora, *Op. Cit.*, p. 236.

<sup>145</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 108.

<sup>146</sup> *Íbid.*, p. 61.

<sup>147</sup> Davis, Flora, *Op. Cit.*, p. 90.

<sup>148</sup> *Íbid.*, p. 85.

interpersonales, pero el que regula constantemente nuestros intercambios en sociedad”.<sup>149</sup> Este proceso pasa por lo general en lugares donde se transita como el Metro, plazas comerciales o lugares públicos: son parte de la vida cotidiana. Y forman así, el entramado social, pues aunque no se establezca una interacción visual, hacen movilizar: no se ve al transeúnte a los ojos cuando se quiere definir una ruta distinta a él/ella. Tampoco se ve al otro cuando está cerca: se esquivo cuando se siente más próxima su presencia; y, cuando se le ve y se busca el reconocimiento, el transeúnte desvía su mirada inmediatamente.

En la mirada, la reciprocidad es decisiva para la acción, nos recuerda Bilbeny. Pero vayamos más allá: “en el mismo acto en que el sujeto trata de conocer al objeto, se entrega a su vez a este objeto. No podemos percibir con los ojos sin ser percibidos al mismo tiempo”.<sup>150</sup> La reciprocidad está en la mirada, pero no en todos los casos: cuando una mirada está frente a otra mirada, alguna cede: baja o desvía la mirada en síntoma de vergüenza ante el otro que se atreve a escrutar la mirada, el cuerpo, la fachada: la persona. La mirada se construye porque tiene una temporalidad, es decir, cuando se mira a alguien, ese alguien tiene que darse cuenta que es mirado, después se deja de mirar y se vuelve a mirar, pero ahora con el conocimiento que fue aceptada. La mirada comienza a ser más intensa. “Cuando retirarás tu mirada de mí? ¿no me dejarás ni el tiempo de tragar saliva?”.<sup>151</sup> Pero no del todo: la mirada tiene un límite. Mirada que sólo es mirada. Ojos que ven y que no ven *quién* miran. La mirada puede engañar al observador y ser engañada. También puede ser una mirada vacía, que no exprese ni diga nada: “Reconozco un sitio conocido y me arredro. Subo al metro sin dirección, sin horario. Escudriño a los otros pasajeros pero nada me ilumina. Regreso a casa sin un rostro en la memoria”.<sup>152</sup> Subir al Metro y cientos de rostros que se cruzan en tu camino, tal vez ninguno interese, tal vez ninguno atraiga. A cada momento parece que se actualiza -involuntariamente- una cita, si mal no recuerdo, de Groucho Marx: “Nunca olvido una cara, pero con usted haré una excepción”. El rostro es una máscara y como tal, es una apariencia, puede o no ser lo que pensamos de él. Nos enfrenta.

<sup>149</sup> Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 77-78.

<sup>150</sup> Simmel, Georges, *Op. Cit.*, p. 678.

<sup>151</sup> Episodio Bíblico: Job a Jehová: 7, 19. Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 109.

<sup>152</sup> Jorge Volpi en *El Boomeran(g)*, blog literario, 28 de Abril 2008.

## EL TACTO

*¿A que nos metan mano esos chicos? –preguntó Allerton-.  
Yo prefiero quedarme.  
William S. Burroughs, Marica.*

El tacto es uno de los sentidos más importantes en nuestro crecimiento. Al ser tocado el hombre, la realidad parece encarnar: se demuestran nuestra corporalidad y la corporalidad del otro. Nos detiene o nos moviliza el roce de otra piel. Superficie intermediaria entre el exterior y el interior, lugar receptivo del entorno, primera capa que recibe información, luego llega al cerebro a través de terminaciones nerviosas: la piel.

La piel tiene muchas funciones: como mediadora de sensaciones y del entorno, se regenera constantemente, regula su temperatura, protege de bacterias y absorbe líquidos. La piel también da cuenta de los procesos internos: cuando alguien está enfermo, su color cambia, o incluso, cuando alguien se sonroja o está apenado, podemos ver una pequeña transformación. De la misma manera cuando alguien recibe una noticia impactante que no esperaba y genera miedo, la piel se puede palidecer. Es pues, un espejo de las pasiones y de las emociones como bien lo dice Montagu. Tan importante el contacto en los primeros años de vida pues entre otras cosas “activa los sistemas de respuesta táctil del lactante y, por consiguiente, le prepara desde los inicios de su experiencia vital para un posterior funcionamiento adecuado en todas las situaciones que implican la presencia de lo táctil”.<sup>153</sup> Son importantes los primeros minutos después del parto: al igual que otros mamíferos -como las ratas o los monos- en el hombre, el tacto determinará la reacción a contactos posteriores. Según hayan sido éstos, puede aceptar o mostrarse agresivo al ser tocado en otras etapas de su vida. De ahí entonces que, según los psicólogos, en la edad adulta cuando alguien tiene necesidad de ser abrazado o tocado más frecuentemente, puede ser por causa de no haber sido acariciado adecuadamente en los primeros años de vida. Claro, todo puede cambiar de acuerdo a las situaciones: por ejemplo, en situaciones de estrés o miedo, la necesidad de contacto puede intensificarse. O en su extremo, la situación cambia en momentos de ira: se pide que nadie se acerque o toque... e incluso, que ni vea. Las mujeres por ejemplo, expresan más necesidad de ser abrazadas que los hombres y utilizan el sexo

<sup>153</sup> Montagu, Ashley, *Op. Cit.*, 2004, p. 234.

para que los hombres las abracen, según los reportes sobre sexualidad.

Todo depende de la cultura en cada sociedad, pues hay grupos sociales que tienen más contacto que otros, y la forma de tocar varía para cada grupo social. Mientras que algunos estudiosos como Flora Davis, Knapp y Montagu dicen que los latinoamericanos son de mayor contacto a diferencia por ejemplo, de los norteamericanos, igualmente podemos encontrar diferencias en los distintos grupos sociales que hay en cada país y nos daremos cuenta que cada uno adopta distintas formas de estar en contacto.

Analicemos el tacto: este sentido nos da espacio y posición, cuando se nace es lo primero que habla de la existencia de un entorno. Ya establecido, “El tacto, en cambio, nos da la medida de lo grande o lo pequeño, alejado o próximo y, en otro plano, de lo íntimo y delicado. El tacto es el sentido del *contacto*, por medio del cual iniciamos la estructuración mental de nuestro mundo”.<sup>154</sup> Pero, ¿quién toca? ¿qué toca? ¿qué es tocado? Todo depende de la significatividad y nivel simbólico a que se maneje: cuando es un extraño el que accidentalmente toca nuestra piel, mostramos repulsión y distancia inmediata. No todas las partes del cuerpo tienen las mismas reacciones, por ejemplo, la planta de los pies y la palma de las manos, son la parte más gruesa y resistente de nuestra piel, a diferencia de otras zonas, como las erógenas, que generan más excitación. Freud señala que “todo el cuerpo es una zona erógena”.<sup>155</sup> Y no es para menos, pues “la piel es el órgano de mayor tamaño del cuerpo humano: en un adulto puede sobrepasar los 2 m<sup>2</sup> de superficie. Es también uno de sus órganos más atractivos: cumple muy diferentes funciones fisiológicas y, por descontado, es un vivo conjunto de signos para la relación social”.<sup>156</sup>

Igualmente de importante es la sensibilidad de las personas cuando son tocadas por otra piel, claro, todo dependerá de la situación y de la forma en que es tocado y por quién es tocado. Por ejemplo, cuando un extraño toca una parte de la piel en el microbus, hay una separación. Ya lo dijo Elías Canetti: “Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido”. El tacto en la vida cotidiana es síntoma de separación y es mayor en el caso

<sup>154</sup> Cita de J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, pp. 79 y ss. en Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 87.

<sup>155</sup> Citado por Montagu, Ashley, *Op. Cit.*, 2004, p. 242.

<sup>156</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 124.

de los hombres. Formas de tacto que se determinan culturalmente. Pero “en algunos casos, esa forma de contacto es el método más efectivo para comunicarse; en otros, puede provocar reacciones negativas u hostiles”.<sup>157</sup> De ahí, las constantes agresiones de mujeres hacia hombres dentro del Metro por ir tocándolas (genitales, área pectoral o glúteos) en horas pico, o de peleas entre hombres quienes fueron tocados por otro hombre.

Podemos encontrar distintas formas de acercamiento como distintos tipos de tacto: la forma de tocar, va desde la personal a la impersonal. Ahora retomaremos las formas de tacto que distingue Kanapp, con referencia a Heslin, y que trataremos de construir en las relaciones dentro del Metro: 1) función-profesional, 2) social-cortés, 3) amistad-calidez, 4) amor-intimidad y 5) excitación sexual.<sup>158</sup> Ejemplifiquemos: para la función profesional se considera a una persona como un objeto, no hay mensaje íntimo o sexual. Los ejemplos en el Metro pueden ser entre los jefes administrativos y quienes realizan la limpieza de las estaciones; social-cortés: este tipo de contacto es aquel donde se da la mano, pero no hay más relación entre los interactuantes; amistad-calidez: relación que se establece entre personas que tienen una relación de amistad, cariño o afecto, aquí se reconoce al otro; amor-intimidad: cuando se muestra una atracción fuerte hacia la persona amada, el tocar a la otra persona es emotivo y representa un vínculo importante; y finalmente, excitación sexual: contacto de órganos sexuales. Aquí podemos ubicar el tacto que tienen los homosexuales en el Metro: se tocan para excitar sus genitales. Cuando el vagón está casi lleno, la forma de contacto entre hombres en la última parte del vagón es la excitación sexual. El posicionamiento es importante en estas circunstancias: pues se desplazan dentro o fuera del vagón para rozar, tocar o acariciar al otro, la práctica se denomina frotamiento. Desplazamiento: la primera señal puede ser enviada en el pasillo mientras esperan la llegada del Metro, luego, su acercamiento es mayor cuando el Metro llega, y, según haya sido la aceptación, entran al vagón, uno seguido del otro. En el interior del vagón se acomodan: uno frente a otro. O, uno atrás de otro. Los que están de frente no se ven a los ojos, sus mejillas rozan y juntan la entrepierna. Gerardo, de 38 años nos dice algo importante para analizar el tacto (el 15 de Julio de 2009, estación Chabacano, línea 8):

“Nos tocamos, pero nunca le vi los ojos.”

<sup>157</sup> Knapp L., Mark, *Op. Cit.*, p. 226.

<sup>158</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 219-220.

En el último vagón ocurre algo interesante con la mirada: “si dos personas desean estar más cerca, aumentan las miradas mutuas; si están demasiado cerca como para sentirse cómodas, el contacto visual decrece”.<sup>159</sup> ¿Por qué se da? Por el poco espacio que se tiene y el aprovechamiento de la situación: como ya dijimos, en este espacio se toca y los participantes no rechazan que un extraño se acerque a ellos. Los primeros contactos pueden ser sólo roces, como cuando van agarrados del pasamano y sus manos se juntan. Inmediatamente puede haber un rechazo o, la situación puede seguir igual, es decir, no mover sus manos y mantener el contacto o comenzar una caricia, deslizan sus dedos sobre la mano del otro: “Yo “veo” al otro. Lo “toco”. Pero esto sólo es posible a condición de dejar que el otro me “vea” y me “toque””.<sup>160</sup> Cuando están sentados algunos hombres en el último vagón, y quieren tocar al otro, comienzan por juntar las piernas o los codos de los brazos. Los más astutos pueden lograr otros objetivos: sentados, cruzan manos para masturbarse. Otros van sentados en el asiento para una sola persona, ponen su brazo sobre la agarradera y con el codo, logran tocar la bragueta de otro hombre que está cerca o en su caso, comienza a tocarlo disimuladamente; para cubrir, utilizan distintos objetos como mochilas, portafolios o bolsas: “cada individuo tiene una forma característica de controlar su cuerpo cuando está sentado, de pie o caminando. Es algo tan personal como su firma, y frecuentemente parece ser una clave fidedigna de su carácter”.<sup>161</sup> Cuando hay un acercamiento, se puede observar el tipo de relación que están teniendo dos hombres: están muy cerca y evitan verse. Aquí no hay reciprocidad visual pero sí táctil. Después, alguno de ellos puede bajar en la siguiente estación.

Al final de los pasillos y alejados de las escaleras (estación M. A. Quevedo y Escuadrón 201), ocurre lo mismo: hay hombres posicionados que tocan sus genitales: “una de las cosas que más llaman la atención sobre el movimiento del cuerpo humano es justamente lo apetitivo que es. El significado del mensaje está contenido siempre en el contexto, y jamás en un movimiento aislado del cuerpo”.<sup>162</sup> La práctica la realizan cuando el Metro ha comenzado a seguir su dirección. Antes no hay contacto entre los participantes pero sí de

<sup>159</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 93.

<sup>160</sup> Marzano, Michela, *La pornografía y el agotamiento del deseo*, México, Manantial, 2006, p. 44.

<sup>161</sup> Davis, Flora, *Op. Cit.*, p. 129.

<sup>162</sup> *Ibid.*, p. 47.

quien quiere comenzar un encuentro: comienza a mirar a otro hombre y a tocarse. Utilizan las estaciones como lugar de espera: de un viajero solitario con quien puedan tener un encuentro y poder tocar(se), masturbar(se) o tener sexo oral sin que nadie más los vea. Dentro del vagón, las cosas no cambian mucho: igualmente se posicionan constantemente por la entrada o salida de usuarios; cuando el vagón está un poco vacío (dos o tres personas en el último vagón), podemos ver la conducta de quien se toca a sí mismo para excitarse y a su vez, persuadir al otro para que, haga el mismo acto, se acerque a tocar o para que baje a la siguiente estación. El encuentro es efímero.

El interés sexual varía y puede generar parafilias (desviaciones sexuales) en distintas personas, según los psicólogos: “necrofilia (atracción por los cadáveres), el exhibicionismo (exposición de los genitales), la coprofilia (excitación mediante heces), el masoquismo (placer en el dolor), la urofilia o urodinismo (excitación al ser orinado), la narratofilia (necesidad de que se cuenten historias eróticas), la pictofilia (excitación mediante imágenes), la coprolalia (palabras obscenas), la zoofilia (excitación mediante animales), el *voyeurismo* (representado por el mirón), el sadismo (excitación al infligir dolor o disciplina) y el frotamiento (acto de frotarse contra otra persona a fin de conseguir el orgasmo, por lo general en lugares concurridos)”.<sup>163</sup> De éstas, podemos encontrar cuatro filias en el Metro: el *exhibicionismo*: hombres que muestran sus genitales ante la presencia de otros pasajeros, también entran aquí los que se masturban –heterosexual u homosexual– cuando alguien más tiene un encuentro sexual o se masturban para atraer a otro hombre, e igualmente, puede entrar en esta categoría quien comienza a tocarse dentro del vagón o en el pasillo para excitarse, ¿cómo lo explicamos? Según Freud, “la masturbación recíproca es el fin sexual más frecuente en los invertidos”.<sup>164</sup> Este acto no se consume del todo, es decir, no se llega a la eyaculación por la corta duración entre dos estaciones y por la entrada de usuarios que no entran al grupo de encuentro, lo que significa, la pausa de la masturbación. El acto puede seguir si no hay un “buga”<sup>165</sup> en el pasillo, o todo puede terminar ahí. Adrenalina. Si es otro hombre que busca un encuentro, puede unirse y formar un trío o

<sup>163</sup> Montagu, Ashley, *Op. Cit.*, 2004, p. 264.

<sup>164</sup> Freud, Sigmund, *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 24.

<sup>165</sup> *Buga*: el término es usado en el argot de homosexuales mexicanos para diferenciar a los que no son homosexuales, es decir, los heterosexuales. En inglés, el término utilizado es “straight”.

según sea la aceptación -o la excitación- de los otros, no permitir que entre a la pequeña orgía: sólo mira... Por otro lado, está la *pictofilia*, el mostrar imágenes sexuales: hay hombres que llevan sus celulares en mano y muestran imágenes de hombres desnudos, teniendo sexo o de ellos mismos en el acto sexual. De una manera lúdica, aprovechan la tecnología: utilizan el *bluetooth* para mandarse imágenes de las mismas dimensiones, pero claro, no es lo único que se puede mandar. Otra filia es el *voyeurismo*, representado por todos los que sólo ven el acto sexual, la *felation* o la masturbación: cuando una pareja de desconocidos va en la última parte de vagón, los demás hombres sólo ven el acto sexual o los órganos del otro. Miradas que se dirigen hacia abajo. Los psicólogos dicen que es cuestión de sexo. Pero también es algo cultural y social: “para la mujer, la excitación sexual depende más del tacto, mientras que para el hombre predomina el estímulo visual”.<sup>166</sup> Hay hombres que utilizan la penúltima puerta para no entrar en el espacio de contacto, sino que desde ahí sólo miran a los que entran/salen o a los que se tocan. Por último y más importante es el *frotamiento*: todos los que van en la última puerta en las mañanas (de 7 a 9 a.m.) y noches (de 19 a 21 horas) en las cuatro estaciones son hombres. Aprovechan la afluencia de usuarios para tocar, rozar, acariciar, manosear o meter mano al cuerpo de otro hombre. Igualmente pasa en la última hora de servicio del Metro (de 11 a 12 p.m.), sólo hombres transitan ese espacio y lo aprovechan -pues no hay usuarios en el último vagón y muy pocos en el pasillo- para tener el frotamiento. Los hombres que son pareja no realizan esta conducta, pero transitan el espacio.

¿Qué significado le damos al contacto táctil? Siguiendo a Knapp, el significado varía a “la parte del cuerpo tocada, el tiempo que dura este contacto, la fuerza aplicada, el modo de tocar (con el puño cerrado o abierto, por ejemplo) y la frecuencia del toque”.<sup>167</sup> Para el caso de los hombres del último vagón es emotivo y como ya dijimos, es meramente sexual. En la mayoría de las situaciones dentro del Metro, la separación se da implícitamente y se sabe que se tocará al otro, sino con la piel, sí con otra parte del cuerpo, sean los codos o la espalda. Pero el no saber quién es ese otro, y estar en las mismas condiciones de miles de personas, disminuye el miedo, pues el tacto “es, por lo menos, el primero que nos dice que

<sup>166</sup> Davis, Flora, *Op. Cit.*, p. 113.

<sup>167</sup> Knapp L., Mark, *Op. Cit.*, p. 226.

hay *otros*; no la vista que empieza tarde y es más confusa”.<sup>168</sup> Tal vez tocarás a alguien de manera accidental o involuntaria... mas no con otro sentido. El tema que aquí interesa es el tacto entre homosexuales y ahora la frase de Canetti toma otro sentido: "Nada le excita más a un homosexual que ser tocado por lo desconocido..."

La estimulación táctil es primordial y según los psicólogos y sexólogos, es el principal medio para llegar al orgasmo en una relación sexual. El tocar es al mismo tiempo una responsabilidad, el ser humano necesita ser tocado, como tampoco puede evitarlo, en ese momento comprueba su existencia corporal y de la existencia del otro: “la naturaleza más profunda del individuo está a flor de piel: la piel de los otros”.<sup>169</sup> El tacto funciona a este nivel por ejemplo con la pareja, la novia, la esposa. “Tocar es una necesidad para la supervivencia e igualmente para la relación con los demás y con uno mismo”.<sup>170</sup>

Pero hay que saber cuándo, cómo y a quién, Fernando Vallejo lo dice acertadamente: “la nota justa en el momento justo con la intensidad justa”. Pero ¿tocar a un extraño? “la contemplación y el tocamiento del mismo. Estos actos están, de una parte, ligados con una sensación de placer por sí mismo, y de otra, elevan la excitación, que debe durar hasta la realización del fin sexual definitivo”.<sup>171</sup> Éste no se llega a realizar, sólo se queda a nivel de excitación. El otro escapa. Se revela una imposibilidad: el hombre está encerrado en la piel.

<sup>168</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 87.

<sup>169</sup> Cita de Goffman en Joseph, Isaac, *Op. Cit.*, 1999, p. 61.

<sup>170</sup> Bilbeny, Norbert, *Op. Cit.*, p. 129.

<sup>171</sup> Freud, Sigmund, *Op. Cit.*, p. 22.

## LAS PASIONES ORDINARIAS

Los gestos, las miradas, los movimientos corporales son parte de un proceso más complejo que es la comunicación. Cuando alguien habla, no es posible que se quede completamente quieto sin hacer ninguna expresión gestual o corporal; esto puede ser consciente o inconsciente durante la interacción. Utiliza su cuerpo para expresar algo que no puede decir con las palabras o que puede complementarla. La impostura, también es una postura. Luego entonces, es importante decir que tanto la mirada como el tacto, adquieren importancia a nivel emotivo y simbólico y es ahí donde la significación es fundamental para entender el proceso que se lleva a cabo cuando se mira o se toca a una persona.

Estas significaciones se realizan en un espacio y un tiempo: no es lo mismo mirar a un familiar en la casa que a un desconocido en la calle o en el Metro, igualmente tocar: no es lo mismo tocar a un extraño o tocar con quien tenemos contacto cotidiano. Cada acercamiento depende de su contexto para darle la significación a cada gesto: “la comunicación con el otro implica tanto la palabra como los movimientos del cuerpo y la utilización por parte de los actores de espacio y del tiempo”.<sup>172</sup> El tocar y mirar en un espacio abierto está condicionado por la temporalidad: así como entra un usuario, así se va. Igual de importante es el espacio: dentro del vagón no hay posibilidades de escapar y en el pasillo la situación no cambia mucho: los andenes tienen cuatro o cinco metros de ancho. Otro punto: todo llega a ser una interpretación. La mirada o el tacto tienen que interpretarse por los hombres que están en el encuentro. De ahí que sea importante la mirada como primera táctica para pasar al desplazamiento. Pero además, tienen que ver con el grupo, si regresamos a nuestro objeto de estudio, los hombres que utilizan el último vagón y los pasillos para interactuar con otros hombres. Cada grupo desarrolla otras formas de encuentro: los vendedores ambulantes que utilizan el Metro para el comercio y con ello, una forma específica de tacto entre vendedor-comprador o las personas con problemas visuales que utilizan el Metro para transportarse; para ellos, por ejemplo, existen líneas guía dentro de las instalaciones, para que así, puedan ubicar su dirección. Su desplazamiento se

<sup>172</sup> Le Breton, David, *Las pasiones ordinarias: antropología de las emociones*, Argentina, Nueva Visión, 1999, p. 39.

realiza por lo táctil y lo sonoro. Dentro del vagón, tienen contacto con los usuarios: a quienes van saludando o tocando en el brazo y algunos en la cabeza. Cuando van en grupo en el pasillo, uno es quien los dirige y los demás van en fila, tocando sus hombros. Cada grupo crea sus gestos y sus símbolos para tocarse.

Podemos decir que, cuando analizamos los gestos y los desplazamientos en el Metro, estos no significan nada sin el contexto y el momento en que se producen como también por la interacción misma: “no hay significaciones propias de un gesto o un movimiento. No es el individuo quien encarna el principio de análisis, sino la relación con el otro, es decir, la comunicación como sistema al que cada uno aporta su contribución sin que el comportamiento de uno pueda comprenderse aisladamente”.<sup>173</sup> Varía para cada cultura, como para cada grupo social y cada individuo. Puede traducirse de la misma forma un gesto en grupos sociales de distintos países como significar otra cosa en un mismo grupo social. Coincidimos entonces con Montagu -que retoma Kristeva-, al decir que la gestualidad no sólo es comunicación sino también “producción”.<sup>174</sup> Este concepto es importante para las relaciones que estamos analizando: cada grupo tiene maneras de producir sus propios gestos, pero además, cada individuo le da una forma particular, un sello que lo hace diferente. Nuevamente encontramos aquí lo que decía Michel De Certeau, con las maneras de hacer. Un ejemplo claro: el beso: “signo de pasión (o su remedo) que está reservado al ámbito privado, so pena de suscitar –en la calle, por ejemplo- miradas ofensivas o incómodas o bien sonrisas indulgentes, porque prácticamente no dejan indiferente a ningún transeúnte”.<sup>175</sup> Besos entre hombres dentro del Metro: aquellos que se dan en el encuentro: “beso en la mejilla”, o, los que son más íntimos: “besos en la boca”. Este saludo es estigmatizado inmediatamente. No pueden evitar ser vistos por los transeúntes: algunas personas ríen, otros observan seriamente, mientras que otros lanzan miradas de reprobación o negación, en el extremo, hay insultos verbales y violencia física.

Cotidianamente, el cuerpo toma un papel fundamental en la relación con los otros: se forma una frontera de los espacios que puede y los que no *debe* invadir: “en la vida corriente,

<sup>173</sup> *Íbid.*, p. 47-48.

<sup>174</sup> *Íbid.*, p. 69.

<sup>175</sup> *Íbid.*, p. 80.

según las situaciones sociales, la interacción tolera o no los contactos físicos entre los individuos, pero prescribe entonces, los lugares susceptibles de tocarse y de qué manera”.<sup>176</sup> Luego entonces, la frontera se puede borrar en una parte, como bien dice Le Breton, por la ternura o el deseo. Aunque si bien dice que en “nuestras” sociedades la relación con el cuerpo plantea prohibiciones específicas, como el rostro y la zona sexual, habría que especificar a qué se refiere con “nuestras” sociedades, pues hace referencia a las sociedades occidentales, luego: ¿cuáles son esas...? En todo caso, tenemos que analizar los grupos sociales, pues vemos que los homosexuales en el Metro utilizan esa prohibición -no tocar al otro en el transporte- y la hacen funcionar de manera inversa, es decir, la utilizan como medio de contacto y de relación con el otro. Así, no podemos generalizar entre sociedades.



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 19:33 hrs.

<sup>176</sup> *Ibid.*, p. 93.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23:41 hrs.

Otra manifestación de emotividad es cuando los jóvenes bailan dentro del vagón o en las estaciones. Escuchan música y comienzan a hacer movimientos sincronizados: algunos son muy expresivos pues llevan música con volumen fuerte de sus celulares. En la estación Chabacano y Salto del Agua, se dieron estas manifestaciones en los primeros meses del año (2009): aproximadamente 6 jóvenes de 17-23 años, se reunían alrededor de 7 a 8 de la noche al final del pasillo entre semana. Algunos bailaban de manera sincronizada en parejas con música electrónica, mientras esperaban que sus compañeros llegaran. No podían dejar de ser mirados por los demás transeúntes. Cuando el Metro se detenía en la estación, los jóvenes miraban hacia al interior del vagón y algunos gritaban a los demás hombres: “son maricas” “son putos” o entre ellos, “ahí va esa loca”, “ya viste a ese(a)”.

Cada movimiento tiene un carácter emotivo en las relaciones que estamos analizando: la emoción igualmente depende del espacio y del tiempo, como de otro para manifestarse, pero además de una forma particular culturalmente establecida e igual de importante, de la forma en que la manifiesta la persona. Luego entonces, la emoción “es la definición sensible del acontecimiento tal como la vive el individuo, la traducción existencial inmediata e íntima de un valor confrontado con el mundo”.<sup>177</sup> Las emociones cambian constantemente de acuerdo a la significación de la persona. No podemos negar entonces, la

<sup>177</sup> *Íbid.*, p. 109.

emotividad que hay en la gestualidad, la conducta y las formas de relacionarse de los homosexuales dentro del Metro. Pero es importante aclararlo, las emociones “surgen de la proyección individual de sentido afectada sobre la situación y no de ésta como tal”.<sup>178</sup> ¿Qué sentido tiene el tener encuentros con otros hombres en el Metro? para algunos es meramente lúdico, o transitorio, o sexual, o buscan pareja o amor, o tratar de llenar un vacío existencial o en su caso, sólo es emotivo. Bien lo dice Le Breton: quien se emociona no es el cuerpo, sino el sujeto. Esto quiere decir que, depende de la interpretación y la emotividad de la situación, para que la persona modifique su conducta, lo que explica porqué algunos homosexuales desean ver a otros cuando alguien tiene un acto sexual o el porqué esperan en las estaciones. Pero también es una de las causas de porqué el espacio es transitado por hombres de todas las edades: es un espacio emotivo. Maturana lo explica de la misma forma: dice que para entender la conducta del otro, hay que ver la emoción y para ver la emoción hay que ver la conducta. Luego, el cambio de posiciones dentro del vagón o de la misma forma, bajar de los vagones para esperar que el vagón venga lleno o casi vacío y así tener un acercamiento con el otro, representa una emoción, de ahí que tenga sentido la apropiación del espacio. En ese espacio pueden manifestar sus emociones fácilmente: besar, acariciar, abrazar o tocar sin que haya un enfrentamiento con otras personas. Otros hombres practican lo mismo: se identifican entre ellos, a diferencia si lo hacen en otros vagones donde pueden ser discriminados o rechazados. Cuando vemos sus desplazamientos dentro del vagón, vemos al mismo tiempo el nivel emotivo en que se lleva a cabo. Coincidimos con Maturana al definir una emoción como “disposiciones corporales dinámicas que especifican en cada instante el dominio de acciones en que nos movemos en ese instante”.<sup>179</sup> Así, en la medida que cada emoción configura un dominio particular de acciones, hacemos cosas diferentes bajo distintas emociones. Si dos hombres se encuentran en el último vagón y están cara-a-cara, se puede dar un encuentro táctil en lo que dura el viaje. Un hombre sigue a otro hombre; ambos son atraídos:

[El]-[último]-[vagón]-[del]-[metro]-[como]-[un]-[imán]

<sup>178</sup> *Íbid.*, p. 114.

<sup>179</sup> Maturana, Humberto, *El sentido de lo humano*, Chile, Dolmen, 1997, p. 276.

**OBSCENIDAD Y BÚSQUEDA DE SENTIDO**

Un hombre está de pie en el último vagón, se sostiene con la mano izquierda del tubo; con la mano derecha levanta su camisa blanca. El cierre de su pantalón va abierto: tiene el falo de fuera y en erección. Un joven que va sentado le hace una felación. Él lleva su mochila en las piernas. Para seguir el acto, deja su mochila en el asiento de lado y comienza a masturbarse sin dejar de hacer sexo oral. El tercero, es decir, el que graba, se acerca al encuentro: cuando el joven que va sentado descubre que es grabado, no deja de succionar el pene y de masturbarse. Voltea a la cámara que lo graba: lleva una cruz de ceniza en la frente. Se pone de pie, desabrocha el pantalón y baja su boxer. Se inclina un poco, sube su camisa y con sus manos toca sus glúteos: es penetrado. Después, el de camisa blanca lo toma del hombro y de la cintura, para que -el joven que es penetrado- comience a hacer sexo oral al que graba. Mientras que el primero toma posición: se coloca en la parte de arriba de los asientos. Unos segundos después, el joven de la cruz en la frente se detiene, se pone de pie y sigue masturbándose. Se acerca al primer hombre, al que lo penetró y le vuelve hacer sexo oral. 58 segundos. *Trío en el Metro de la Ciudad de México*.<sup>180</sup>

Un hombre está en cuclillas: porta una playera roja, pans azules y unos tenis blancos. Los codos de sus manos están sobre sus piernas y tiene las manos juntas. Está haciendo una felación. La cámara que graba hace un giro a la derecha: aparece un hombre de piel morena. Él porta unos jeans y una playera blanca. Se detiene en la línea amarilla del pasillo y voltea a ver el acto. La cámara regresa a grabar a quien está en cuclillas, quien una y otra vez desliza el

<sup>180</sup> No sólo podemos encontrar videos grabados en la Ciudad de México, sino también realizados en el Metro de Nueva York, Seoul, Montreal, Toronto, París y Madrid. Sólo que, a excepción de México, en los otros países la actividad que más se realiza es la masturbación. Quien graba es quien hace el acto. Tampoco encontramos una apropiación del espacio en el último vagón. Se pueden consultar en: [www.xtube.com](http://www.xtube.com), 5 de junio de 2009.

pene entre su boca. Quien graba, sostiene su falo con la mano derecha -tiene un reloj plateado-, mientras que con la izquierda graba. Quien hace la felación escupe a un lado, mientras el hombre de pie dice: “abre la boca”. El otro vuelve a escupir y ahora con la mano derecha sostiene el pene y sigue haciendo la felación. El hombre del reloj dice: “eso, eso”. La cámara regresa al hombre de jeans que se acercó. Él sólo mira. Hay una música de fondo en las instalaciones del Metro. El acto sigue: el hombre en cuclillas sigue succionando y vuelve a escupir. El del reloj dice: “chúpale, chúpale”. El hombre en cuclillas sigue haciendo la felación y voltea a ver al joven de jeans que se acercó. Después cierra los ojos [...] Momentos después, la cámara graba a un niño -eso parece- que está sentado y también graba en la otra dirección. El joven de jeans ahora está recargado. A lo lejos y en la otra dirección hay usuarios. En el mismo pasillo -donde está el que graba- se ve a otro hombre que está cerca. El hombre que estaba en cuclillas no vuelve a aparecer. 51 segundos. *Mamando en el metro.*

Dos hombres en el interior del vagón: un joven está sentado y porta una playera blanca, unos jeans y unas botas cafés. Lleva una mochila roja en la espalda y un reloj en la mano derecha. Está siendo masturbado por otro hombre que porta una camiseta de manga larga oscura y una playera blanca sobrepuesta. Segundos después, el hombre que masturba comienza a hacerle una felación. La cámara graba la cara de los participantes. El joven que es masturbado voltea. La felación continúa. Se detiene el acto. El joven de mochila guarda su falo. 1 minuto, 18 segundos. *Calientes en el metro.*

Un hombre porta una playera blanca de manga larga, una gorra negra y lleva unos auriculares en las orejas; él, va masturbando a otro hombre que porta una camisa blanca, una corbata negra y un traje negro. El de traje lleva una mano recargada en la agarradera y sostiene una mochila. Segundos después, el joven de la gorra comienza a hacerle una felación. El hombre de traje observa como lo realiza. Inmediatamente después toma su falo y separa al felator, quien ahora

comienza a masturbarlo. El de traje guarda su falo y sube el cierre. 51 segundos. *Le maman la verga en el metro a ejecutivo.*

Un joven está hincado en la última parte del vagón: porta unos jeans negros, una playera gris rayada y un chaleco negro. Se masturba. Mientras lo hace, succiona con la boca el falo de un hombre que está enfrente. El hombre que está de pie porta igualmente unos jeans, chamarra oscura y lleva una mochila negra en la espalda; él, sostiene con las manos la cabeza del joven que hace la felación y una y otra vez hace movimientos de atrás hacia adelante con el cuerpo. Los movimientos son rápidos. El tercero, es decir, el que graba, toma posición lateral para grabar la felación. Después, el hombre de mochila deja de tomar la cabeza del joven que está de rodillas; éste no deja de hacer la felación y de masturbarse. El hombre de pie vuelve a tomar al joven de la cabeza y hace movimientos muy rápidos. Se quita. 40 segundos. *Mamada en el metro de la ciudad de México.*

Continúa... los participantes son los mismos. Aquí termina del encuentro:

Aparece el mismo joven con el hombre: ahora los dos están sentados. El joven de chaleco se masturba mientras que el hombre de mochila, guarda su falo y sigue tocándose. Después, éste mismo se inclina un poco: recarga su cabeza sobre su brazo izquierdo que coloca en la ventana y con la mano derecha toca y acaricia la pierna y entre pierna del joven: su mano se desliza una y otra vez. El joven sigue masturbándose. El hombre se detiene y coloca su mano sobre su mochila que está a su lado derecho. El joven de chaleco sigue masturbándose y tiene una eyaculación. Guarda su falo. Tiene una pulsera de colores en la mano derecha. Sube su cierre, toma sus cosas y se levanta en dirección a la puerta. El hombre de mochila desliza su mano sobre el asiento -donde estaba sentado el joven-, para limpiar el semen y embarrarlo bajo el asiento de su derecha. Coloca la mochila en sus piernas y vuelve a recargar la cabeza sobre su brazo izquierdo. 1 minuto, 17 segundos. *En el metro (venida).*

Un hombre está metido en medio de las agarraderas: porta un traje oscuro y camisa blanca. Hace una felación y no deja de masturbar con su mano derecha al mismo hombre que va sentado; éste lleva una mochila negra sobre la pierna izquierda. Cubre el acto, pues los asientos son laterales dentro del vagón. El hombre que va entre las agarraderas no deja de hacer movimientos rápidos y de abrir la boca cerca del falo. Voltea a ver a quien está sentado y parece le dice algo... El hombre sólo mueve la cabeza y toma del hombro derecho al de traje quien succiona una y otra vez el falo. Inmediatamente sale de entre las agarraderas y el hombre que va sentado guarda su falo. 1 minuto, 15 segundos. *Que mamadas en el metro.*

“Uno más en el Metro...”, es el primer mensaje del video. Una mano toca un falo. La cámara grava a otro usuario que está en los asientos de a lado: hay un hombre vestido de blanco, y justamente atrás de él, está otro hombre que le da la espalda; éste lleva una gorra. La cámara regresa el hombre que toca el falo. El hombre que masturba porta un pantalón negro, una playera blanca y lleva una mochila cruzada en los hombros. Tiene barba de candado. Quien graba es quien se está dejando tocar: con la mano izquierda toca su falo y con la derecha, sostiene la cámara; él porta una playera roja y unos jeans. Lleva un reloj en la mano derecha. El hombre de la barba de candado sigue haciendo la masturbación con la mano izquierda. La cámara vuelve a grabar al hombre de blanco quien no deja de voltear a ver el acto. El que estaba atrás de él, ahora está en otro asiento: lugar donde puede ver el encuentro. [...] La siguiente imagen muestra al hombre de barba de candado con el falo de fuera y masturbándose. La cámara gira y el hombre de blanco ya no está solo: hay otro hombre que viste ropa oscura y lleva una gorra negra; él no ve la masturbación. [...] Después, el hombre de barba baja del vagón y se le ve caminando en la parte final del pasillo. El Metro pasa en la otra dirección. Mientras que, el que graba, se acerca y dice “hola” el otro dice “hola”. El que graba dice “acomódate”. El hombre de barba se desabrocha el pantalón y lo baja con todo y trusa. Da la espalda a la cámara y se toca sus glúteos. El que graba dice “eso,

ábrete las nalgas, bien empinadito, eso, ábrete el culo, ábrete, eso”. Después, el hombre de barba de candado sube su pantalón y comienza a masturbar al que graba. 2 minutos, 1 segundo. *Sexo en el Metro DF.*

El Metro comienza a avanzar de alguna estación: un hombre está en el asiento para una sola persona en la parte final del vagón. Porta un pantalón casual color claro, una camisa rayada de color azul y un saco. Cuando el Metro va en el túnel, el hombre comienza a tocarse y voltea a ver a quien graba. Baja el cierre de su pantalón y saca su falo: comienza a masturbarse. El Metro llega a la siguiente estación. El hombre guarda su falo, sube el cierre y pone sus manos en medio de sus piernas. 1 minuto, 7 segundos. *En el metro del D.F.*

La cámara graba a un hombre que está sentado y agachado. Hace una felación. Él porta un traje gris, camisa blanca y corbata rayada. Usa lentes. Con la mano derecha sostiene documentos que están sobre su pierna derecha. Deja de hacer el acto, se endereza sobre el asiento y comienza a masturbarse. (El tercero, es decir, el que graba, pasa la cámara por encima de su pierna) Después, el hombre a quien le hacían la felación, sigue masturbándose y se agacha al hombre de traje para hacerle una felación. Él porta unos jeans y una playera azul marino. Se endereza y el otro sigue masturbándose. 28 segundos. *Mamadas en CU.*

Cuatro hombres sentados al final del vagón: dos en cada lado. La cámara graba a dos hombres: uno porta camisa blanca, pantalón negro y tenis negros. Tiene el falo de fuera y toca la bragueta del hombre de a lado, quien porta unos jeans azules y playera roja. El hombre de tenis negros sigue masturbándose y el de rojo mete su mano en su pantalón para acomodarse. El tercero -quien graba-, porta unos jeans azules y tenis. El hombre de camisa roja logra sacar su falo y el de tenis negros se masturba con la mano derecha y con la izquierda comienza a tocar al de rojo. La masturbación propia y ajena es sincronizada. Los dos voltean a ver al interior del vagón. Unos segundos después guardan su falo cada uno. Ahora la cámara gira a la derecha: está un cuarto hombre que se masturba:

él lleva un anillo y un reloj en la mano derecha. Porta una playera de manga larga y unos pantalones grises. La cámara regresa al hombre de playera roja quien nuevamente comienza a tocarse. 1 minuto, 38 segundos. *En metro después de clases.*

Este tipo de encuentros pueden darse cuando no hay pasajeros en el último vagón y si los hay, es porque son hombres que buscan un encuentro sexual. A altas horas de la noche, en la tarde o en la mañana: la última parte del Metro comienza a tener mucho movimiento, tanto corporal como visual y táctil. Una relación muy acelerada: una corrida del Metro, puede llevar a un solo pasajero en el último vagón y en otra estación ser abordado por otro hombre que se sienta junto. Si hay aceptación, comienzan a tocarse o masturbarse. Las parejas de desconocidos pueden esperar por varios minutos en la estación hasta la llegada del vagón que venga vacío para tener privacidad... en un espacio público.

Los encuentros en la última puerta del último vagón del Metro van desde el sexo oral, la penetración, la masturbación o el frotamiento. Hombres que ocupan el último espacio para tener sexo dónde las relaciones son anónimas: no sabes de dónde viene ni a dónde va el otro. Este espacio es practicado las 19 horas de servicio: en las mañanas hay mucha densidad de usuarios, por las noches, igual, en las tardes puede haber encuentros: éstos se definen por la ausencia de pasajeros que no entran en el grupo. Si hay más personas, difícilmente se da el acercamiento, también depende de la forma en que se construye la interacción: los más astutos pueden ir tocando a los otros, utilizando para ello objetos personales que los cubran.

Espacio de encuentro, espacio de reunión, espacio de sexo. Cuerpos: uno cerca de otro y tan distantes: sólo tocar. Visibilidad: tan lejos y se identifican: sólo mirar, “esa mirada cargada de deseo, aunque sea púdica y no se formule, se apodera de una parte del otro y compromete a los protagonistas del suceso”.<sup>181</sup> Este espacio transitado por adolescentes, jóvenes y adultos es fácilmente penetrable: sólo recorrer la última parte del pasillo y habrá quién quiera comenzar un juego visual, un acercamiento o en su caso, un encuentro sexual:

<sup>181</sup> Le Breton, David, *Op. Cit.*, 1999, p. 215.

homosexuales. “Situaciones públicas y encuentros privados”, como bien lo dice Laud Humphreys. Su análisis es muy significativo para nuestro trabajo pues nos sirve de referencia para dar cuenta de un espacio donde los usuarios se relacionan: hombres que buscan sexo, que buscan una cita, que buscan una noche con alguien... El espacio del Metro no está cerrado y también tiene la particularidad de ser frecuentemente transitado por mujeres gays y jóvenes sordomudos, grupos que podemos considerar estigmatizados y que explicaremos en el siguiente capítulo.

La práctica sexual en los espacios públicos se presenta en varios países como Estados Unidos e Inglaterra; sólo hay que especificar para cada país: una práctica es el *dogging*<sup>182</sup>: cuyo término tiene su origen en Gran Bretaña, donde en los años '70 los hombres paseaban a su perro (dog) y espiaban a parejas furtivas teniendo sexo al aire libre. El *dogging* se realiza al aire libre, en parques, bosques, autos; existen grupos en Francia, Italia, Bélgica y ahora América Latina. Cabe destacar que esta práctica no es con el fin de atraer voyeurs, ni se considera una práctica exhibicionista. Otra práctica es el *cruising*<sup>183</sup>: popularizada en los años '80, pero que se documentó en Gran Bretaña en el siglo XVII, y que consiste actualmente en tener un encuentro sexual en un coche o a pie: se tienen distintas parejas y es realizado por homosexuales como por heterosexuales: hombres o mujeres. No hay dinero de por medio. Derivado de ellos, es el *cottaging*<sup>184</sup>: término británico, que se refiere a encuentros sexuales en baños públicos, con una apariencia de tipo rural. En EE.UU. se les llama “tea-rooms”, donde hay encuentros sexuales entre homosexuales o heterosexuales. Aquí podemos encontrar los encuentros de homosexuales en el Metro y que es, al igual que los tea-rooms, un espacio donde “*a great number of men who wish, for whatever reason, to engage in impersonal homoerotic activity*”.<sup>185</sup> Pero ya lo vimos más arriba, que la cuestión no es del todo racional, sino más bien emotiva.

<sup>182</sup> Héctor Ledezma, “Dogging: placer público sancionado en México”, <http://tva.com.mx/wdetalle2518.html>, 20 de mayo de 2009.

<sup>183</sup> M. Pérez, J. J. Borrás y X. Zubieta, “Cruising: a la caza”, [http://www.soitu.es/soitu/2008/12/09/sexo/1228848375\\_196461.html](http://www.soitu.es/soitu/2008/12/09/sexo/1228848375_196461.html), 20 de mayo de 2009.

<sup>184</sup> Héctor Ledezma, “Sexo y acción en baños públicos”, <http://tva.com.mx/wdetalle2900.html>, 20 de mayo de 2009.

<sup>185</sup> Laud, Humphreys, *Op. Cit.*, p. 9. Tr. Un número grande de hombres quienes desean por cualquier razón, implicarse en una actividad homoerótica impersonal.

El estudio microsociológico de Laud Humphreys de los “tea-rooms” y el nuestro, es decir, el último vagón del Metro, tienen mucho en común: anonimato, lugar de paso, diversidad de hombres (aunque el Metro tiene más tránsito de adolescentes y jóvenes que los “tea-rooms”, pues éstos son más transitados por adultos), prácticas sexuales (masturbación, felación, encubación) y también en algo muy importante: el silencio de la interacción: hay poca comunicación verbal entre dos hombres que están en el último vagón en las estaciones estudiadas. Sólo se van tocando o tienen una relación sexual en 2 o 3 minutos: el tiempo que se tarda en llegar a la siguiente estación. Después no se conocen, aunque claro, no podemos negar que hay pequeños diálogos para concretar una cita o pedir el número telefónico o... salir del Metro para tener otro acercamiento. Los más interesados, dan tarjetas de presentación donde incluyen número telefónico y correo electrónico.



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09, 19:05 hrs.

## INTERCAMBIOS

Analicemos la actuación sólo en dos circunstancias: cuando hay densidad de usuarios en la última parte del vagón y cuando hay ausencia. Existe un desplazamiento corporal cuando los hombres se encuentran en el interior del vagón y en los pasillos. El objetivo, el medio y la circunstancia son igual de importantes para el encuentro. Hay acercamiento tanto de los cuerpos -los hombres que se juntan- como dentro de la superficie corporal -hombres que tocan el cuerpo del otro-. Éstas prácticas tienen un objetivo: abordar al otro, al desconocido. De ahí que la apropiación del espacio sea importante. Pero no se queda sólo en ese plano, sino que se realizan prácticas sexuales a la vista de los demás usuarios que se transportan a diario. Cuando está casi vacío el vagón -pero además cuando está lleno-, podemos observar que el acto se realiza a la vista de personas que no entran a su grupo de contacto: familias enteras y niños. Ésta actitud sexual podríamos denominarla -usando un término de Goffman-, como una falta de tacto hacia los otros, pues “el actuante puede transmitir de manera accidental incapacidad, incorrección o falta de respeto al perder momentáneamente control muscular de sí mismo”.<sup>186</sup> Pero tampoco se queda en el nivel de accidente, sino que, se le hace ocurrir en algunas estaciones.

La actuación se realiza esté o no el otro, de ahí que sea impúdica porque “supone el no pudor, por cuanto pudor es ocultación”.<sup>187</sup> No importa quién esté, los hombres en el vagón tienen acercamientos corporales y táctiles en presencia de público en un transporte. El contexto es importante: aparte de utilizar el Metro como transporte, es utilizado para penetrar la intimidad y la corporalidad del otro. Algunos hombres van al Metro sólo para “metrear”. Ángel de 24 años da una definición:

“Yo considero a un *metrero*, como aquel que se sube en un vagón, no liga, se baja en la siguiente o siguientes estaciones, se espera al otro Metro y si no consigue lo que busca, pues se cambia de línea y así se la pasa mucho tiempo... buscan en todas las líneas y todos los trenes”.<sup>188</sup>

<sup>186</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 63.

<sup>187</sup> Castilla del Pino, Carlos, *La Obscenidad*, España, Alianza Ed., 1993, p. 24.

<sup>188</sup> Entrevista realizada el 9 de octubre de 2009, 18:00 hrs., estación Constitución de 1917.

Igualmente de importante es el tipo de relaciones que se llegan a establecer: encuentros efímeros en un espacio transitorio. Otras estaciones sirven como antesala (estación Hidalgo o Escuadrón 201) para un encuentro, es decir, un espacio para conocer gente o intercambiar números telefónicos. El usuario es un pasajero, pero también se convierte en un *metrero*.

Se practica el exhibicionismo: aquellos que entran al Metro con el falo en erección o aquellos que se tocan o masturban en la presencia de otros: se miran e inmediatamente tocan su falo, pero también hombres que no ven los ojos del otro, sino que sus miradas se dirigen a la bragueta. El usuario del último vagón “puede actuar de modo de transmitir la impresión de que está demasiado ansioso por la interacción o desinteresado por ella”.<sup>189</sup> En el pasillo o en el andén, “el exhibicionista *señaliza* sus genitales y a sus genitales, de manera que son los genitales mismos los que el exhibicionista instrumentaliza para la acción”.<sup>190</sup> Esta señal, como bien dice Carlos Castilla, sirve para advertir la relación que se pretende o que se propone... si están sentados de frente y alguien comienza a tocarse, el otro (o los otros) cambia de asiento al más próximo del exhibicionista para tocar. O igualmente, comienza a tocarse. Cuando van de pie, pasa lo mismo: si alguien lleva el falo en erección, otros hombres se desplazan para estar cerca. Todo puede quedar en un simple intercambio de miradas constantes y frecuentes hacia el otro. Mario de 34 años:

“Una vez alguien me iba haciendo sexo oral y los demás sólo veían, algunos se tocaban o se masturbaban”.<sup>191</sup>

Las personas que realizan este tipo de conductas en el Metro cometen “dos transgresiones en cualquiera de sus actuaciones: la primera por el hecho de escoger un escenario público -es decir, construido *ad hoc* en donde la observación puede hacerse por todos (la calle, el jardín, el balcón)- para actuaciones no permitidas por él; la segunda, por la escenificación que lleva a cabo”.<sup>192</sup> Está prohibido el acoso sexual y es un delito. Pero en el Metro y entre

<sup>189</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 63.

<sup>190</sup> Castilla del Pino, Carlos, *Op. Cit.*, p. 35.

<sup>191</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>192</sup> Entrevista realizada el 25 de septiembre de 2009, 15:00 hrs., estación Atlalilco.

hombres que quieren un encuentro, parece no hay reacción hacia ello, es decir, no hay denuncia. Hay aceptación. A la siguiente estación las manos pueden cambiar lo que presionan: “uno <<se enciende>>, e inevitablemente, uno pronto <<se apaga>>. El grifo corre <<caliente>> o <<frío>> a voluntad. Cuanto menos esté comprendida la pasión, según parece, mejor será para todos los implicados; la emoción sólo tiene cabida de paso”.<sup>193</sup> Algunos hombres dicen que sólo lo transitan pero no quieren tener una relación amorosa, ellos por lo general son personas casadas o que tienen pareja ya establecida y que no muestran -digámoslo así- un atributo homosexual; cuando alguien los ve, evitan ser mirados y cuando bajan de los vagones, no dan señales de querer interactuar más allá de la circunstancia dentro de vagón. Ellos también se apropian del espacio. Hay quienes al no tener quién los toque, giran entre los hombres más cercanos hasta que los retengan; otros bajan a la siguiente estación para esperar que el Metro venga lleno (o vacío) y así tener un acercamiento corporal. Cambio de estaciones y cambio de emociones. El Metro avanza...

En otra estación, en otra temporalidad. Germán, de 33 años, utiliza el Metro entre cinco o seis de la mañana para dirigirse a su trabajo:

“Una vez encontré a un chavito que estaba bien guapo. Seguido me lo encontraba, hasta que nos quedamos solos y pues me lo cogí; eso fue varias veces. Un día se subió otro wey, y mientras me cogía al chavo, al otro se la chupaba, ¡cómo lo recuerdo! me acuerdo que cuando me vine, le quedó el semen en su culito, y parecía una florecita: su culo estaba rosita y con mi semen...”<sup>194</sup>

Relatos como estos podemos escuchar cuando se entrevistan a jóvenes en las diferentes estaciones en la última parte del pasillo: cada uno si no es que ha experimentado una relación como las descritas al menos las ha visto o se las han contado. La información se obtiene fácilmente. No se reservan en contar sus prácticas sexuales o sus fantasías. Dan información. Saben que eso llega a pasar, por eso lo transitan.

<sup>193</sup> Montagu, Ashley y Floyd Matson, *Op. Cit.*, p. 116.

<sup>194</sup> Entrevista realizada el 19 de junio de 2009, 20:00 hrs., estación Pantitlán.

En el último vagón, el cuerpo del otro es tocado: “y reduce su propio cuerpo a una cosa y su persona a un instrumento de placer”.<sup>195</sup> La última puerta llega a tener más de 30 hombres sin contar los de fuera en una estación (Hidalgo, Chabacano, Salto del Agua, Insurgentes, Centro Médico) en una sola corrida del Metro. Algunos son pareja, otros completos desconocidos. En lo que suben al vagón, se miran y se evalúan, después se comienzan a tocar. No acusan ni consideran que sea una falta cuando alguien está detrás de ellos y los tocan. Intercambian lugares. Estas prácticas tienen que ver con la emoción y con el deseo, pero “una cosa es reconocer la índole compleja y en ocasiones paradójica del deseo, y otro querer transformar al otro en un objeto de libre disposición”.<sup>196</sup> Con una mano toman la agarradera (o en su caso para los que van en medio, sus mochilas o sus pertenencias) y con la otra mano tocan el falo de otro hombre: hay ocasiones en que bajan el cierre del pantalón y meten mano o lo hacen por dentro del pantalón o sólo por encima. Se masturban. Tocan sus glúteos. En varias ocasiones observé, que, cuando un hombre está justamente detrás de otro, el de adelante, sin voltear a ver quién es, dobla su mano para tocar a quien está detrás. La actividad que mayormente se presenta en estas estaciones es la masturbación propia y ajena, sólo que no está regida por la equivalencia excitación/descarga.<sup>197</sup> Aquí, digámoslo de esta manera, no hay un abandono, en el sentido de terminar con el acto sexual o con otras palabras, no se culmina con la eyaculación o el orgasmo, sólo hay un intercambio de manos, de ahí entonces que, muchos hombres cuando son tocados y si quien lo hace baja del vagón, busquen inmediatamente alguien más quien quiera culminar el acto, aunque éste, nuevamente se repita y no cambie: “los cuerpos estaban como obsesionados por su sexo; he aquí que ahora se revuelven en él”.<sup>198</sup> Para el caso de mujeres gay, ellas suben al vagón con su pareja o acompañadas de otros hombres homosexuales, definidos estos, no por sus atributos, sino por su conducta y las prácticas que llegan a establecer. Las mujeres gay no realizan las prácticas de tocamiento o exhibicionismo, pues difícilmente suben más mujeres solas que buscan a otras mujeres. Pero cuando suben con sus parejas podemos observar que se tocan, besan y acarician entre ellas. Sólo realizan una práctica: el *voyeurismo*: miran cómo algunos hombres se tocan.

<sup>195</sup> Marzano, Michela, *Op. Cit.*, p. 18.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>197</sup> Finkelkraut, Alain y Pascal Bruncker, *El nuevo desorden amoroso*, España, Anagrama, 2001, p. 35.

<sup>198</sup> *Ibid.*, p. 67.

En una ocasión, en la estación Chabacano había mucha gente en el pasillo e igualmente en el Metro que llegaba. Dos estaciones después, un joven que iba recargado de la última parte del último vagón se agachó: hacía una felación a un hombre que portaba un traje oscuro. Los que estaban a sus costados miraban hacia abajo; los demás, al percatarse, trataban de mirar, pero la densidad de usuarios no lo permitía. El hombre de traje -que aparentaba más de 50 años-, recargaba las manos sobre la superficie del Metro y de vez en cuando las hacía en forma de puño y agachaba la cabeza. El acto duró unas cuantas estaciones, pues el joven bajó. Ante las miradas, el hombre trataba de evitarlas. Después dejaron de mirarlo y las miradas ya no se dirigían a él, sino a los hombres que subían en las estaciones. Los actos duran mientras no exista una densidad menor: todo un recorrido hasta la terminal o en su caso, hasta la salida de uno de los participantes. O incluso, puede darse un encuentro en el pasillo o las escaleras como los descritos.

Encubren: “borran la posibilidad de “revelarse” a otro escogido; ofrecen el espectáculo en toda su hiancia; reducen al individuo al silencio, la inmovilidad, la transparencia”.<sup>199</sup> Hay ocasiones en que, a veces sin cálculo o disciplina, dos hombres -pareja o no- van tocando sus partes íntimas a la vista de los demás usuarios. Tratan de salvaguardar su representación, pero no del todo. La situación se convierte en un encuentro táctil y obsceno: “hay una mezcla ambigua de posesión y desposesión”.<sup>200</sup> Esto pasa en relaciones no sólo de homosexuales sino de heterosexuales. Ya lo vimos más arriba, pueden pasar a cualquiera de las dos categorías, según la densidad o por quienes se sientan aceptados -sea por una estación- o simplemente porque quieren ser poseídos, no importando quién sea ese otro: “no otro con el que me identifico y al que incorporo, sino un Otro que precede y me posee, y que me hace ser en virtud de dicha posesión”.<sup>201</sup> Cuerpos, sólo cuerpos.

En este espacio “el cuerpo es pensado como un territorio”.<sup>202</sup> Algo que se puede penetrar, no sólo táctilmente, sino sexualmente. Cuando el Metro tiene mucha afluencia de usuarios, “el encuentro es remplazado por la contigüidad espacial de los cuerpos. La sonrisa se transforma en mueca. Las caricias dan paso a la violencia de un gesto que desgarrar en vez

<sup>199</sup> Marzano, Michela, *Op. Cit.*, p. 29.

<sup>200</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>201</sup> Kristeva, Julia, *Poderes de la perversión*, México, Siglo XXI, 1988, p. 19.

<sup>202</sup> Augé, Marc, *Op. Cit.*, 2005, p. 66.

de acariciar, que hurga en vez de rozar, que reduce al otro al “tú eres esto”: una superficie totalmente penetrable”.<sup>203</sup> El encuentro puede convertirse en un desencuentro o no realizarse. Los hombres -los que andan “metreando”- esperan, si no encuentran a alguien más, toman el Metro y bajan en las siguientes estaciones, regresan, vuelven a tomar el Metro, observan: “...caza furtivamente. Crea sorpresas. Le resulta posible estar allí donde no se le espera”.<sup>204</sup>

Ahora ¿qué es el deseo? ¿dónde nace? ¿de qué se alimenta? El deseo, para la forma en que lo vamos abordar, “es una fuerza, un movimiento, una potencia. Y, en cuanto fuerza, es un verdadero “motor” del ser, un motor que, en ningún caso, puede ser reducido a su objeto y a su meta”.<sup>205</sup> Así, el deseo es una palabra y una acción que se sostiene por sí misma: no quiere más que su permanencia, pero, paradójicamente, en su voluptuosidad, es una rueda que gira por sí misma, sólo que algo interno le da sentido: la conciencia. Coincidimos, entonces, cuando Marzano dice que el deseo evoca al hombre, pues él lo crea, le da significado. Pero además, con un otro, con quien se transforma en un flujo incesante. Pulsiones. Luego entonces, no podemos definirlo sólo por lo que se quiere, por lo que se anhela, es decir, por su objeto, sino por su conciencia. Si observamos a homosexuales en la última parte de andén, que tienen sexo y se acercan para tocar a aquel que lleva el falo en erección, podemos distinguir inmediatamente este objeto: aquello que se puede poseer sólo por la imagen que representa.

El deseo también nace de la “incompletud”: Marzano explica que, la falla ontológica del ser humano es lo que señala nuestra relación con el tiempo, con el espacio y con el otro. Entonces, cuando se quiere buscar un sentido se realiza con el deseo, con él se realiza a sí mismo: “el hombre no tiene deseos, es el deseo, *su* deseo, el que lo tiene, lo sostiene, lo hace hombre”.<sup>206</sup> De ahí entonces, que se busque en el otro ese deseo. Y que sea una condición del ser humano. Con esto queremos decir que, no con el otro se va a llegar a una especie de completud o algo por el estilo. No, pues la falta en el sujeto se mantiene. El otro,

<sup>203</sup> Marzano, Michela, *Op. Cit.*, p. 44.

<sup>204</sup> De Certeau, Michel, *Op. Cit.*, p. 43.

<sup>205</sup> Marzano, Michela, *Op. Cit.*, p. 56.

<sup>206</sup> Cita de Radkowski, *Ibid.*, p. 59-60.

siempre es otro, y “ese otro siempre escapa al deseo y le da sentido”.<sup>207</sup> Si se quiere poseer del todo, se elimina al otro, se le reduce a nada, a un objeto que se puede tomar cuantas veces sea necesario: “la pregunta original del deseo no es directamente “¿qué quiero?”, sino “¿qué quieren *los otros* de mí?, ¿qué ven en mí? ¿qué soy yo para los otros?”.<sup>208</sup> No podemos dar una respuesta clara de lo que quieren los usuarios del último vagón, pues hay poca comunicación verbal en la interacción. Algo si es claro: sólo tocan y se retiran... tocan y se alejan cuando sea necesario.

Los adolescentes que transitan el último vagón a temprana edad buscan un encuentro, a ellos, por ejemplo, difícilmente los miran o los tocan. Algunos jóvenes o más bien, personas adultas, aprovechan la situación y comienzan a cortejar a los adolescentes; éstos son fácilmente convencidos para dar su número telefónico o para sacar una cita. No desaprovechan la oportunidad que se les presenta. Lo mismo pasa con personas adultas, que podríamos decir, pasan de los 40, 50 o 60 años, muchos jóvenes muestran su repulsión hacia ellos, porque los consideran viejos. Las personas adultas a veces utilizan la última parte del vagón, pero la mayoría, se transporta en la penúltima puerta, o según sea el caso del espacio apropiado, la siguiente puerta. Desde ese lugar miran constantemente quién sube, quién baja, o el actuar de los demás hombres. Desde ese espacio pueden mandar señales de bajada o sugerir algo a los otros: “cierto que será necesario que se añada una *ocasión* para que se exteriorice ese deseo de realizar actos homosexuales, *pero esa ocasión se limita a hacer efectivo* lo que en mayor o menor grado se escondía ya en el individuo esperando el momento de romper sus cadenas”.<sup>209</sup> Hombres casados que exteriorizan su emotividad o su deseo sexual dentro del Metro. Ahí tocan o son tocados, pero ¿por qué ellos se masturban en público? ...tal vez Finkielkraut y Bruckner tienen razón: “se masturban porque se sienten frustrados por el coito”, o como también dicen, y aquí los hombres que se masturban en el Metro podrían invertir la frase: “el hombre que hace el amor se sentía frustrado por la masturbación”.

Instrumentos, cuerpos que se pueden tocar cuando la densidad de usuarios es mayor o

<sup>207</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>208</sup> Žižek, Slavoj, *El acoso de las fantasías*, México, Siglo XXI, 2007, p. 19.

<sup>209</sup> Weininger, Otto, *Sexo y carácter*, España, Ediciones Península, 1985, p. 58. El subrayado es del autor.

cuando hay ausencia de pasajeros en la última parte del Metro. Pero ojo, como ya dijimos, no sólo se puede dar en este espacio, sino de acuerdo al encuentro en cualquier parte del Metro: últimos vagones o intermedios. Cuando el Metro llega a la estación, los hombres que están en el pasillo miran al interior del vagón, igualmente pasa con los que van dentro: miran al pasillo. Buscan una mirada recíproca, de aceptación: quieren tener un encuentro. En todas las estaciones pueden hacer lo mismo, quieren tocar: hay “un exceso de intercambios, un exceso de acoplamientos, un exceso de goce”.<sup>210</sup> Hay ocasiones en que varios hombres van masturbando a uno solo y luego, cambian de pareja así como lleguen o suban más hombres en las estaciones.

Los encuentros sexuales que hay en el Metro dejan al otro sin nada: lo despojan de su privacidad, de su intimidad; “el problema no es tan simple: los hombres han perdido la capacidad de amar porque han perdido la capacidad de entregarse de dar de sí. Un frío y crudo egoísmo sacude a las juventudes más liberales, sus experiencias sexuales tienen un carácter deportivo desesperado y parecen ser resultado del desprecio, del odio o del resentimiento antes de que el amor. Por eso retornan a ellas torturados y vacíos”.<sup>211</sup> Algunos utilizan el Metro sólo en busca de sexo; a eso suben, aquí podemos identificar la figura del libertino: “el castigo es que el *otro* no resucita como cuerpo sino como sombra. Todo lo que ve y toca el libertino pierde realidad”.<sup>212</sup> También podemos encontrar a adolescentes en el Metro que se trasladan a sus escuelas secundarias o preparatorias -sus uniformes los delatan- y que ya son presos de este espacio que los atrae, y al mismo tiempo, los repele. Sabemos muy poco de los sentimientos de cada pasajero, pero su forma de actuar en el vagón es clara, que responde a una forma de satisfacción o insatisfacción sexual. El Metro es un espacio donde los hombres son “cuerpos sin rostros, de rostros sin ojos y de ojos sin miradas”.<sup>213</sup> Intercambios.

Los que no saben del espacio del Metro (último vagón) basta con que alguien les haya hablado del vagón o con que sigan a otro hombre que los miró y así, conozcan este espacio: “aprende a conocer nuevos tipos de experiencias y a considerarlas placenteras. Lo que bien

<sup>210</sup> Marzano, Michela, *Op. Cit.*, p. 67.

<sup>211</sup> Lawrence, D. H. y Henry Miller, *Pornografía y obscenidad*, Argentina, Argonauta, 2003, p. 30.

<sup>212</sup> Paz, Octavio, “La llama doble”, en *Ideas y costumbres II*, México, FCE, 2000, p. 224.

<sup>213</sup> Baudrillard, Jean, *Las estrategias fatales*, España, Anagrama, 2000, p. 62.

pudo haber sido un impulso casual de probar algo nuevo, se convierte en un gusto estable de algo ya conocido y experimentado”.<sup>214</sup> Hombres que por casualidad lo encontraron y empiezan a transitarlo sólo para ver. Forman parte del grupo de contacto pero toman distancia.

El otro sólo existe en cuanto cuerpo que puede satisfacer un deseo: su corporalidad se exhibe, se maneja y se toca. Sólo buscan satisfacer un deseo sexual: “queremos que el otro sea de una cierta manera que satisfaga nuestros deseos. En ese proceso no le permitimos al otro ser sí mismo y le exigimos continuamente la autonegación para satisfacer nuestras aspiraciones”.<sup>215</sup> Hombres que sólo quieren tocar o que los toquen, que no quieren tener una relación sentimental o que los involucre. Hay hombres que dicen no haber tenido antes una experiencia de esa naturaleza, que siempre habían estado con su pareja o en su caso, con su esposa. Éstos son más discretos: muestran más disciplina dramática en términos de Goffman. Sólo lo transitan para tocar y que los toquen. De ahí, nos dice Weininger, que “los <<invertidos>> practiquen su tipo de sexualidad entre ellos, y sólo rara vez admitan en ese círculo a quienes no buscan satisfacer sus deseos en igual forma; la atracción sexual es recíproca y ella es el potente factor que permite a los homosexuales reconocerse inmediatamente entre sí”.<sup>216</sup> Encuentros que se dan en espacios abiertos y transitados por grupos de hombres que tienen prácticas específicas: hay una identificación y una pertenencia al grupo.

Las actuaciones de los hombres dentro del vagón también se consideran transgresoras porque son “inadecuadas al contexto en el que tienen lugar”.<sup>217</sup> El Metro es un espacio para transportarse. Mientras que ellos, lo apropian y lo utilizan para realizar encuentros sexuales. El punto a discusión es cuando los analizamos en relación, es decir, cuando pensamos la responsabilidad por su actuar y por los otros: en algunas situaciones se presenta la actuación abiertamente, y en otra, hay más personas que transitan ésta última parte de Metro: familias enteras y niños que no entran al grupo de contacto. Recuerdo una ocasión

<sup>214</sup> Becker, Howard. *Op. Cit.*, p. 38.

<sup>215</sup> Maturana, Humberto, *Op. Cit.*, 1997, p. 71.

<sup>216</sup> Weininger, Otto, *Op. Cit.*, p. 61.

<sup>217</sup> Castilla del Pino, Carlos, *Op. Cit.*, p. 38.

en que un joven iba en la última puerta y practicaba el exhibicionismo: se tocaba y miraba fijamente a otros hombres. Un niño (que llevaba uniforme de secundaria) al percatarse de él, se retiró al otro extremo de la puerta con su madre y quitó a su pequeña hermana que estaba justamente en frente del joven. En este caso, pensemos el sentido de responsabilidad y de conciencia de los hombres en las prácticas que llevan a cabo como de la circunstancia de los otros, con quienes construyen la realidad cotidiana, pues su conducta, al ser observada por otros usuarios, también es formadora de opinión y al mismo tiempo, del estigma hacia ellos.

Lo que proponemos, no es un *deber ser* de los hombres que tienen sexo dentro del Metro o que tocan a desconocidos de los que tal vez nunca más vuelvan a ver. Eso sabemos que es real y que pasa a diario. Tampoco se puede detener de la noche a la mañana. Al parecer, estas prácticas van en aumento. Las autoridades del Metro no pueden hacer mucho: sólo pueden dar información sobre sexualidad y tratar de evitar los enfrentamientos violentos que se presentan contra homosexuales -aunque muchos sean perpetrados por ellos- y dar medidas a los usuarios para que se transporten y así haya un servicio eficiente. Igualmente es importante cómo se construye la interacción en los encuentros dentro del vagón o en el pasillo entre los demás usuarios. Sabemos también que hay cosas que no pueden controlar -consecuencias inesperadas de la acción-, pero otras sí, como lo es, la responsabilidad de tener sexo en un espacio público donde hay más usuarios que no entran a su grupo de contacto. Lo que importa aquí, es cuestionar lo que implica y lo que está de fondo en este deseo de realizar este tipo de conductas dentro de los vagones.

Lo que se pretende ahora, es una distinción de lo que no es: la armonía del vivir que propone Maturana, es decir, la convivencia con la aceptación del otro y en este caso, tanto de las autoridades como de usuarios y homosexuales. Ya vimos que las relaciones analizadas que establecen los homosexuales no se basan más que en la posición del cuerpo sobre otro: posesión y manipulación. Esto no es simple si lo analizamos a fondo y no tiene porque serlo pues somos seres humanos que viven en relación con otros, lo que significa que somos responsables del encuentro: “en el espacio de la reflexión somos siempre responsables de nuestras acciones porque siempre tenemos la posibilidad de darnos

cuenta de lo que hacemos”.<sup>218</sup> Las conductas que se presentan en el subterráneo nos arrojan a la conciencia de su realización como de su implicación espacio/temporal y del otro, es decir, si un hombre decide masturbar a otro, pensemos el sentido que esto tiene (los otros, el espacio y sí mismo): el grupo se diferencia de los otros por las prácticas que llevan a cabo. Crean sus códigos de comportamiento como de aceptación. Lo que para ellos es cotidiano y casual, para otros es una relación obscena. Sus prácticas tampoco las definen como tal, para ello seducen a quienes han aceptado el mensaje, o en su caso, lo esquivan. Por ello, están en el grupo aunque no se definan como participantes. Hay mucha movilidad. No hay acuerdos verbales. Quienes no observan detenidamente, no pueden distinguir al grupo y pueden entrar al espacio de contacto y ser acosados. Por otro lado, el espacio se construye como una exclusión social: si lo apropian es porque responde a un rechazo de los otros hacia el grupo, sólo así son incluidos de manera excluyente en el sistema social. Reproducen el dominio y el estigma: no es casualidad ocupar el último vagón. Ahí desahogan su represión sexual. Reconocen su exclusión y se mantienen aislados en un espacio transitorio. Eso puede pasar en todos los espacios donde se relacionan, de ahí que no logren una emancipación social. El grupo se separa y lo separan. Por último, hay una implicación de salubridad en el control de su sexualidad: es un espacio abierto y si existe un encuentro sexual, pueden contraer alguna enfermedad infecciosa: ¿qué se hará al respecto? ¿se destinará un vagón para homosexuales? ¿acaso habrá una campaña para dar información del peligro de tener sexo en el Metro con un desconocido? Justamente aquí es por donde empieza y termina todo: el deseo sexual.

La satisfacción sexual en el ser humano es tan ancestral como él mismo, tiene su historia y va cambiando a lo largo de los años. La forma de pensarse la sexualidad tiene muchos matices y posibilidades. Expresiones del deseo. Una u otra forma llegan a un solo camino: el sexo. Paradójicamente, de ahí mismo parten: deseo del otro, deseo carnal. El sexo tiene la característica de ser insaciable. Cada día se presenta. Cuando esto pasa, se satisface y nuevamente vuelve a renovarse. La forma en que satisface es lo importante, de aquí nos distinguimos de los animales: mientras que ellos copulan de la misma manera: uno montado sobre otro, el ser humano crea toda una gama de artificios para satisfacer su deseo

<sup>218</sup> Maturana, Humberto, *El sentido de lo humano*, Op. Cit., p. 22.

sexual. Es una construcción social: las prácticas que se tenían en otros siglos -especialmente las anticonceptivas-, ahora parecen obsoletas. Cada día hay nuevas formas, nuevos experimentos, nuevas revelaciones. Como bien decía Octavio Paz: “en el caso de los círculos concéntricos, el sexo es el centro y pivote de esta geometría pasional”.<sup>219</sup> En México aún hay muchos velos e ignorancias sobre el sexo, hay censura sobre educación sexual desde el nivel básico hasta el superior. Se ve al sexo no sólo como algo alejado de nosotros sino como una parte externa al igual que todo el cuerpo que hay que satisfacer.

Sin embargo, cuando dos cuerpos se complementan, cuando hay un coito, hay una nueva formación: un nuevo ser. Se necesita de un hombre y una mujer. La satisfacción del deseo se puede hacer con una, dos, tres o más personas: se copula con cuanta gente se tenga en la mente. Pero pensemos otra forma del encuentro, éste lo distinguimos dentro de la sexualidad y del sexo: lo denominaremos erotismo. Se construye con el otro. En las preferencias sexuales: heterosexual u homosexual, el erotismo tiene el mismo peso: es la forma de una práctica sexual.

¿Qué tiene que ver esto con el Metro? tiene que ver con la forma en que analizamos nuestro objeto de estudio: cuando los homosexuales se desplazan dentro del Metro, lo hacen, por atracción y por un deseo sexual: ser tocado por otro hombre no busca más que su satisfacción. Ésta forma tiene sus particularidades por ser un lugar de paso. Luego entonces, podemos distinguir a los libertinos, que, “afirma el placer como el único fin frente a cualquier otro valor”.<sup>220</sup> Aquí están los jóvenes que sólo van al Metro para transportarse entre los pasillos, los vagones y buscan un encuentro sexual. Para ello legitiman un espacio: el último vagón... o según corresponda la línea, cada estación.

Las relaciones que se llegan a establecer, aparte de ser efímeras, son casuales y sexuales: para ello tiene que estar el otro: para que vea, para que toque, para que penetre. Sin embargo, a pesar de que es necesario, también se niega: es mejor que no haya más gente en el vagón. No hablan en el encuentro si no quieren una relación que los involucre, en las dos circunstancias analizadas. La práctica es la misma: muchos jóvenes dicen que sólo tocan el

<sup>219</sup> Paz, Octavio, *Op. Cit.*, p. 215.

<sup>220</sup> *Ibid.*, p. 222.

falo de otro hombre o masturban. No pueden hacer más por la cantidad de gente que sube en el vagón y el corto tiempo que hay entre dos estaciones. Espacios donde no hay palabras, sólo movimientos y deslizamiento, espacio abierto a todo público, pero que se particulariza por su receptividad de hombres, personas que quieren una experiencia anónima que no implique interés o amistad, de ahí su corta temporalidad, de ahí también, el ocupar tantos espacios como miradas reciprocas que se acepten para el encuentro. En este espacio no se conversa, a veces no se llega a ver el rostro del otro: se recorre parte del cuerpo con una mano. No se distingue: se penetra como una superficie maleable en las situaciones que analizamos: cuando hay densidad de usuarios (en las mañanas) y cuando hay ausencia de ellos (noches). Difícilmente se conversa, en ésta, nos dice Maturana: “en el conversar construimos nuestra realidad con el otro. No es una cosa abstracta. El conversar de un modo particular de vivir juntos en coordinaciones del hacer y el emocionar”.<sup>221</sup> ¿A qué aspira el usuario de la última puerta del último vagón con su conducta en el Metro? ¿por qué el silencio en la interacción? ¿qué busca? Si bien podemos dar varias posibilidades: que buscan otra parte de sí, que buscan lo que no tienen, que busca su semejante, etc..., lejos de eso, buscan definir una situación que, por trivial y cotidiana que sea, representa una manifestación de su emoción, de su deseo y de esa búsqueda de sentido, el proceso es autorreferencial. ¿Cómo lo llenan? con el otro, con aquel que está en frente, cara-a-cara. Entonces ¿busca la felicidad? pero ¿qué es la felicidad? Maturana responde que es “el no tener aspiraciones ni deseos”.<sup>222</sup> El usuario de la última puerta del último vagón tiene un objetivo, un interés en querer relacionarse dentro del Metro, sea para tocar, para encontrar una pareja o enamorarse dentro de los vagones: ese sentido cambia en cada usuario: hay jóvenes que sólo quieren conocer gente, otros quieren tener sexo en el Metro, otros buscan el amor, otros no quieren nada importante pues tienen una relación (hombres casados) y sólo lo hacen circunstancialmente, es decir, porque utilizan el Metro, y otros al final, sólo lo utilizan porque quieren hacerlo: no buscan encuentros ni otras formas de relación, sólo mapean el espacio y están con el grupo.

Esto tiene sentido cuando analizamos lo social, es decir, cuando analizamos la relación con

<sup>221</sup> Maturana, Humberto, *El sentido de lo humano*, Op. Cit., p. 23.

<sup>222</sup> *Ibid.*, p. 25.

el otro y de esa manera, cómo se configura el mundo o la realidad (del observador). Pero al mismo tiempo, significa entender las relaciones en su fluir, su convivencia y en su armonía. Y ¿qué pasa en la vida cotidiana? Aquí es donde el amor tiene sentido, Maturana dice que “hablamos del amor cada vez que tenemos una conducta en la que tratamos al otro como un legítimo otro en la convivencia con otros. Al aceptar la legitimidad del otro nos hacemos responsables de nuestra relación con él o ella, incluso si lo negamos o la negamos”.<sup>223</sup> Esta distinción sólo entra como diferencia<sup>224</sup> de lo que no son las relaciones que analizamos. Rodrigo Jokisch dice que el observador se puede preguntar: ¿qué es aquello que no pudo tener lugar? Utilizando su metodología de las distinciones, hacemos una distinción de *exploración*,<sup>225</sup> ésta no niega la primera distinción *utilizada*, sino que genera información. En esta distinción explorada, hay más distinciones.

Continuemos. Para Alberoni, el enamoramiento en este nivel no tiene sentido, es cotidiano, trivial, y para que pase a otro estado, necesita ser extraordinario, es decir, no cotidiano. Para Luhmann, sólo “es un código de comunicación de acuerdo con cuyas reglas se expresan, se forman o se simulan determinados sentimientos”.<sup>226</sup> Sin embargo, nos dice Maturana, hay que ver cómo se construye con la confianza, pues es muy importante en las relaciones de la vida cotidiana, ya que implica aceptar al otro como otro legítimo. La confianza es una actitud implícita: se está en la relación y no se pregunta por qué se está o por qué no. El mundo social se funda en ese acto de confianza y ésta es una “condición fundamental de la existencia”.<sup>227</sup> La confianza es el fundamento del vivir mismo: un niño tiene confianza con sus padres o con alguien ajeno a él pues ninguno le exige sino que lo acepta en su legitimidad. Lo respeta. No pasa eso cuando se le exige desde la familia, la escuela, la cultura en general u otros espacios relacionales. Lo que significa que el problema es cultural como social: “vivimos en una cultura que es engañosa, que no está funcionando en la legitimidad del presente, sino que está funcionando en la búsqueda de las apariencias, de

<sup>223</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>224</sup> “La diferencia distingue entre “algo” y “algo diferente”. Ella representa una distinción de dos lados, la cual no pone prioridades entre “algo” y “algo diferente”. Ella va y viene de un lado para otro, oscila entre las distintas posibilidades y no se puede “decidir”, no se puede, por así decirlo, determinar a cual de los dos lados debería de dar preferencia. Una diferencia expresa la simultaneidad de sus lados y es, por lo tanto, neutral.”, en Jokisch, Rodrigo, *Metodología de las distinciones*, México, UNAM-Casa Juan Pablos, 2002, p. 180.

<sup>225</sup> Jokisch, Rodrigo, “Observando la acción social”, *Op. Cit.*, p. 92.

<sup>226</sup> Luhmann, Niklas, *El amor como pasión*, Barcelona, Península, 2008, p. 39.

<sup>227</sup> Maturana, Humberto y Bernhard Pörksen, *Op. Cit.*, p. 228.

la manipulación, de uso del otro, de abuso y de la explotación”.<sup>228</sup>

Cuando se habla de amor, no es aquel que se sobrestima o el que se idealiza en la pareja, sino que es simplemente una emoción que fundamenta lo social. Es una aceptación del otro en su legitimidad, pero también del respeto de sí, es decir, de su dignidad y que comienza desde lo corporal. Entonces, hay que “atrevernos a ser nosotros mismos, atrevernos a dejar de aparentar, atrevernos de hacernos responsables de nuestro vivir y no pedirle al otro que de sentido de nuestro existir”.<sup>229</sup> No exigirle, pues al realizar esto, se crea una agresión y una violencia, en términos de Maturana, es un dominio de negaciones recurrentes: del otro y de sí mismo, es decir, una autonegación. Lo que está de fondo entonces, es una responsabilidad, donde se reflexiona al respeto por sí mismo y por el otro en los encuentros entre hombres en el último vagón.

Durante los recorridos que se hacen a diario en el Metro, los encuentros y los desencuentros nos demuestran que las relaciones y las interacciones se construyen con el otro, pero ¿qué implica el otro en el Metro? implica una responsabilidad. Cuando alguien mira, todo puede cambiar: “observado, escrutado, medido por al desdeñosa mirada o aun simplemente percibido por una mirada extraña, tengo una naturaleza que no puedo recusar y que no me pertenece, mi ser es ahora exterior, está enredado en otro ser”.<sup>230</sup> Sentirse observado y en ese cara-a-cara, verse a sí mismo. Alguien te mira y sabes que lo hace: te aleja de él, eres un objeto, pero también un objeto para ti mismo. En términos de Alain Finkielkraut, quedas adherido a ti mismo y al mismo tiempo despojado de ti mismo. La mirada del otro, te hace observar, te hace distinguir ya no a la mirada, sino a aquel extraño con el que te cruzas en los pasillos del Metro o con el desconocido que está a tu lado, es decir, observas la relación con el otro.

Igualmente pasa con el tacto: “la caricia no es un simple rozamiento, sino que es la modelación. Al acariciar a otra persona hago nacer su carne bajo mis dedos. La caricia es el conjunto de la ceremonia que encarna al otro”.<sup>231</sup> Así como da distancia, da una prueba de

<sup>228</sup> Maturana, Humberto, *El sentido de lo humano*, Op. Cit., p. 74.

<sup>229</sup> *Íbid.*, p. 55.

<sup>230</sup> Finkielkraut, Alain, *La sabiduría del amor*, México, Gedisa, 1988, p. 22.

<sup>231</sup> Cita de Sarte, *L'Être et le néant*, Gallimard, 1943, pág. 459, *Íbid.*, p. 22-23.

la existencia y la proximidad. Cuando se toca a un desconocido hay una separación porque comprueba que no estamos solos y que ese otro no es sólo una superficie o una propiedad. Coincidamos con Levinas, al decir que en el encuentro, no es la guerra o la paz, el hecho original, sino que es la responsabilidad y lo es, porque “antes de ser mirada, el otro es rostro”.<sup>232</sup>

¿Qué tanto nos puede cambiar un rostro? ¿qué poder tiene? Jorge Volpi recuerda en su blog *El Boomeran(g)*,<sup>233</sup> una anécdota de Jean Genet cuando éste tenía setenta años:

Viajando en un tren de París a Normandía: Frente a él, un hombre enjuto de edad indefinible. Cualquiera. Genet lo mira, nada lo distingue de los otros pasajeros, y se sobresalta. Ese desconocido vale lo mismo que él. Lo mismo. Genet pensaba que su vida cambió a los setenta años.

Un cuerpo, otro cuerpo. Lo mismo. Un ser humano se iguala a otro ser humano desde el nivel corporal. Gestos. Muecas. Movimientos. Sentido. En el otro me veo: “en el rostro hay visión, pero no debemos dejarnos engañar por ese parentesco óptico: el rostro es la única pieza de caza que nunca puede cobrar el cazador de imágenes, el ojo regresa siempre con el morral vacío en lo tocante al rostro del otro; ese rostro abandona las formas que toma, hace fracasar la representación, es la impugnación perpetua de la mirada que yo écho sobre él”.<sup>234</sup> Alejado, sin ser poseído, siempre escapa, no quiere ser retenido. El rostro es una imagen que puede engañar, que esconde: no deja de guardar un secreto y de revelarse. Tampoco deja de mostrar la mirada que lo observa, trata de escapar del otro: “el encuentro inicial es ético, el aspecto estético viene después”.<sup>235</sup> El rostro del otro quiere que ser mirado pero también ser descifrado: de ahí su desnudez. Me obliga y me aleja. En el amor, pasa algo importante: el rostro quiere acción. En el amor, nos recuerda Finkielkraut, el rostro me prohíbe la indiferencia respecto de él: “el rostro me acosa, me compromete a ponerme en sociedad con él, me subordina a su debilidad, en suma, me manda *amarlo*”.<sup>236</sup>

<sup>232</sup> *Íbid.*, p. 24.

<sup>233</sup> Jorge Volpi en *El Boomeran(g)*, blog literario, 29 de Abril 2008.

<sup>234</sup> Finkielkraut, Alain, *Op. Cit.*, p. 24-25.

<sup>235</sup> *Íbid.*, p. 27.

<sup>236</sup> *Íbid.*, p. 28. El subrayado es del autor.

En el amor se reconoce al otro, como un otro cambiante, que evade, de ahí que Levinas diga que “en amor, -a menos de no amar con amor- hay que resignarse a no ser amado”.<sup>237</sup> No por la obsesión, sino porque el otro siempre escapa, no se deja poseer, no se deja asir. Lo que significa que en el amor nos enfrentamos a la alteridad: “una presencia que no se deja cercar”.<sup>238</sup> El otro se va, nunca está por completo. O tal vez nunca se le escucha: “si alguien dice algo, yo escucho algo, pero lo que escucho está determinado en mí. El que escucha determina lo que escucha, no el que habla. Esto del escuchar es una cosa muy importante, porque define lo que se oye. Uno tendría que atender al escuchar de otro cuando uno dice algo, si quiere ser honestamente ser oído para entrar en un proyecto común, porque uno puede decir algo en un cierto dominio y ser escuchado en otro dominio. Lo mismo debe hacer el otro si quiere colaborar con uno”.<sup>239</sup> El amor es una relación social más, no menos especial, pero sí opera de distinta manera: dos partes se encuentran y crean algo importante. Se necesitan y no pueden separarse. Crean un sentido, un significado a sus vidas. Hay atracción, hay deseo, pero no se reduce a ello. Es una fuerza que modifica y se modifica con el tiempo. No se da con cualquiera, es decir, sólo una persona es a quien se hace partícipe de ésta revolución, todas las demás quedan excluidas o más bien, pasan a segundo plano. Tiene la característica de la exclusividad. Aquí se pone a prueba y se arroja a la libertad: el otro está cuanto tiempo quiera.

Cada día se impulsa la fuerza del amor, cada día se hace más fuerte. Entonces, hay que distinguirlo de otras formas de relaciones como el enamoramiento; éste es “como una chispa entre dos individuos que pertenece a dos sistemas separados e incommunicables”.<sup>240</sup> Tiene corta duración, pero igualmente se puede alimentar y renovar. ¿Pasa lo mismo en las relaciones de heterosexuales u homosexuales? Sí, sólo que los últimos enfrentan más prohibiciones y obstáculos. El precio llega a ser la muerte o la persecución. Su forma de relación es rechazada y como dice Octavio Paz, el anatema aún persiste en muchos medios. Al mismo tiempo, éste obstáculo es una barrera a vencer, un reto que transgredir: el enamoramiento “separa lo que estaba unido y une lo que estaba dividido”.<sup>241</sup> Crean

<sup>237</sup> *Íbid.*, p. 40.

<sup>238</sup> *Íbid.*, p. 46.

<sup>239</sup> Maturana, Humberto, *El sentido de lo humano*, *Op. Cit.*, p. 63.

<sup>240</sup> Alberoni, Francesco, *Enamoramiento y amor*, España, Gedisa, 1993, p. 23.

<sup>241</sup> *Íbid.*, p. 29.

entonces, un nuevo sentido, es decir, un nuevo campo de significación. Alberoni dice que cuando el enamoramiento pasa al amor, crea instituciones, como lo es la pareja o la familia. Se forman nuevas relaciones sociales.

El enamoramiento sin embargo, se va y llega súbitamente, para ello, necesita un objeto, que se convierta en sujeto, es decir, que también desee. Se re-hace de manera voluntaria, en ocasiones no: algunas personas no pueden estar sin el otro, de quién están enamoradas. Hay que diferenciarlo de la obsesión: a quien se desea, se valoriza, se ve al otro y a sí mismo. La elección del otro es una distinción. Pero nada garantiza que el otro siempre va a estar y por tanto, que el enamoramiento dure, mucho menos la reciprocidad, de ahí su contingencia o su dilema: ¿fusión de dos sistemas? Es necesario hacerlo parte de, que haya comunicación entre ellos, para esto, alguien tiene que ceder. No en su totalidad: el otro es inaccesible, luego: “en el amor no se consigue una <<comunicación total>>, aún cuando en principio así pueda parecer a los amantes”.<sup>242</sup> No se da la completud: de ahí que sea una necesidad y una condición.

Para dar continuidad hay dos formas, según Octavio Paz: una es la corporal y la otra es el alma; la primera forma es para reproducirse y la segunda para engendrar ideas. Para Platón son las más importantes y sin embargo son menores: lo importante es llegar a la hermosura, el amor es el camino: “los ojos del entendimiento comulgan con la hermosura y el hombre procrea no imágenes ni simulacros de belleza sino realidades hermosas”.<sup>243</sup> Basta ver los ojos para hacer camino, para crear un mundo, o como decía Borges: para ver el inconcebible universo. El amor es un acto de creación y revelación. No todos se enamoran como no todos viven la experiencia del amor: algunos son exigentes, otros predisponen y ya no pueden alcanzarlo, otros son imposibilitados y otros, nunca lo han encontrado. De ahí que tenga su propia fuerza: “el amor no se dirige ni a la persona, ni a sus particularidades, sino que se refiere al enigma del otro, a su distancia, a su incógnito, a su manera que tiene de no estar nunca en el mismo nivel que yo, ni siquiera en nuestros momentos más íntimos”.<sup>244</sup> Es impenetrable. No puedo desligarme del otro: tengo que responderle, me

<sup>242</sup> Luhmann, Niklas, *Op. Cit.*, 2008, p. 42.

<sup>243</sup> Paz, Octavio, *Op. Cit.*, p. 237.

<sup>244</sup> Finkielkraut, Alain, *Op. Cit.*, p. 51.

incumbe, hace violencia -en el sentido de posibilidad- a conducirme a la acción, a que lo ame. El ser amado cambia las intenciones y turba la quietud. Investidura y sabiduría del amor: “el ser amado está, en efecto, en estado de resurrección permanente. Lo escruto y lo descifro sin cesar, pero él se sale del cerco, nunca coincide perfectamente con el discurso sobre él, burla todos los esfuerzos que hago por rodearlo o circunscribirlo”.<sup>245</sup>

<sup>245</sup> *Íbid.*, p. 72.

**ESTIGMA**

Crímenes en México por ser homosexual: D.F., Edo. de México, Veracruz, Colima y Yucatán, entre los primeros estados donde hay más asesinatos hacia personas que tienen preferencia sexual distinta a la heterosexual. Crímenes de odio<sup>246</sup>: algunas de las víctimas han quedado desfiguradas, apuñaladas varias veces. Peligro latente. Ya se habían presentado las quejas y las autoridades poco hicieron, como es el caso de Octavio Acuña en Querétaro y Jaime Javier López en Colima, asesinados en el año 2005. El mismo destino tuvieron Emilio Zúñiga de 13 años de edad en Guerrero y Rosendo Fidencio del Edo. de México en 2006.

¿Dónde sería el lugar inmediato donde comunidades de diversidad sexual puedan denunciar una discriminación o un acto violento en el D.F.? La Secretaría de Seguridad, pero ¿a quiénes denuncian los homosexuales? A instituciones como la Secretaría General de Gobierno del Distrito Federal, la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal, el Sistema de Transporte Colectivo Metro, la Consejería Jurídica y de Servicios Legales del Distrito Federal y la Secretaría de Salud del Distrito Federal. Quienes protegen, son quienes cometen más discriminación y otras agresiones según el “Informe especial” sobre violación de derechos humanos en el DF. El problema se presenta en los espacios donde se trasladan: la discriminación la llevan consigo, por ello, muchos homosexuales piden refugio en Canadá y no es para más, pues los asesinatos siguen: según la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF) en los 12 últimos años se han cometido 148 crímenes de odio por homofobia en el D.F., mientras que la Comisión Ciudadana Contra Crímenes de Odio por Homofobia

<sup>246</sup> El concepto de crimen de odio nació en los Estados Unidos y se define como “un crimen cuyo móvil o influencia principal es el odio o prejuicio contra la pertenencia o apariencia de color, raza, religión, grupo nacional, grupo étnico, género, orientación sexual o identidad de género u otra condición social o individual. La categoría de crimen de odio contempla que éste se presenta en diferentes formas, que no solamente se expresa o se consolida con la agresión física y que tiene como objetivo grupos específicos, en el grado de mayor extremo de violencia, el asesinato”, en *Informe especial sobre violación de derechos humanos por orientación o preferencia sexual y por identidad o expresión de género en 2007-2008*, México, CDHDF, 2008, p. 75.

(CCCCOH) ha reportado 448 homicidios en el mismo periodo. A nivel nacional, se calcula de 1995 a 2006, una cifra de 1001 ejecuciones homofóbicas que, divididas, da un promedio de 8 ejecuciones por mes. Algunos programas o campañas para prevenir, disminuir o eliminar la discriminación no han dado resultados. Es un problema -invisible- de dimensiones grandes: la ola de asesinatos requieren un esclarecimiento y una solución ya, como también lo necesitan todas las mujeres asesinadas en Cd. Juárez. Los crímenes de odio por homofobia colocan a México en el segundo lugar después de Brasil en Latinoamérica.

La forma en que se les discrimina a nivel nacional a los homosexuales es igual que a las mujeres lesbianas y a los enfermos de sida. Exclusión. No se les respetan sus derechos, se les niega posibilidad de adaptarse con los heterosexuales, o, se les posibilita con ciertas restricciones, con ciertas formas de reprimirlos o desplazarlos en el área laboral, escolar o incluso, dentro de la familiar. Intolerancia. Según la encuesta *Mitos y preconcepciones sobre la homosexualidad* realizada por Mitofsky en 2007, en el país los hombres son quienes más discriminan a hombres homosexuales; con las mujeres lesbianas, pasa lo mismo, es decir, son más discriminadas por las mujeres. Y según la encuesta, quienes menos aceptan a hombres y mujeres homosexuales son personas mayores de 50 años. Por otro lado, 46% de la población aceptaría a la pareja de un hijo o hija homosexual, pero preferiría no conocerla.

*¿Aceptaría o no aceptaría usted que en su casa vivieran las siguientes personas si no son sus parientes...?*

**UN HOMBRE HOMOSEXUAL**

SÍ ACEPTARÍA	NO ACEPTARÍA	NS/Nc	TOTAL
--------------	--------------	-------	-------

**SEXO**

Hombre	35.2	57.6	7.2	100.0
Mujer	44.3	49.6	6.1	100.0

**EDAD**

De 18 a 29 años	50.5	43.1	6.4	100.0
De 30 a 49 años	38.6	55.7	5.7	100.0
De 50 y más	26.2	65.6	8.2	100.0

**ESCOLARIDAD**

Primaria o menos	30.8	61.3	7.9	100.0
Secundaria	44.3	49.8	5.9	100.0

Preparatoria	44.1	50.9	5.0	<b>100.0</b>
Univ. Y más	46.5	46.5	7.0	<b>100.0</b>

#### **IDENTIDAD PARTIDISTA**

Panista	33.7	61.3	5.0	<b>100.0</b>
Priista	35.0	55.9	9.1	<b>100.0</b>
Perredista	44.0	48.2	7.8	<b>100.0</b>
Ninguno	46.8	48.0	5.2	<b>100.0</b>

#### **NSE**

A/B/C+	44.9	47.4	7.7	<b>100.0</b>
C/D+/D/E	39.8	53.7	6.5	<b>100.0</b>

#### **LOCALIDAD**

Urbano	41.5	51.7	6.8	<b>100.0</b>
Rural	34.0	60.4	5.6	<b>100.0</b>
<b>ENERO 07</b>	<b>40.0</b>	<b>53.5</b>	<b>6.5</b>	<b>100.0</b>

Fuente: Consulta Mitofsky, 2007.

Hay un rechazo para que dos hombres contraigan matrimonio, aunque hoy en día, ya se ha aprobado la ley de Convivencia que les da ese derecho en el Distrito Federal. La aceptación no es tan fácil. Son parte de burlas, escarnio y discriminación. Lo mismo pasa con la adopción, hay rechazo a que una pareja de hombres homosexuales adopte un hijo. Con las mujeres lesbianas no cambia mucho la situación. Es interesante conocer el resultado de la encuesta (Mitofsky) pues es significativo en varios sentidos: por un lado, el nivel de preparación (de universidad y más) parece no tener una relación directa con la información sobre homosexualidad. Al preguntarles si están de acuerdo con la frase “Ser homosexual es un factor de riesgo para el sida”, el 61.4% está de acuerdo. Lo mismo pasa al preguntarles a profesionistas y a quienes tienen nivel de estudios de primaria, si están de acuerdo con que “A una pareja de homosexuales se les permita contraer matrimonio”, los resultados son de desacuerdo en un 62.4% y 64.5%, correspondientemente.<sup>247</sup>

2006 fue un año importante en la lucha de los derechos homosexuales, se aprobó reconocer el 17 de mayo como día nacional contra la homofobia, conmemorando la fecha en que la OMS (Organización Mundial de la Salud) eliminó en 1990 la homosexualidad de la Clasificación Internacional de Enfermedades. Es desde entonces que, en 2007 se realizan

<sup>247</sup> Informe ejecutivo “Mitos y preconcepciones sobre la homosexualidad”, [www.consulta.com.mx](http://www.consulta.com.mx), 15 de agosto de 2009.

cerebraciones y movilizaciones para reconocer sus derechos, así como para difundir campañas de salud e información de no discriminación. Otro logro importante, es permitir las visitas íntimas (de personas del mismo sexo) en el Centro de Readaptación Social Varonil de Santa Martha Acatitla (Ceresova). Esto es controlado, según los reportes, pues sólo se permite la entrada con quienes tengan matrimonio legal.

Cada vez que un homosexual manifiesta un atributo de su identidad dentro del Metro es estigmatizado inmediatamente: su caminar, su forma de vestirse, sus accesorios, su forma de hablar, son considerados anormales, raros o extraños en un hombre. También el estigma puede presentarse cuando hay una manifestación de relación con otro hombre: se besan, se toman de la mano, se abrazan o se acarician. Su modo de operar es particular, recordemos lo que decía Goffman: “*Ser un tipo de persona no significa simplemente poseer los atributos requeridos, sino también mantener las normas de conducta y apariencia que atribuye el grupo social al que se pertenece*”.<sup>248</sup> Al manifestarse esta conducta, se presenta el estigma, expresado tanto por los demás usuarios como personal de limpieza, seguridad y administrativo de las instalaciones del Metro.

Resultado a su vez, de la forma en que la sociedad -o, los hombres- codifican a hombres como *desviados* por presentar otros atributos o en su caso, otras formas de relacionarse. Se construye una categoría entre un normal y un desviado: se “transforman en expectativas normativas, en demandas rigurosamente presentadas”.<sup>249</sup> Pero, en cada grupo social podemos encontrar formas de codificar: si los usuarios -aquellos que no son homosexuales- observan ciertos atributos que considera “anormales” o “desviados”, tipifica inmediatamente a la persona de “marica”, “puto”, “puñal”, “mariposa” o “joto”, y, según la dimensión de esta tipificación y de la idiosincrasia, es como se manifiesta: una desviación de la mirada, una exclamación o ya en el extremo, una agresión física o verbal hacia los hombres que van juntos. Burla y rechazo. Son parte de una discriminación no sólo dentro de las instalaciones del Metro, sino también en la superficie: en instituciones sociales.

<sup>248</sup> Goffman, Erving, *Op. Cit.*, 2006, p. 86.

<sup>249</sup> Goffman, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Argentina, Amorrortu, 2006, p. 12.

## ANATEMA EN EL METRO

Los hombres que presentan conductas de contacto en el último vagón son estigmatizados tanto por los usuarios como por las autoridades del sistema del Metro. El estigma es un rechazo a la aceptación social. Hoy en día, el estigma no solamente significa tener un atributo sino también ser excluido y no es más que una construcción social: se crea mediante un "lenguaje de relaciones, no de atributos"<sup>250</sup> pero, ¿en relación a qué o quién se le considera normal o desviado? ¿desde qué lugar se hace esta distinción? ¿cuál es el objetivo?

Es un proceso de discriminación y de expectativa: cuando dos homosexuales están en pareja, dentro de las instalaciones del Metro, en la última parte del pasillo, son insultados por pensar que realizan una actividad sexual como la prostitución. Se les reduce su libertad de transportarse: se les reprime y rechaza en su persona y en el servicio mismo, al pedirles que se retiren o en el extremo, los sacan violentamente. Bajar o entrar a las instalaciones significa para el estigmatizado, tratar de paliar o sobrellevar los insultos de todas las personas: no saben en qué momento ni por quienes pueden ser insultados. Por ello, es importante la apropiación del último vagón: en ese espacio nadie dice algo si se besan, abrazan o acarician: se encuentran entre personas que tienen un mismo deseo: el deseo del otro, un hombre.

En el Distrito Federal, los derechos más vulnerados de la comunidad LGBTTT (Lésbico Gay Bisexual Transgénero, Transexual y Travesti) son: 1) la falta de protocolos en la prestación de servicios de salud hacia las personas de la diversidad sexual; 2) la ausencia de servicios de salud pública dirigidos específicamente a las personas transgénéricas y transexuales; 3) el prejuicio que identifica a las personas lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, transgénéricas y travestistas como portadoras del VIH; y 4) el impedimento de las parejas de la diversidad sexual a gozar de los mismos derechos que las parejas heterosexuales.<sup>251</sup>

<sup>250</sup> *Íbid.*, p. 13.

<sup>251</sup> *Informe especial sobre violación de derechos humanos... Op. Cit.*, p. 12.

De ahí que, en respuesta a la estigmatización, creen sus reglas y formas de aceptación para entrar al grupo de contacto: se diferencian de los que no son homosexuales por el rechazo al encuentro visual, pero el transgresor, aquel que ha quebrantado una regla o una expectativa, “puede considerar a sus jueces como marginales”,<sup>252</sup> es decir, considerar a los que no son homosexuales como los *desviados*. Se crea entonces un lenguaje entre el grupo para distinguir a los homosexuales de los “bugas”. Luego entonces, la tipificación depende del grupo de pertenencia y de los otros. ¿Qué pasa cuando el “estigmatizado” y el “normal” se encuentran cara-a-cara? “se enfrentan directamente las causas y los efectos del estigma”.<sup>253</sup> El encuentro puede convertirse en un desencuentro: cada uno pone a su disposición todas sus posibilidades para diferenciarse: el homosexual sabe que no es el otro, y aquel, no se considera, y además rechaza al homosexual: aquí las diferentes reglas y formas de relacionarse de cada grupo entran en juego. El encuentro es efímero y puede ser violento: cada uno tiene que legitimarse y expresar -o imponer- su política de no interferencia. Ni uno ni otro saben cómo serán categorizados, pero quizá “la persona estigmatizada tiene más oportunidades que *nosotros* de enfrentarse con estas situaciones, es probable que las maneje con mayor pericia”.<sup>254</sup> Mantendrán el suficiente “tacto” para saber por dónde puede ser atacado, qué pueden salvar de la situación, de sí mismo y puede que, del otro. Indiferencia. Pero también el rechazo por parte del no homosexual puede ser exacerbado en violencia. Los “contactos mixtos”<sup>255</sup> pueden llegar a canalizarse en golpes o agresiones:

Ha llegado "División del norte", ahí sube un hombre con aspecto rudo y mal intencionado. Cabeza lampiña, con la barba crecida, tatuajes en ambos brazos y en la nuca, camiseta blanca (ya desgastada), pantalón negro holgado, tenis visiblemente blancos por el deterioro del tiempo, a corta distancia podría atreverme a decir que tenía entre 1.75 o 1.80 metros de altura, así subió el hombre de entre 25 y 28 años aproximadamente. Se sentó del lado del pasillo, con tanta gente que estaba parada, no podía ver nada, sólo se mantenía

<sup>252</sup> Becker, Howard. *Op. Cit.*, p. 13.

<sup>253</sup> Goffman, Erving, *Estigma, Op. Cit.*, p. 25.

<sup>254</sup> *Íbid.*, p. 31. El subrayado es mío.

<sup>255</sup> Son los momentos en que “estigmatizados y normales se hallan en una misma <<situación social>>, vale decir, cuando existe una presencia física inmediata de ambos, ya sea en el transcurso de una conversación o en la simple copresencia de una reunión informal”. *Íbid.*, p. 23.

visualizando la ventanilla. A su costado izquierdo, una pareja de homosexuales, tomados de las manos, platicando y besándose esporádicamente, estaban pendientes uno del otro. Uno, de aproximadamente 28 años, vestía camiseta verde a cuadros, venía sentado junto a la ventanilla, con lentes de armazón redondo y oscuros; y el cabello un poco largo. El otro, con apenas 20 o 22 años, con lentes de graduación, que combinaba un atuendo de playera color amarillo canario (tipo polo) con pantalón negro de vestir, cargaba una mochila negra entre sus piernas.

En la estación "Balderas", bajó la gente que se concentraba en las orillas de la puerta y del pasillo, la visibilidad entre los usuarios que se encontraba sentados era sin ningún impedimento. El hombre de los tatuajes, volteó su mirada hacia su lado izquierdo, vio a los homosexuales y su aspecto comenzó a tensarse...

El escenario comenzó a ponerse inflexible y frío. "Pinches putos, maricones", fue lo que exclamó en cuestión de segundos a la pareja, "Parece que no pueden dejar de hacer sus pinches cochinas en público" sentenció con la mirada perdidamente enojada. El hombre de la playera verde a cuadros (integrante de la pareja homosexual) defendió su situación, argumentando: "eso a ti que te importa. No te estamos faltando al respeto".

El sentenciador manifestó una terrible cólera y terminó por ponerse de pie. Se acercó a los homosexuales y, amenazándoles, les dijo: "pinches jotos, a los dos les voy a partir la madre por putos. Desviados, no les da vergüenza pendejos". El hombre con lentes oscuros, con cierto temor, no permitió los insultos: "mira cálmate carnal, nosotros no te estamos agrediendo. Pero si te pones en ese plan yo si te rompo el hocico güey". "Entonces pide una disculpa y bájate..." advirtió apuntándolos con su mirada retadora e indicándoles con el dedo índice, "...pero bájense ya pendejos. Pidan una disculpa". Entre el arrebató de las palabras, siempre defendiendo su situación, el hombre de cabello largo le indicó: "No vamos a pedir una disculpa porque no hicimos nada malo. Y tú nos estás agrediendo, te estás metiendo con nosotros sin ninguna razón válida".<sup>256</sup>

<sup>256</sup> Israel Mendoza Torres, "Metro: el transporte donde viaja la agresión", [www.anodis.com/nota/4341.asp](http://www.anodis.com/nota/4341.asp), 29 de abril de 2009.

Grupos en conflicto que ponen en juego su representación como sus propias reglas. Tanto homosexual como no homosexual son representación de un fenómeno social del que -tal vez- tengan muy poco que ver: es una categoría impuesta socialmente. Coacción. Aún hay muchos prejuicios y discriminación hacia ellos. Este discurso se reproduce en la casa, la escuela, los medios de comunicación, la calle y atraviesa otros espacios sociales. Por otro lado, en el interior del grupo puede haber exigencia: hombres que no aceptan vestimentas, conductas o expresiones de los de su mismo grupo, los consideran “amanerados”, e igualmente los rechazan visualmente. Discriminación dentro del grupo.

El estigma está definido por las reglas que tienen los grupos; reglas que se imponen, se crean y se reproducen. El tipo de desviación está definida tanto por la organización de los grupos -formas de operar-, como por las posiciones y funciones que cumplen cada uno de estos componentes, como también está definida por la contienda política, no en el sentido formal de lo político institucional, sino en las relaciones de poder que se llegan a establecer. A su vez, ésta desviación también es parte de las reglas grupales, el contexto cultural, histórico y sobre todo social. Howard S. Becker con su sociología de la desviación, hace una análisis grupal y analiza la desviación como “la infracción de alguna regla prevista acordada”.<sup>257</sup> Ésta regla, puede ser explícita e implícita, pero se crea socialmente.

Hay casos en que el estigma está determinado por la cantidad de usuarios como de los pequeños grupos que entran: cuando suben más de cinco jóvenes en grupo, pueden insultar dentro del último vagón a los demás hombres: “todos los que están aquí son unos putos” -gritan entre ellos-. Igualmente pasa cuando el Metro llega a la estación y hay jóvenes sentados o de pie en el pasillo. Los jóvenes que van dentro del vagón llegan a comentar: “ese puto está metreando” o “putas locas”. Estos insultos son más fuertes dentro de los grupos: las insinuaciones que se hacen entre ellos, por lo general, son sexuales. Diferencia dentro de los estigmatizados. Posición.

La desviación es un problema social: “*los grupos sociales crean la desviación al hacer las*

<sup>257</sup> Becker, Howard. *Op. Cit.*, p. 19.

*reglas cuya infracción constituye la desviación*".<sup>258</sup> Cada uno tendrá que legitimar su posición. Goffman dice que se crea una ideología, que toma posición, al dar cuenta de la inferioridad del otro o del peligro que representa: un homosexual puede ser considerado no sólo un enfermo sino alguien de quien hay que tener cuidado: "tal vez quiere tocarte a fuerza, tal vez quiere violarte", comenta un usuario. Esto puede representar una amenaza, y al mismo tiempo, crea una actitud defensiva por parte de los otros hacia los homosexuales. Reacción. La manifestación de rechazo o no aceptación varía: un policía puede ser más exigente y agresivo con aquel que manifiesta un atributo *gay*, a quien no lo presenta o la agresión puede variar por el grupo: es más fácil agredir a un hombre que está solo, que a quien está en grupo. Las relaciones de poder se crean: "las diferencias en la capacidad de crear reglas y aplicarlas a otras personas son esencialmente diferencias de poder (ya sea legal o extralegal)".<sup>259</sup>

Aquí entran los abusos de la autoridad, como de policías y trabajadores del Metro que, en su posición, imponen una regla, una norma por el poder que sustentan. Hay normas de operatividad para las autoridades del Metro y reglamentos para mejorar el servicio a los usuarios, pero muchas veces se esquivo, no se respeta o se sale de control. Llegan a costar la vida: como en el caso Albano Ramírez Santos que, al ser detenido en un fallido intento de suicidio en la estación Indios Verdes el 18 de enero del 2007 fue consignado a las autoridades, recibe golpes y pierde la vida. La Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), responsabiliza a funcionarios del Metro y a la Policía Auxiliar, pues comprobó que el señor Albano recibió golpes en el interior del local 6 anexo al cubículo del Jefe de Estación. Luego, en su traslado al Ministerio Público, recibe más lesiones y dos golpes mortales. La Seguridad del Metro no hizo nada por denunciar o impedir el maltrato.

Por otro lado, las denuncias por parte de la comunidad LGBTTT se presentan inmediatamente: según los casos registrados, sólo hubo 5 quejas por discriminación en el Metro en 2007 y 2 en 2008 ante la CDHDF. Son pocos los casos denunciados y muy pocos los que siguen proceso legal: son cerrados o archivados. En ese mismo año (2007), 29

<sup>258</sup> *Íbid.*, p. 19. El subrayado es del autor.

<sup>259</sup> *Íbid.*, p. 26.

organizaciones civiles firmaron un convenio con autoridades del Sistema de Transporte Colectivo para terminar -o más bien disminuir- la violencia y la discriminación hacia los homosexuales: se capacitó a personal y se colocaron carteles para evitar la discriminación. En 2008 -a un año del acuerdo-, se hizo una evaluación, y en conferencia, las autoridades dicen que siguen trabajando... que se capacita a gente y que hay muchas cosas que retomar. Por su parte, los integrantes de las organizaciones se manifestaron en la conferencia:

Sergio Villareal: “Como integrante de estas organizaciones que firmaron este Acuerdo con el Metro, coincido con las intervenciones anteriores y me gustaría destacar que afortunadamente los medios de comunicación están siendo más sensibles y abiertos a este tipo de temas. Hay una corresponsabilidad social de todos los actores, incluyendo a los medios de comunicación, porque se puede fortalecer el estigma en contra de la comunidad LGBTTT. Respecto a los comentarios de los encuentros en ciertos vagones o en ciertas horas, yo quisiera puntualizar algo muy importante: a mí me gusta viajar en el último vagón del Metro y no tengo relaciones sexuales y he hecho amigos gays en el último vagón del Metro. Creo que es un fenómeno muy representativo de la segregación social. ¿Porque los gays, lesbianas y transexuales se van al último vagón del Metro? Porque allá en determinados horarios casi nadie se va a los últimos vagones del Metro y no se sienten agredidos porque se den la mano o porque se dan un besito. Muchas veces son parejas, son gente que vive una relación y van juntos. No está prohibido ligar o conocer a una persona en un lugar público. El Metro es un espacio lúdico, ahí hay exposiciones culturales y que tienen que ver con la convivencia social. Pido un análisis más objetivo de este fenómeno desprendido de cualquier tipo de prejuicios. Muchas gracias”.<sup>260</sup>

Estos encuentros mixtos crean una nueva rutina entre hombres: es mejor utilizar la última parte del último vagón porque ahí, nadie -o al menos se reducen las posibilidades-, los insultan: “la misma previsión de tales contactos puede, naturalmente, llevar a normales y

<sup>260</sup> La sesión de preguntas y respuestas se puede consultar en la página de la Comisión de Derechos Humanos del D.F. (CDHDF): [www.cd hdf.org.mx/index.php?id=trans\\_200508b](http://www.cd hdf.org.mx/index.php?id=trans_200508b), 28 de mayo de 2009.

estigmatizados a organizar su vida de modo tal de evitarlos”.<sup>261</sup> Muchos hombres prefieren utilizar el último vagón, como también muchos prefieren tomar cualquier otro vagón menos el último, que muchos saben, hasta el último vagón es donde van los homosexuales. Algunos hombres no ocupan la última puerta, pero sí, la penúltima (o en su caso, ya dijimos, no sólo pueden ocupar la última puerta) o la contigua: desde ahí observan quién sube/baja, quién toca. Desde la siguiente puerta miran, buscan reciprocidad sin entrar al grupo de contacto. No quieren estar en medio del grupo. Aquí encontramos otro parecido con los tea-rooms: “Like any deviant group, homosexual have developed defenses against outsiders: secrecy about their true identity, symbolic gestures and the use of the eyes for communication, unwillingness to expose the whereabouts of their meeting places, extraordinary caution with strangers, and admission to certain places only in the company of a recognized person”.<sup>262</sup> Proceso de diferenciación y distinción. El estigmatizado en cambio, asume y acepta su condición de homosexual y con ello, puede movilizar a otros hombres: “algunas de esas persona pueden enseñarle las mañas del oficio y ofrecerles un circulo de lamentos en el cual refugiarse en busca del apoyo moral o de placer de sentirse en su elemento, a sus anchas, aceptado como alguien que es realmente igual a cualquiera otra persona normal”.<sup>263</sup> Un hombre pueden jalar a otros hombres: para ello, apropian un espacio en el último vagón del Metro pues ahí el reconocimiento es mutuo. Deseo. Sin embargo, esto, no se manifiesta con sus próximos o familiares: “Los investigadores en el tema de la homosexualidad han realizado observaciones similares, al notar que muchos homosexuales son capaces de mantener secreta su desviación para sus conocidos no homosexuales”.<sup>264</sup> De ahí que podamos ver a hombres casados, jóvenes y adolescentes que mantienen en *secreto* esa preferencia sexual, utilizando estos espacios para mostrar una conducta desviada que sería rechazada por los demás. También se manifiestan éstos comportamiento en cines XXX de la ciudad. David tiene 46 años, está casado y tiene hijos, pero su familia no sabe de su preferencia sexual y sube a la última puerta del último vagón

<sup>261</sup> Goffman, Erving, *Estigma, Op. Cit.*, p. 23.

<sup>262</sup> Laud, Humphreys, *Op. Cit.*, p. 24. Tr. Como un grupo desviado, el homosexual ha desarrollado defensas contra desconocidos: secreto acerca de su verdadera identidad, gestos simbólicos y el uso de los ojos para la comunicación, renuncia para presentar la ubicación de sus lugares de encuentros, extraordinaria precaución contra extraños y admisión a ciertos lugares sólo en compañía de una persona reconocida.

<sup>263</sup> Goffman, Erving, *Estigma, Op. Cit.*, p. 32.

<sup>264</sup> Becker, Howard. *Op. Cit.*, p. 30.

en la estación Chabacano:

“Ya sabes, antes había más rechazo, ahora como que han mejorado las cosas... Me gustan los hombres y pues me casé porque en ese entonces no era tan fácil la cosa”.<sup>265</sup>

Algo distinto pasa con niños, adolescentes y jóvenes que son abusados y explotados sexualmente en la Alameda Central:

“Aquí hay muchos chavos que son gays, muchos viven aquí porque tienen problemas en su casa o por muchas razones [...] pero lo cierto es que muchos de los gays que se reúnen viven aquí y se dedican a la prostitución, de eso viven y están expuestos a enfermedades [...] Realmente no hay un grupo que les dé atención psicológica, que les dé una forma de ayuda porque, por ejemplo, hay días que no trabajan, no tienen dónde comer, dónde dormir, desgraciadamente son chicos que, no tanto por su orientación sexual sino por una problemática familiar, viven aquí. [A eso] se puede añadir la preferencia sexual en su problemática personal; aparte, tienen problemas de drogadicción. Si hubiera un grupo que pudiera venir a ayudar a estos chavos sería muy bueno. Ésos son los problemas que he visto y también a los que me enfrenté porque también viví dos años aquí en la Alameda”.<sup>266</sup>

Regresemos al Metro: los participantes se reservan a utilizar la última parte del andén sólo para tocar o ser tocado por otro. El acercamiento y el meter mano no implican un compromiso. A veces, la situación puede salirse de control: Ulises, un hombre de 49 años, al buscar un encuentro en un fin de semana, en la línea de la Universidad, se encontró con esta situación:

“Estaba bien caliente y quería estar con alguien ya. Estuve buscando por varias

<sup>265</sup> Entrevista realizada el 23 de junio de 2009, 19:20 hrs., estación Iztapalapa.

<sup>266</sup> Entrevista realizada a jóvenes y niños en la Alameda Central de la ciudad de México el 15 de junio del 2007, en *Informe especial sobre violación de derechos humanos... Op. Cit.*, p. 24.

estaciones, hasta que encontré a un niño. Como de unos 15 años. Eso parecía. Nos quedamos solos en la línea verde, íbamos en dirección a Universidad. Cuando estábamos en el último vagón, me tocó y yo no aguantaba. Me la comenzó a chupar. Estábamos solos. Yo disfrutaba de aquello. Así duramos por varias estaciones, pero de repente sentí la mano de alguien en mi espalda: era un trabajador del Metro. Dijo: “qué chingados están haciendo, tápate tu chingadera” Bajamos en la estación M. A. de Quevedo. El niño se puso bien nervioso, comenzó a llorar y pedía que lo dejaran ir. Yo estaba que me llevaba la chingada: quería que se callara aquel escuincle, pues me ponía más nervioso. Los uniformados, me dijeron: “¿sabes en lo que te metiste? Es un niño cabrón, ahora si ya te jodiste, todo por hacer tus porquerías en el Metro”. El niño pedía que no le llamaran a sus padres, no quería que se enteraran. Les dije a los policías que lo dejaran ir, que bastaba conmigo, pero no lo soltaban. Les pregunté si no había forma de arreglarlo, pero se negaron. Dijeron que no, que me llevarían con las autoridades correspondientes. Yo estaba dispuesto a ir, pero ante mi primera propuesta, ellos conversaron y después me dijeron que con cuánto contaba. Les dije que traía \$200.00 pesos. Se comenzaron a reír y dijeron: “¿por eso? no pendejo, ahora si te vas a joder”. Les pedí que me dieran chance, que no traía mucho dinero. Dijeron que me meterían al bote por abuso de un menor. Yo sentía que el mundo se me derrumbaba. No tenía otra opción. Les dije que me llevaran, pero nuevamente hablaron y me volvieron a preguntar con cuánto más podía contar. Les dije que no llevaba dinero, pero que les podía dar \$500.00 pesos. Se volvieron a reír. Me dijeron que me podían soltar si les daba 17 mil pesos. Puta, era un chingo, pensé. ¿De dónde voy a sacar tanto dinero? Les dije que no podía conseguir mucho. Pero me dijeron que era eso o la cárcel. Les rogué que me dieran chance de juntarlos y se los daba. Mientras tanto dejaron ir al escuincle. Ya era una carga menos. Ahora tenía que negociar con esos pendejos. No me los pude quitar. Me acompañaron a mi casa para darles el dinero, pero no tenía mucho, sino como \$1,300.00 pesos. Me dijeron que regresarían por más dinero, y me dieron otra semana para conseguir el resto, sino, decían, yo ya sabía lo que me pasaría. Estuve toda una semana

desesperado. No podía juntar tanto dinero. En la panadería no gano mucho. Mis primos me prestaron, pero aun así no completaba. Obviamente, no les dije porqué necesitaba tanto dinero. Terminó la semana y no junté el dinero. En un fin de semana, cuando regresé a mi casa, estaba casi vacía. Los hijos de la chingada se llevaron mis cosas, como mi tele, mi estéreo, mis cuadros y más cosas de valor. Me llamaron después por teléfono y me dijeron que querían más dinero. Les dije que ya bastaba con lo que se habían llevado, pero se negaron y dijeron que querían el resto, sino, ya sabía lo que me pasaría, que lo que hice era un delito grave. Otra vez estuve consiguiendo dinero, pero me faltaban tres mil pesos para completar. No tenía muchas opciones, ya sabían dónde trabajaba y dónde vivía. Ahora estoy escapando de ellos: no les pagué, tuve que renunciar en la panadería y dejé mi departamento para irme a vivir con un familiar, que por cierto, su pinche vieja no me quiere ahí. Pero les dije que me dieran chance, en lo que buscaba un lugar. Tampoco a ellos les dije lo que pasó. Estoy pensando en rentar mi departamento. Los vecinos me dicen que llega gente de traje y preguntan por mí, seguro que son los del Metro. En el trabajo también me han buscado, pero les dije que si eso pasaba, dijeran que no me conocían. Ahora no sé que hacer: no tengo trabajo y ni casa. Estoy que me lleva la chingada, con mi edad, es difícil conseguir trabajo. Mi hija no sabe de esto y no sé ni cómo se lo voy a explicar.<sup>267</sup>

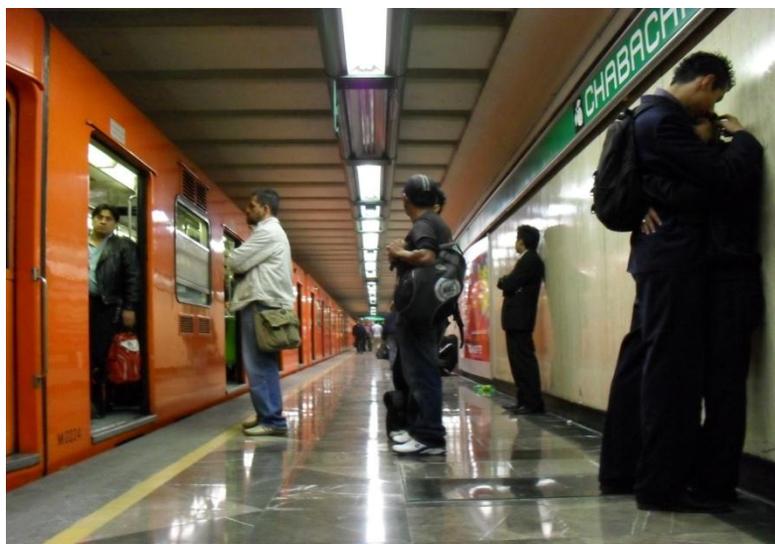
La seguridad del Metro utiliza su poder para detener y sobornar a Ulises. El caso, está en los márgenes de la pederastia. Así, la contingencia en la que se encuentra el estigmatizado es doble: no sabe qué imagen -de su acción- creó y tampoco, cómo el otro construye sus expectativas para aceptarlo o rechazarlo. De ahí que el anonimato y la poca información que tiene del otro es decisiva para su actuar: "las situaciones sociales mixtas tienden a una interacción incontrolablemente ansiosa",<sup>268</sup> pero además, peligrosa cuando la desviación es descubierta, como en el caso de Ulises. Ahora él se transporta cuidando no volverse a topar con los administrativos que lo encontraron en el acto sexual. Al adolescente tampoco lo ha

<sup>267</sup> Entrevista a profundidad realizada el 22 de agosto de 2009, 20:00 hrs., estación Constitución de 1917.

<sup>268</sup> Goffman, Erving, *Estigma, Op. Cit.*, p. 27-28.

vuelto a ver. En una encuesta dirigida a hombres homosexuales (gays) y hombres que tienen sexo con otros hombres (HSH) en el D.F., reportó que “la mayoría de los encuestados (70%) dijo que sus familias conocían su orientación o preferencia sexual, de los que 40% informó que había sido discriminado por ello: 59% reportó agresiones verbales, 23% ser ignorado por su orientación o preferencia sexual, 13% fue corrido de sus casas, y 6% reportó algún tipo de agresión física”.<sup>269</sup>

Si bien los hombres de la última puerta del último vagón no tienen un atributo específico que los caracteriza, si comparten la calificación de desviado y la experiencia de ser considerados así o incluso, de considerarse entre ellos así. “Los homosexuales son tolerados a condición de que acepten la censura básica referente a su identidad...”<sup>270</sup> Puede considerársele desviado, pero como escribimos más arriba, depende del encuentro con los otros. Lo más importante en la sociología de la desviación de Becker y en la que va paralela con Goffman, es que, sea desviado o estigmatizado, no es por una cualidad o un atributo sino que surge y está determinada por la interacción social: la relación del individuo con el grupo, de los grupos o del individuo con el otro y consigo mismo. La apropiación de la última puerta del último vagón toma más sentido por este estigma y que se comparte con otros grupos dentro del Metro como las mujeres gay, jóvenes sordomudos, jóvenes que se drogan o algunos que llegan a tomar bebidas alcohólicas hasta el final del pasillo.



Estación Chabacano. Fuente: Archivo personal.  
2/Diciembre/09. 19:55 hrs.

<sup>269</sup> Informe especial sobre violación de derechos humanos... Op. Cit., p. 22.

<sup>270</sup> Žižek, Slavoj, Op. Cit., p. 83.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23: 47 hrs.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23:39 hrs.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23:18 hrs.



Estación Insurgentes. Fuente: Archivo personal.  
4/Diciembre/09, 23:36 hrs.

La situación en la que se encuentran los homosexuales a nivel nacional es excluyente, sigue la discriminación y no se aceptan fácilmente sus derechos entre la población, como lo muestran las encuestas:

	ACUERDO	DESACUERDO	NO RESPONDE	TOTAL
Una pareja homosexual debe tener los mismo derechos que una pareja hombre-mujer	45.7	47.3	7.0	100.0
A una pareja de mujeres lesbianas se les permita adoptar un hijo	33.6	58.2	8.2	100.0
A una pareja de homosexuales se les permita contraer matrimonio	32.5	58.3	9.2	100.0
Una pareja de hombres homosexuales pueda adoptar un hijo	22.9	68.5	8.6	100.0

Fuente: Consulta Mitofsky, 2007.

Estos resultados, si bien no representan o no dicen lo que pasa realmente en la sociedad mexicana, sí nos puede dar una aproximación de la forma en que son consideradas aquellas personas que tienen una preferencia sexual distinta a la heterosexual. Aún existe el rechazo de algunos sectores homofóbicos, entre ellos, la iglesia, que por mucho tiempo le llamó “pecado nefando”<sup>271</sup> y la discriminación en Secretarías de Estado continúa. Hay división de opiniones en la población. Mientras tanto siguen los asesinatos. El problema de fondo es complicado: no se tolera al otro ¿de dónde nace esto? ¿cómo se construye? Hay diferencia de idiosincrasias, falsas proyecciones, odio e intolerancia, si retomamos el debate de la *Dialéctica del Iluminismo*.<sup>272</sup> La violencia hacia las minorías es resultado de la insaciabilidad del poder, de la eliminación del otro, pero además, de una ceguera: no se reconoce al otro porque no es igual que uno, y paradójicamente, todos los otros son

<sup>271</sup> Paz, Octavio, *Op. Cit.*, p. 286.

<sup>272</sup> Horkheimer, Max y Theodor W. Adorno, “Elementos del Antisemitismo” en *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Sudamericana Hermes, 1997, pp. 201-245.

semejantes: no hay distinción. Cuando se racionaliza esta idiosincrasia, se vuelve atroz y destructiva: los mecanismos para exterminar al otro, no tienen otra función más que administrar. Todo tiene que adecuarse y no ofender las prohibiciones. Lo distinto siempre da escozor a ojos insatisfechos. Hay una fobia, pero detrás -alguien dijo- una filia. Se odia, pero se imita. Algunos no están a la altura de su odio, dijo Cioran. Son meros autómatas que reproducen al sistema: los mueven los intereses, no hay reflexión -de ahí la falsa proyección-. Todo gira alrededor del sujeto y atribuye propiedades a su objeto: nulidad. Son esquemas sociales los que se imponen: lo que se determina, ya está determinado de antemano. La sociedad los excluye. De ahí que sea importante la reflexión no sólo de lo que se observa sino de cómo se observa. Igual de importante es salir de la dominación y vencerla o en su caso, crear dentro del sistema. Hay muchos estereotipos sociales que sólo dividen y etiquetan a las personas: reprimen. Todo esto, nos lleva a pensar la forma de relacionarnos con los otros: el pensamiento crítico y la responsabilidad social no sólo de quien estigmatiza sino también del estigmatizado pues desde lo cotidiano, se construye la realidad social y recuerda que, el “encuentro con el otro hombre provoca la responsabilidad, no el conflicto”.<sup>273</sup>

<sup>273</sup> Finkielkraut, Alain, *La Sabiduría del Amor*, *Op. Cit.*, p. 33.

## TAN SÓLO DOS MINUTOS

La última parte de un pasillo del Metro vuelve a quedar vacía. Las cámaras del andén siguen grabando y no encuentran un objeto, no pueden grabar el silencio ni cómo pasa el tiempo, sin embargo, cada día parece ser el mismo:

“Cada mañana los cuerpos comienzan a desplazarse. Toman posición. Es el mismo aire caliente. El mismo ruido. La misma luz. Ninguna sombra. Se abren las puertas y un hombre sube al último vagón. Otro hombre está adentro. Se sientan juntos, pero no se hablan. Se cierran las puertas y el Metro comienza a arrancar. Llegan a la siguiente estación. Un hombre baja y el otro sigue adentro, un hombre más sube y mira a quien baja, después, observa a quien está adentro.”

Transcurrieron dos minutos entre pasar los torniquetes, dirigirse al final del pasillo, subir al vagón y llegar a la siguiente estación. En ese tiempo hubo un intercambio de miradas, se tocaron y un encuentro sexual. El tiempo fue muy rápido, pero hubo un proceso implícito y explícito que se impuso: la apropiación del lugar y la actuación que llevaron a cabo, llevan el peso de la historia y de la sociedad.

Lo efímero de los encuentros en el Metro se explica sólo por el lugar de paso, pero la implicación social, cultural e individual, puede llevar mucho tiempo en explicarse. La realidad es muy basta y no deja de construirse. Todo está en movimiento. Por ello, éste trabajo registró sólo un momento, o mejor dicho, momentos cotidianos de un grupo específico, de un lugar específico, de un tiempo específico. No tiene nada de casualidad. Explicarlo y relatarlo tampoco fue fácil. Hay muchas cosas que escapan a la observación y que no se han escrito. Tratamos justamente de hacer eso: explicar y comprender las implicaciones que hay cuando dos hombres desconocidos se encuentran cara a cara en la última puerta del último vagón en el Metro.

El resultado abre nuevos ejes de investigación dentro del grupo, como lo es la gestualidad, el cuerpo como instrumento de conocimiento, la tecnología en el encuentro, la apropiación

de otros espacios en la ciudad (como los cines XXX y los baños públicos), y otro tema mucho más interesante: el desdoblamiento del deseo, es decir, conocer el proceso interno que se lleva a cabo cuando hay encuentros sexuales en estas circunstancias ¿qué pasa en el sujeto? ¿qué conexiones internas hay cuando un hombre se deja tocar por otro?

Matizando algunos temas, podemos decir que el Metro es un lugar para los grupos que lo apropian, en este caso, para los homosexuales. Las distinciones que hace Marc Augé sobre lugar y no-lugar, son moda, como él bien lo dice. Pero comprobamos que no es cuestión sólo de pasar, sino de las relaciones que se establecen en esos no lugares y que los convierte en lugares. Es un no lugar sólo para el que pasa. La apropiación que observamos en este trabajo, refuta la idea del no lugar. Lo hacen *ser*, al lugar y al grupo. El Metro es un lugar. Aun más, los problemas que tiene el Metro de la ciudad de México, no son los problemas del Metro de París. Aquí, hay una apropiación del grupo que es situacional y no formal por ahora: algunos hombres se dirigen al último vagón para interactuar con más hombres. Ya reconocido el Metro como lugar, registramos un espacio de interacciones que se construyen por el tiempo, el espacio y el otro. A esta práctica -de andar entre los vagones en busca de encuentros- ellos mismos la definen con la creación del verbo “metrear”, así, un usuario es todo aquel que usa el Metro como transporte; un viajero, es el que vaga por el camino sin buscar algo; y un *metrero*, es el que busca un encuentro con otro hombre. Este sujeto es cauteloso y calculador: anticipa y aprovecha las situaciones que se le presentan para participar en un encuentro, para ello, utiliza la mirada, el tacto y la distancia.

Otro tópico interesante de estos encuentros es la situación: lugares públicos y encuentros privados: ¿dónde se borran los límites? ¿qué tan legítimo es cada uno? ¿dónde quedan quienes no entran al encuentro pero pertenecen al lugar público? ¿qué les está permitido? ¿en qué momento se pasa de uno a otro? En el grupo que analizamos se comienzan a distinguir estas preguntas. Es permisible a condición de que el otro calcule y reconozca a uno de su grupo. No tienen acuerdos verbales para realizar o entrar al encuentro. Pasan de un espacio a otro sin ningún desequilibrio. Ahora, si es una situación pública, ¿qué hará el Estado? ¿qué harán los ciudadanos? ¿qué modificaciones habrá en la ley: se protegerá a estas minorías que quieren encuentros privados en lugares públicos o se legislará en su

contra? ¿cómo se resolverá la cuestión moral en un país donde hay censura y represión?

Hay un tema apenas nombrado en esta investigación, pero que requiere mayor análisis en otro espacio: la pederastia. Los encuentros que analizamos se dan entre jóvenes que en su mayoría son mayores de edad, pero qué pasa con los niños o los adolescentes que transitan por el espacio del último vagón del Metro y quieren interactuar con más hombres: ¿se debe permitir esto? ¿contra qué habría que luchar: con las personas que los obligan a prostituirse? ¿cuando no sea el caso de la prostitución, habrá que ir en contra de la sociedad, la cultura, el sistema? ¿contra quién? ¿en dónde empezamos?

¿Cómo percibimos las conductas del grupo de contacto en el Metro? ¿a dónde se dirigen? Al parecer este tipo de comportamientos van en aumento: no sólo por la lucha de los derechos de homosexuales, sino por los lugares que legitiman y en los que destacan, y además, por la forma en que se presentan: un grupo marginado que exige derechos y espacios, pero, ¿se tienen que permitir las conductas sexuales en el Metro? ¿hasta dónde serán aceptadas? Por un lado, son resultado de una represión social: los grupos como discapacitados, enfermos, mujeres gay y drogadictos, representan esa parte de la sociedad que está y no se reconoce porque no entran en la norma. Y por otro lado, también el último vagón representa una represión sexual para aquellas personas que no pueden manifestar ciertas conductas libremente o en su caso, no tienen la posibilidad de satisfacer su deseo sexual de tal manera, y en el Metro, encuentran una forma de desahogo. Aun así, se mantiene reprimida hasta el último vagón o en su caso, hasta que utilizan el Metro no como medio de transporte, sino como el lugar a donde se dirigen sólo para interactuar o tener encuentros con otros hombres. Por ello, algunos hombres están más de media hora dentro de las estaciones: ¿qué tan conciente es ésta espera? ¿cuánto más esperará? Por lo pronto, ahí se posicionan. Aprovechan las situaciones para estar cerca de otros hombres. El grupo se mueve y toma distintas posiciones en las estaciones, no sólo en el último vagón o del pasillo.

¿Qué representa el Metro en la ciudad de México? Es parte de la cultura citadina -o como también se dice, de la cultura chilanga-. Hay identificación, por ejemplo, si alguien escucha

“tururú, tururú...”, inmediatamente se puede reconocer como el sonido del Metro que anuncia su llegada a la estación. Otro distintivo es el eslogan de las líneas. Se identifica inmediatamente. Uno más, es el color llamativo de los vagones: el naranja se distingue a varios kilómetros cuando el Metro va en la superficie. El Metro es particular por las historias que se tejen y por los encuentros que se llegan a construir. También lo inesperado se puede encontrar en el subterráneo: como el nacimiento y la tragedia. ¿Qué pasará en la nueva línea en construcción (línea 12)? ¿de qué espacios se apropiarán los grupos? ¿qué nuevos problemas sociales se presentarán? Finalmente, el Metro también es parte del lenguaje cotidiano: ¿qué medio utilizarás para transportarte? ¿cómo llegas más rápido a tu destino para evitar el tráfico de carros en la superficie? ¿qué medio de transporte es barato y rápido? ¿en qué lugar se puede encontrar todo tipo de gente normal y extraña? ¿a qué te recuerda una multitud donde todos se empujan para entrar y van a prisa? y por último, ¿sabe usted, estimado lector, qué significa cuando alguien dice “huele a Metro, huele a *pasuco*”? o ¿qué estación alcanza la temperatura de 55°C?

El juicio final lo tiene el lector con su observación. Aquí sólo nos encargamos de mostrar las dimensiones del problema. Los temas están abiertos y podríamos problematizar mucho más. Este trabajo no está del todo terminado, pues apenas se comienza a analizar como fenómeno social en la ciudad. El Metro es un microuniverso en movimiento y en esta ocasión, sólo observamos a un grupo de hombres que se apropian de la última puerta del último vagón, para crear un espacio de interacciones.

---

## ANEXO

Guión de entrevista.

1. Cuando escuchas “El Metro”, ¿cuál es la primera palabra que se te viene a la mente o qué recuerdo?
2. ¿Cuántos días utilizas el Metro a la semana?
3. ¿Por qué crees que los homosexuales utilizan la última parte del Metro para transportarse?
4. ¿Cómo conociste este espacio del Metro?
5. Desde que encontraste ese espacio, ¿te has transportado en esa parte del Metro?
6. ¿Prefieres ir sentado o de pie? ¿por qué?
7. ¿Te gusta viajar cuando el vagón va lleno o vacío? ¿por qué?
8. Cuando el vagón va completamente lleno, ¿qué es lo primero que te cubres?
9. ¿Cómo identificas a un homosexual?
10. ¿Con qué parte del cuerpo u objeto tomas distancia de otra persona, cuando el vagón va muy lleno?
11. Cuando tocas accidentalmente la piel de otra persona, inmediatamente ¿quitas tu mano? ¿cuál es la reacción de la otra persona?
12. ¿Qué sensación te produce tocar a una persona extraña?
13. Cuando llegas al andén y está completamente lleno, ¿cuál es la primera palabra que se te viene a la mente?
14. ¿Has modificado tu camino en el pasillo, andén o vagón, para “no ver” a una persona que, aún sin hablarle o conocerla, no quisieras ir con ella/él?  
(Si) ¿por qué te alejaste? (No)

15. ¿Has modificado tu camino en el pasillo, andén o vagón, para “ver” a una persona que, aún sin hablarle o conocerla, quisieras ir con ella/él?  
(Si) ¿por qué te acercaste? (No)
16. Cuando te quedan mirando, ¿qué haces, cómo respondes?
17. Cuando quieres abordar a una persona, ¿cómo lo haces?
18. Si quieres rechazar a una persona, ¿cómo lo haces?
19. ¿Has conocido a personas en el Metro con las que has comenzado alguna relación íntima (amistad, amor, compañía o alguna otra)?  
(Si) ¿qué tipo de relación? (No)
20. Cuando llegas a las estaciones, por ejemplo Zapata, Cuauhtémoc o San Antonio Abad, ¿te recuerdan algo de esos personajes?
21. ¿Modificas tu trayectoria, es decir, tomas un vagón distinto por cierto tiempo, o recorres más estaciones para llegar a tu destino?
22. ¿Qué es lo que buscas en el espacio del último vagón? ¿esperas encontrar a alguien o algo?
23. ¿Has observado algo que te haya sorprendido (sea en el último vagón o en la última parte del pasillo)? podrías relatarlo:

- a) Edad:
- b) Sexo:  
(M) (F)
- c) Estado civil:  
Casado (1)  
Soltero (2)  
Otro:
- d) Nivel máximo de estudios:
- e) Trabajas:  
(Si) (No)

Por su cooperación, muchas gracias.

---

## BIBLIOGRAFÍA

- Alberoni, Francesco, *Enamoramiento y amor*, España, Gedisa, 1993, pp. 167.
- Alexander, Jeffrey C., *Sociología cultural*, España, Ed. Anthropos, 2000, pp. 271.
- Augé, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato*, España, Gedisa, 2005, pp. 81-118.  
-----, *El viajero subterráneo*, España, Gedisa, 2002, pp. 117.
- Bachelard, Gastón, *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 2007, pp. 7-86.  
-----, *La poética del espacio*, México, FCE, 2006, pp. 279.
- Baudrillard, Jean, *Las estrategias fatales*, España, Anagrama, 2000, p. 62.
- Bauman, Zygmunt, *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Argentina, FCE, 2005, pp. 203.  
-----, *Confianza y temor en la ciudad: vivir con extranjeros*, España, Arcadia, 2008, pp. 75.  
-----, *Modernidad Líquida*, Argentina, FCE, 2003, pp. 99-138.
- Becker, Howard. *Los extraños. Sociología de la desviación*, Buenos Aires, Tiempos contemporáneos, 1971, pp. 13-77.
- Berger, John, *Modos de ver*, España, Ed. Gustavo Gili, 2000, pp. 7-42.
- Berger L., Peter y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004, pp. 231.
- Bilbeny, Norbert, *La revolución en la ética*, España, Anagrama, 1997, pp. 78-167.
- Burroughs S., William, *Marica*, Barcelona, Anagrama, 1985, pp. 150.
- Castañeda, Marina, *La experiencia homosexual*, México, Paidós, 2007, pp. 243.
- Castilla del Pino, Carlos, *La Obscenidad*, España, Alianza Ed., 1993, pp. 156.
- Davis, Flora, *La comunicación no verbal*, España, Alianza Ed., 2008, pp. 270.
- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*, México, Uni. Iberoamericana, 2000, pp. 103-142.
- Domínguez Prieto, Luz Olivia, *Desde las entrañas de la ciudad de México: el Metro, más allá del simple tránsito, un espacio para la cultura y la interacción social*, Tesis de Doctorado en Urbanismo, México, Facultad de Arquitectura, 2005, pp. 298.

- Finkelkraut, Alain, *La sabiduría del amor*, México, Gedisa, 1988, pp. 147.
- Finkelkraut, Alain y Pascal Bruncker, *El nuevo desorden amoroso*, España, Anagrama, 2001, pp. 348.
- Freud, Sigmund, *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 172.
- Goffman, Erving, “Los territorios del yo”, en *Relaciones en público. Macroestudios del orden público*, España, Alianza Editorial, 1979, p. 46-77.  
 -----, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Argentina, Amorrortu, 2006, pp. 272.  
 -----, *Estigma. La identidad deteriorada*, Argentina, Amorrortu, 2006, pp. 172.
- Hall T., Edward, *La dimensión oculta*, México, Siglo XXI, 2005, pp. 255.
- Harvey, David, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Argentina, Amorrortu, 2004, pp. 223-250.
- Hernández Rodríguez, Remedios y María Eugenia Manzano Barron, *El Metro de la ciudad de México: un mundo mágico de encuentros: reportaje*, Tesis de Licenciatura en Periodismo y Comunicación Colectiva, México, ENEP-Aragón, 1996, pp. 150.
- Horkheimer, Max y Theodor W. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Sudamericana Hermes, 1997, pp. 201-245.
- Jokisch, Rodrigo, *Metodología de las distinciones*, México, UNAM-Casa Juan Pablos, 2002, p. 179-207.  
 -----, “Observando la acción social”, en Castañeda Sabido, Fernando y Mónica Guitián Galán (Coords.), *Instantáneas de la acción*, México, UNAM-Casa Juan Pablos, 2002, p. 73-148.
- Joseph, Isaac, *Erving Goffman y la microsociología*, España, Gedisa, 1999, pp. 125.  
 -----, *El transeúnte y el espacio urbano*, España, Gedisa, 1998, pp. 159.
- Knapp L., Mark, *La comunicación no verbal: el cuerpo y el entorno*, México, Paidós, 2003, pp. 373.
- Kristeva, Julia, *Poderes de la perversión*, México, Siglo XXI, 1988, pp. 136.
- Lacan, Jacques, *El seminario de Jacques Lacan, los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Argentina, Paidós, 1989, pp. 8-82.
- Laud, Humphreys, *Tearoom Trade, Impersonal sex in public spaces*, United States of America, Aldine de Gruyter, 1975, pp. 1-16.
- Lawrence, D. H. y Henry Miller, *Pornografía y obscenidad*, Argentina, Argonauta, 2003, pp. 98.
- Le Breton, David, *Antropología del cuerpo y modernidad*, Argentina, Nueva Visión, 1995, pp. 254.

- , *Las pasiones ordinarias: antropología de las emociones*, Argentina, Nueva Visión, 1999, pp. 254.
- , *Sociología del cuerpo*, México, Nueva Visión, 2002, pp. 110.
- Levinas, Emmanuel, *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*, España, Ed. Sígueme, 2006, pp. 9-127.
- , *El tiempo y el otro*, España, Paidós, 1993, pp. 65-97.
- Luhmann, Niklas, *El amor como pasión*, España, Península, 2008, pp. 309.
- , *La ciencia de la sociedad*, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 56-91.
- Mafesoli, Michel, *El nomadismo*, México, FCE, 2005, pp. 211.
- Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, México, Ariel, 2007, pp. 82-105.
- Marzano, Michela, *La pornografía y el agotamiento del deseo*, México, Manantial, 2006, pp. 53-74.
- Maturana, Humberto, *El sentido de lo humano*, Chile, Dolmen, 1997, pp. 339.
- , *La realidad: ¿objetiva o construida?*, España, Anthropos, 1995, pp. 161.
- , *Emociones y lenguaje en educación y política*, Chile, Dolmen, 1997, pp. 117.
- , *La objetividad, un argumento para obligar*, Chile, Dolmen, 1997, pp. 149.
- Maturana, Humberto y Berthard Porten, *Del ser al hacer. Los orígenes de la biología del conocer*, Chile, Comunicaciones Noreste, 2005, pp. 5-47.
- Maturana, Humberto y Francisco Varela, *De máquinas y seres vivos: autopoiesis, la organización de lo vivo*, Argentina, Lumen-Editorial Universitaria, 2004, pp. 137.
- , *El árbol del conocimiento: Las bases biológicas del conocimiento humano*, Madrid, Debate, 1990, pp. 219.
- Maturana, Humberto y Susana Bloch A., *Biología del emocionar y alba emoting: respiración y emoción: bailando juntos*, Chile, Dolmen, 1998, pp. 366.
- Coords. Varios, *Violencia en sus distintos ámbitos de expresión*, Chile, Dolmen Ediciones, 1997, pp. 71-89.
- Mondzain, Marie-José, *Le commerce des regards*, Francia, Seuil, 2003, pp. 264.
- Montagu, Ashley, *El tacto: la importancia de la piel en las relaciones humanas*, España, Paidós, 2004.
- Montagu, Ashley y Floyd Matson, *El contacto humano*, México, Paidós, 1989, pp. 211.
- Navarro Benítez, Bernardo, *Ciudad de México, El metro y sus usuarios*, México, UAM-X, 1993, pp. 221.
- Navarro Benítez, Bernardo y Ovidio González, *Metro, Metrópoli, México*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM-UAM-X, 1989, pp. 167.
- Olivé, León, *Metodología de la observación*, México, Santillana, 2006, pp. 125.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 2004, pp. 351.

-----, “La llama doble”, en *Ideas y costumbres II*, México, FCE, 2000, pp. 209-352.

Pound, Erza, *En una estación del Metro*, México, UNAM, 1997, pp. 135.

Ritzer, George, *Teoría sociológica clásica*, México, McGraw-Hill, 1993, pp. 499-526.

Sánchez, Jean-Eugeni, *Espacio, economía y sociedad*, España, Siglo XXI, 1991, pp. 338.

Simmel, Georges, “El secreto y la sociedad secreta” en *Sociología 1*, España, Alianza Universitaria, 1986, pp. 357-386.

-----, “Digresión sobre la sociología de los sentidos” en *Sociología 2*, España, Alianza Universitaria, 1986, pp. 676-716.

Weininger, Otto, *Sexo y carácter*, España, Ediciones Península, 1985, pp. 42-62.

Wright Mills, C., *La imaginación sociológica*, México, FCE, 2005, pp. 251.

Žižek, Slavoj, *El acoso de las fantasías*, México, Siglo XXI, 2007, pp. 261.

---

## INFORMES

*El Metro de la Ciudad de México*, Sistema de Transporte Colectivo, México, Ceiba Arte Editorial, S.A. de C.V., 2006, pp. 177.

*Informe especial sobre violación de derechos humanos por orientación o preferencia sexual y por identidad o expresión de género en 2007-2008*, México, CDHDF, 2008, pp. 127.

*Los hombres del Metro*. Sistema de Transporte Colectivo, México, Comercial de Impresos San Jorge, S.A. De C.V., 1997, pp. 197

*Mitos y preconcepciones sobre la homosexualidad*, México, Consulta Mitofsky, 2007.

---

## PÁGINAS WEB

[www.metro.df.gob.mx](http://www.metro.df.gob.mx), 24 junio de 2009.

[www.lajornada.unam.mx](http://www.lajornada.unam.mx), 5 de Octubre de 2007.

[www.eluniversal.com.mx](http://www.eluniversal.com.mx), 25 de marzo de 2007.

[www.consulta.com.mx](http://www.consulta.com.mx), 15 de agosto de 2009.

[www.cdhdf.org.mx](http://www.cdhdf.org.mx), 28 de mayo de 2009.

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com), 20 de diciembre de 2008.

[www.xtube.com](http://www.xtube.com), 5 de junio de 2009.

[www.anodis.com/nota/4341.asp](http://www.anodis.com/nota/4341.asp), 29 de abril de 2009.

<http://tva.com.mx/wdetalle2518.html>, 20 de mayo de 2009.

[http://www.soitu.es/soitu/2008/12/09/sexo/1228848375\\_196461.html](http://www.soitu.es/soitu/2008/12/09/sexo/1228848375_196461.html), 20 de mayo de 2009.

<http://tva.com.mx/wdetalle2900.htm>, 20 de mayo de 2009.

---

## VIDEOS

*El Metro nuestro de cada día*, México, Sistema de Transporte Colectivo Metro.

*Freaks*, Dirección: Tod Browning, Estados Unidos, 1932.

*Noticias en el Metro de la Ciudad de México*, Londres, BBC.

*Ventanas del alma*, Dirección: Walter Carvalho y João Jardim., Brasil, 2001.